

MANRESA

REVISTA DE ESPIRITUALIDAD IGNACIANA

Enero - Marzo 2018

Vol. 90 - N° 354



**El discernimiento
en común**



Vol. 90 - N^o 354

Colaboran en este número

John Dardis

Jesuita. Consejero del P. General para el Discernimiento y Planificación Apostólica. Roma

Francisco José Ruiz Pérez

Jesuita. Profesor de Teología en excedencia. Las Palmas

Cristóbal Jiménez

Jesuita. Periodista. Director del CES. Salamanca

Hermann Rodríguez Osorio

Jesuita. Teólogo. Delegado para la Misión de la CPAL. Lima

Toni Catalá

Jesuita. Centro Arrupe. Valencia

Ignacio Boné

Jesuita. Profesor de la UP Comillas. Madrid

Franck Janin

Jesuita. Presidente de la Conferencia Europea de Provinciales SJ (JCEP). Bruselas

José de Pablo

Jesuita. Socio del Presidente de la JCEP. Bruselas

Manolo García Bonasa

Jesuita. Centro Espiritualidad Pedro Fabro. Madrid

Luis M^a García Domínguez

Jesuita. Profesor de la UP Comillas. Madrid

Manolo Plaza

Jesuita. Director del Centro "Ignacio Ellacuría". Burgos

Joana Barbado

Esclava del Sagrado Corazón. Bournemouth (Inglaterra)

MANRESA

REVISTA DE ESPIRITUALIDAD IGNACIANA

Sumario

Estudios

John DARDIS, S.J.: Discernimiento en común: Una novedad basada en una tradición antigua	5
Francisco José RUIZ PÉREZ, S.J.: La Congregación General 36 y su invitación al discernimiento en común	17
Cristóbal JIMÉNEZ, S.J.: El discernimiento apostólico en común. Entrevista a José A. García	27
Hermann RODRÍGUEZ OSORIO, S.J.: Discernimiento Espiritual Comunitario: Novedades y tradiciones	39
Toni CATALÁ, S.J. e Ignacio BONÉ, S.J.: Disposiciones personales ante el discernimiento comunitario	49
Franck JANIN, S.J. y José DE PABLO, S.J.: Ejercicios Espirituales adaptados al discernimiento en común	63

Ayudas para dar Ejercicios

Manolo GARCÍA BONASA, S.J.: Principio y Fundamento	73
Luis M ^a GARCÍA DOMÍNGUEZ, S.J.: “Orar el pecado personal” .	77

Semblanzas

Manolo PLAZA, S.J.: Gilles Cusson, S.J.: un hombre del camino, la verdad y la vida. Canadá (1927-2003)	81
---	----

Colaboraciones

Joana BARBADO, A.C.I.: El acompañamiento espiritual en la elección desde los Directorios ignacianos	85
--	----

Recensiones	95
--------------------------	----



Director: Antonio T. Guillén, S.I.

Consejo de Redacción: Pablo Alonso, S.I.; Ignacio Boné, S.I.; M^a del Mar Carles, RJM; Manuel García Bonasa, S.I.; Luis M^a García Domínguez, S.I.; M^a Luz de la Hormaza, ACI; Carles Marcet, S.I.; Diego Molina, S.I.

Redacción: Maldonado, 1 - 28006 Madrid
Tel.: +34 915 760 607
email: info@manresarev.com
www.manresarev.com

Edita: Grupo de Comunicación Loyola
Administración: Apdo. 77 - 39080 Santander
Tel.: +34 944 470 358 - Fax: +34 942 369 201
email: revistamanresa@grupocomunicacionloyola.com

Tarifas de suscripción para 2018:

España	33 €
Europa	53 €
Resto del mundo	57 €
Suscripción online	23 €

Los precios para el extranjero incluyen transporte aéreo con garantía de entrega en tiempo reducido.

Temas para 2018

Enero-Marzo: El discernimiento en común.
Abril-Junio: ¿Espiritualidad sin cruz?
Julio-Septiembre: Misión compartida.
Octubre-Diciembre: El acompañamiento ignaciano.

Presentación

La complejidad actual de los problemas en el orden apostólico y social, tanto por la variedad de culturas y situaciones consideradas, como por la diversidad de puntos de vista presentes en cualquier grupo humano, nos desconcierta con razón a los agentes apostólicos y obliga a buscar otros planteamientos y soluciones distintas del “orden y mando” del que tiene la autoridad sobre el grupo. En instituciones meramente seculares, sociales o políticas, la respuesta aceptada ha sido el viejo método de la ‘discusión’ y la simple mayoría de votos al término de la misma. Pero no tiene sentido pretender hacerlo así en instituciones religiosas que, por definición, no desean decidir los asuntos por opiniones propias, sino estar sobre todo a la escucha de lo que el Espíritu les dicte.

Desde sus orígenes, el discernimiento ha sido reconocido elemento esencial de decisión en la espiritualidad ignaciana. ‘Escuchar’ la voz del Señor, después de haberse hecho ‘indiferente’ a cualquiera de las respuestas posibles, ha sido, y es, motor personal de muchas decisiones tomadas normalmente por jesuitas, religiosas y laicos de espiritualidad ignaciana. Nadie ha negado que, para muchas realidades y problemas, es suficiente este discernimiento personal.

Sin embargo, en la reciente Congregación General 36 de la Compañía de Jesús se pudo tomar conciencia de la necesidad, en muchos casos, de otro discernimiento más completo y plural. Del “baúl de los recuerdos” en nuestra historia se recuperó una forma de ‘discernimiento en común’ que, ahora, varios siglos después, se revela con nitidez muy conveniente y necesaria para abordar las situaciones apostólicas complejas de hoy. El Papa Francisco estimuló a los jesuitas congregados a avanzar firmes en esa dirección.

A ese método –antiguo y moderno a la vez– del ‘discernimiento en común’, ha querido dedicar MANRESA este número. Ha podido hacerlo en la estela de la reciente carta del 27 de septiembre, que el P. General, Arturo Sosa, ha enviado sobre el tema. Y ha intentado hacerlo además recordando las motivaciones y los términos de un método bastante desconocido en la práctica hoy, incluso dentro de la misma Compañía.

Como podrá comprobar el lector, todavía no hay uniformidad entre los especialistas sobre el término, pero sí lo hay sobre el contenido. ‘Discernimiento comunitario’ o ‘discernimiento en común’ son títulos que no ofrecen más diferencia que el colectivo imaginado en actitud de discernimiento. La comunidad de jesuitas o religiosos, en el primer caso. El grupo completo de religiosos y laicos que participan en una misma obra y misión –“*los compañeros y compañeras en la misión*”, como dice el P. General–, en el segundo. La realidad creciente de nuestra “*misión compartida*” quizá impondrá definitivamente este último título.

Este número de la revista se inicia con un artículo del irlandés P. John Dardis, Consejero del P. General para el Discernimiento y Planificación Apostólica. El cargo es nuevo en la Compañía y fruto concreto de lo tratado en la CG 36. Sobre esa experiencia de la Congregación General y lo vivido en ella al respecto, escribe con solvencia y conocimiento directo el P. Paco Pepe Ruiz.

Los matices, límites y condiciones requeridas para el discernimiento en común nos ha parecido que no podían quedar mejor expuestos que con una entrevista abierta y directa con Toño García, especialista reconocido en el tema. Cristóbal Jiménez fue el encargado de hacérsela con éxito.

Desde la CPAL –Conferencia de Provinciales Jesuitas de América Latina– aporta su reflexión el colombiano Hermann Rodríguez Osorio, derivada de su tesis doctoral sobre el discernimiento comunitario. También era necesario completar el tratamiento del discernimiento comunitario con una exposición justificada de las disposiciones personales requeridas para hacerlo de verdad. A ello responde el artículo siguiente, amplio y sugerente, de Toni Catalá y Nacho Boné, que ha sido además el coordinador de todo el número.

Por último, como el discernimiento es bien sabido que nace de la experiencia espiritual de los Ejercicios, la relación entre aquel y estos había de ser explicitada, a ser posible con experiencias concretas. Lo hacen el belga Franck Janin, Presidente de la JECP –Conferencia Europea de Provinciales Jesuitas–, y su Socio, José de Pablo, ambos miembros además del Equipo ESDAC, facilitador del discernimiento en común.

MANRESA continúa además en este número con su sección “Ayudas para dar Ejercicios”, con la pluma ahora de otros autores. En esta ocasión, Manolo García Bonasa y Luis M^a García Domínguez, ambos del Consejo de redacción de la revista. La Sección “Semblanzas” recoge en este número la que hace Manolo Plaza del canadiense Gilles Cusson, especialista en Ejercicios, a quien tanto debe la modalidad actual de los Ejercicios en la Vida Diaria.

El número termina con un estudio de la portuguesa Joana Barbado, Esclava del Sagrado Corazón, sobre lo dispuesto en los primeros Directorios respecto a la elección y su acompañamiento en Ejercicios.

Discernimiento en común: Una novedad basada en una tradición antigua¹

John Dardis

La mayoría de nosotros hemos tenido buenas experiencias de discernimiento en nuestra vida personal a lo largo de los últimos 20 o 30 años. Ha habido un aumento de la dirección espiritual; los retiros se acompañan más personalmente y, en general, los jesuitas y aquellos que trabajan con nosotros son ayudados y se ayudan unos a otros a llevar a cabo discernimientos sobre temas importantes como el de las vocaciones, el de la misión futura o respecto a problemas y retos de la vida cotidiana.

No se trata de lo mismo, con todo, en lo que se refiere al discernimiento en común (“*discernment in common*”). Durante más de 40 años hemos venido debatiendo a este respecto, desde aquella carta del P. Pedro Arrupe de 1971². Arrupe sitúa la cuestión en la tradición de la Compañía de Jesús citando de San Ignacio y de Polanco:

“San Ignacio dejó sabiamente escrito en una ocasión que los superiores, antes de decidir algo ‘tengan personas deputadas para consejo’ [Co 810]. Y la afirmación del P. Polanco confirmaba este punto: ‘Cuanto más se vea ser difícil una materia, tanto más se ha de buscar consejo, quizás de todos los que viven en la misma casa’”.

Arrupe menciona también la CG 31 que en una misma línea animaba así a los superiores:

“Con facilidad y frecuencia pidan consejo los superiores a sus hermanos y oíganlos por separado o en grupo, e incluso a todos reunidos, según el carácter y la importancia del asunto” [CG 31, d. 17, n. 6].”

¹ Traducido por Ignacio Ramos.

² PEDRO ARRUPE, *Carta de 25 de diciembre de 1971*, Acta Romana Societatis Jesu, 15 (1967-72), 767-773.

El P. Peter-Hans Kolvenbach siguió la pista a este asunto con una carta en 1986. En ella destacaba las condiciones necesarias para el discernimiento y hacía un pequeño resumen de los pasos implicados³.

“Después de la definición de la cuestión que se ha de tratar, la reflexión deberá ser precedida de un análisis suficiente de la realidad en que se ejercita el apostolado que se toma en consideración; este análisis se hará de forma más o menos amplia y más o menos “profesional”, según la naturaleza propia de la cuestión analizada; esto podría incluir una discusión entre las personas implicadas y aquellas que están bien informadas.

Luego viene el tiempo de la oración y la reflexión en el cual cada uno se esfuerza en discernir personalmente, aplicando las indicaciones de S. Ignacio sobre los diversos tiempos de elección. Después de esto, se hará la puesta en común de los argumentos racionales y de los sentimientos espirituales, sin entrar en debates o controversias. (Estos tiempos de oración y de reflexión personal, así como de puesta en común, se pueden eventualmente repetir si se ve que de este modo se favorecerá un examen más profundo o una mejor comprensión de la cuestión que está sobre el tapete). Viene luego el tiempo de la oración en común (y normalmente el de una celebración eucarística común), y de las conclusiones expresadas por cada uno de los participantes en nombre propio. Tocar finalmente al superior tomar la decisión; y es en la acogida de ésta donde la unanimidad del grupo se constituirá concretamente”.

En 2009, el P. Adolfo Nicolás escribía sobre el tema subrayando que necesitamos un discernimiento constante porque vivimos en un mundo que cambia permanentemente.

“El discernimiento es la forma en la que vivimos en medio de un mundo cambiante. Ha de ser comunitario (communal), pues no hay persona que pueda sola controlarlo todo y Dios no se deja hacer cautivo por nadie. En el discernimiento nos percatamos de que no podemos nunca poseer completamente la voluntad de Dios. Podemos acercarnos mucho a conocerla y podemos decir: “Vale, pienso que en las circunstancias actuales, con oración, con consenso, con los datos que tenemos, desde nuestras convicciones, es lo más cerca que podemos llegar a la voluntad de Dios. Esta es nuestra decisión”. Pero San Ignacio no para de enfatizar que si encontramos nuevos datos que iluminan el asunto, hemos de estar siempre prestos a reconsiderar [lo deliberado]. Dios es libre y mucho más grande que nuestro entendimiento”⁴.

³ PETER-HANS KOLVENBACH, *Carta de 5 de noviembre de 1986*, Acta Romana Societatis Jesu, 19 (1984-87), 677-695.

⁴ ADOLFO NICOLÁS, *Common Apostolic Discernment*, Review of Ignatian Spirituality - XL, 3/2009, 14.

Discernimiento en común: Una novedad basada en una tradición antigua

En 2017, el Padre Arturo Sosa ofreció su propia perspectiva al discernimiento en común. Ponía el acento en las bases que han de hacerlo posible y nos animaba a procurar esas condiciones:

“La convicción de que Dios actúa en la historia y se comunica con los seres humanos es el supuesto en el que se basan los esfuerzos de discernir en común. Para ello se deben buscar las condiciones que permiten escuchar al Espíritu Santo y para dejarse guiar por Él en la vida-misión. Tal disposición personal y grupal de acoger y seguir al Espíritu que se comunica, evita los falsos discernimientos en común que sólo buscan revestir de lenguaje ignacianamente correcto decisiones tomadas previamente con criterios del propio grupo.”⁵

Entre otros puntos, el P. Sosa hacía hincapié en el nexo entre el discernimiento en común y la planificación apostólica:

“El discernimiento en común es la condición previa a una planificación apostólica en todos los niveles de la estructura organizativa de la Compañía de Jesús. Discernimiento en común y planificación apostólica se convierten así en el binomio que garantiza que las decisiones sean tomadas a la luz de la experiencia de Dios.”⁶

Necesitamos hacer uso de metodologías contemporáneas, mas siempre cuidadosos de integrarlas junto a nuestra tradición espiritual ignaciana. Ambos elementos han de ir de la mano. Hemos de evitar una espiritualidad desconectada a la vez que evitamos el otro extremo de una mentalidad meramente empresarial.

El contexto eclesial más allá de la Compañía

En el presente contexto eclesial el Papa Francisco viene resaltando una y otra vez la importancia del discernimiento. El documento *Evangelii Gaudium* emplea el término discernimiento once veces. El Papa pone en contraste el análisis sociológico y el discernimiento evangélico al que llama “la mirada del discípulo misionero”⁷. Al hablar a jesuitas polacos acerca de la formación de sacerdotes dijo:

“Es preciso formar a los futuros sacerdotes, no en ideas generales y abstractas, claras y distintas, sino en este fino discernimiento [ma a questo fine discernimento] de espíritus, para que puedan ayudar realmente a las personas en su vida concreta. Es preciso entender realmente esto: ¡en la vida no todo es negro sobre blanco!

⁵ ARTURO SOSA, *Carta de 27 de septiembre de 2017*, 27/11, 2.

⁶ *Ibid.*

⁷ PAPA FRANCISCO, *Evangelii Gaudium*, 50.

*blanco sobre negro. No! En la vida prevalecen las sombras del gris. Ahora es el tiempo de enseñar a discernir en este gris”.*⁸

En presencia de la CG 36 dice sobre la formación de los estudiantes de teología:

El Papa entiende el regalo del discernimiento como una clave del carisma de los jesuitas y está llamando a la Compañía a hacerlo accesible a otros.

*“Mi consejo es que todo lo que los jóvenes estudian y experimentan en su contacto con diversos contextos, sea sometido también a un discernimiento personal y comunitario y sea llevado a la oración”.*⁹

Entre los delegados de la CG algunos esperaban que el Papa Francisco diese a los jesuitas cierta misión específica, quizá llamándoles a trabajar más con los pobres o con refugiados. Pero, en lugar de esto, refirió a la Compañía a su propio carisma diciendo: *“Es oficio propio de la Compañía consolar al pueblo fiel y ayudar con el discernimiento”*¹⁰ y animaba a cada jesuita a guiar a aquellos a quienes es enviado *“por estos caminos de la consolación, de la compasión y del discernimiento”*¹¹. Más tajantemente aún, dijo durante la sesión de preguntas y respuestas, *“si falta oración y discernimiento, evidentemente podemos ser muy buenos sociólogos o politólogos, pero no tendremos la audacia evangélica y la cruz evangélica que debemos llevar”*¹². Es evidente que el Papa entiende el regalo del discernimiento como una parte clave del carisma de los jesuitas y que está llamando a la Compañía a emplear ese regalo y a hacerlo accesible a otros.

En una alocución de noviembre de 2016 a la Unión de Superiores Generales¹³ el Papa explica por qué eligió el tema de la juventud, la fe y el discernimiento vocacional para el Sínodo de 2018:

“Razonando sobre la formación de los jóvenes y sobre la formación de los seminaristas, decidí el tema final tal como ha sido comunicado: ‘Los jóvenes, la fe y el

⁸ PAPA FRANCISCO, “Oggi la Chiesa ha bisogno di crescere nel discernimento. Un incontro private con alcuni gesuiti polacchi”, *La Civiltà Cattolica*, 3989, 349, 2016.

⁹ PAPA FRANCISCO, “Diálogo del Papa Francisco con los jesuitas reunidos en la CG XXXVI” en *Congregación General 36 de la Compañía de Jesús*, Bilbao 2017, 173-174.

¹⁰ PAPA FRANCISCO, “Discurso del Santo Padre Francisco a los miembros de la 36ª CG de la SJ” en CG 36, 153.

¹¹ *Ibid.*, 160.

¹² PAPA FRANCISCO, “Diálogo...”, 174.

¹³ PAPA FRANCISCO, Conversación con los superiores generales, 25 de noviembre de 2016. Editado por Antonio Spadaro y titulado “El Evangelio hay que tomarlo sin calmantes”, <http://fmgb-prov.it/es/2017/02/18/el-evangelio-hay-que-tomarlo-sin-calmantes/#page/4>

Discernimiento en común: Una novedad basada en una tradición antigua

discernimiento vocacional'. La Iglesia debe acompañar a los jóvenes en su camino hacia la madurez, y solo con el discernimiento y no con las abstracciones los jóvenes pueden descubrir su proyecto de vida y vivir una vida verdaderamente abierta a Dios y al mundo. Por tanto, elegí este tema para introducir el discernimiento con más fuerza en la vida de la Iglesia."

¿Por qué nos cuesta practicar el discernimiento en común?

Después de todas estas exhortaciones y dado que ha habido tanta reflexión, ¿por qué somos, pues, lentos para implicarnos en el discernimiento en común? Tal vez tengamos que admitir que no todos nuestros esfuerzos han funcionado bien. A veces, el tema elegido era demasiado trivial o no estaba bien enfocado. Otras, ha resultado difícil ganar indiferencia, especialmente cuando se trataba de asuntos delicados como cerrar un colegio o un centro de formación. Otra causa ha sido el vasto número de agentes implicados en la deliberación y así la gran complejidad de algunas deliberaciones. También el hecho de que, si ya el discernimiento individual se hace difícil en el sopesar las diferentes mociones interiores de consolación y desolación, es aún más difícil discernir la voz del Espíritu Santo cuando hay un grupo de personas cada una con sus propias mociones espirituales de consolación y desolación. Pueden dificultar e incluso imposibilitar el discernimiento en común las fuertes tensiones interpersonales. Otras objeciones planteadas incluyen el que "implica demasiado tiempo", "no es práctico" o "la decisión ya está tomada".

Hemos aprendido mucho incluso de estas situaciones difíciles, pues, como sabemos por San Ignacio, la desolación puede ser una buena maestra. Ahora hemos de avanzar, conscientes de los hoyos en que sería posible entramparnos, pero también de los beneficios. La carta del P. Sosa de septiembre de 2017 sale al paso de varios de los retos arriba mentados. Ofrece una lista bien completa de las condiciones que ayudan al buen discernir:

- Elegir bien la materia.
- Saber quién debe estar implicado y por qué.
- Libertad interior.
- Unión de mentes y corazones.
- Conocimiento de cómo discernir.
- Oración en común.
- Conversación espiritual.
- Práctica sistemática del examen.
- Establecer cómo se ha de tomar la decisión final.

La conversación espiritual como punto de partida

Lo hasta aquí mencionado puede parecer algo abrumador. ¿Habrá alguna ocasión en que todos aquellos factores estén presentes? Pero dando un paso más, o quizá un primer paso, sí es posible para cualquier comunidad o provincia el que haya conversación espiritual. La Congregación General 36 otorgó mucha importancia a la conversación espiritual describiéndola como “un instrumento esencial que puede animar el discernimiento apostólico comunitario” [CG 36, d. 1, n. 12]. La Congregación tuvo esta convicción basada en su propia experiencia.

Al preparar la Congregación, diferentes comisiones se habían reunido y diversos documentos habían sido preparados de antemano. Con todo, durante la Congregación la discusión acerca de estos textos resultó ser difícil y en ocasiones acompañada de desolación. Nos sentíamos apartados de las cuestiones a ras de suelo, de las preocupaciones apostólicas de tantos compañeros y socios. Esto cambió cuando pasamos un día en conversación espiritual. Después de un tiempo de oración personal, seguimos un método de conversación espiritual en tres rondas. En la primera cada persona compartía sin interrupción los frutos de su oración. En la segunda ronda, consistía en un compartir de movimientos de consolación o desolación que surgían al escuchar hablar a otros. Por último, la tercera ronda incluía un debate más fluido. Hasta cierto punto, se trataba de algo bastante simple. Nos dimos cuenta de que habíamos de volver a escuchar al Espíritu de Dios vivo y activo entre nosotros antes de poder seguir nuestras conversaciones. El método¹⁴ requería liderazgo y disciplina, pero garantizaba que las personas se escuchaban unas a otras y, aún más importante, que lo que se compartía era el fruto de la oración personal más que algo puramente intelectual.

Desarrollando nuestro potencial

¿Qué está haciendo la Compañía para desplegar su capacidad para el discernimiento en común? En febrero de 2018 tendremos en la curia general un taller con delegados de cada una de las seis conferencias representativas de los cuatro continentes. Los delegados tienen experiencia en asesoramiento, discernimiento en común o planificación apos-

¹⁴ Puede encontrarse un acercamiento a la conversación espiritual en el manual ESDAC, disponible en www.esdac.net

tólica. Se reunirán para compartir modos de proceder provechosos y para pensar en procesos en que la Compañía podría introducirse cuando sea pertinente. Tras esto, se constituirán en grupos lingüísticos y estarán disponibles para llevar estos talleres en sitios varios y en continentes diferentes en los próximos años. De este modo, esperamos que miembros de las comunidades jesuitas así como laicos cercanos a éstos, en particular consultas provinciales, directores de obra y comisiones o consejos apostólicos, puedan familiarizarse con el proceso de discernimiento en común, usarlo más frecuentemente y adaptarlo a sus situaciones particulares.

Más que un método

En el cotidiano hacer frente a diferentes problemas es necesaria una actitud de discernimiento. Esto se basa en la convicción de que el Espíritu Santo trabaja en nosotros y en todo bautizado, en el deseo de escuchar a ese Espíritu trabajando en nuestras instituciones y en las personas que están en ellas, en la actitud de indiferencia y en el compromiso con la oración y con el compartir sus frutos. Cada uno de nosotros trae valiosas perspectivas. Estas perspectivas pueden estar contaminadas por el pecado y el egoísmo, pero en virtud del compartir unos con otros, quizá incluso del interpelarnos mutuamente, podemos llegar a una mayor libertad y a un mejor sentido de lo que Dios podría querer en una situación particular.

Combatiendo ideologías y trayendo reconciliación

El discernimiento en común nos llama a desarrollar competencias de escucha, diálogo y compasión. En suma, se trata de una llamada a la conversión. ¡Tantas voces en nuestro mundo nos incitan a defender mi postura, a ver al otro como enemigo, a etiquetar a otros como “errados”, a insistir en mis derechos sobre o contra los derechos de otros! A través de un compromiso con la conversación espiritual y con el discernir juntos, podemos dar testimonio de un estilo diferente de discurso, libre de ideología. Podemos delinear una senda tangible hacia la sanación y la reconciliación, no solo para nosotros mismos sino también para nuestros apostolados y para nuestro mundo.

La actitud de discernimiento se basa en la convicción de que el Espíritu Santo trabaja en nosotros y en todo bautizado, y en el deseo de escucharle.

Discerniendo preferencias universales

La reciente decisión del P. General Sosa de comenzar un discernimiento de preferencias apostólicas universales en respuesta a la llamada de la CG 36 es un ejemplo concreto de llamada a implicarse en un discernimiento en común¹⁵. El proceso no consiste en proporcionar una lista de asuntos o un esquema de retos clave. Implica, fundamentalmente, el pedir la gracia de mirar a nuestro mundo desde la perspectiva de la Trinidad [*Ej* 106] y, desde ahí, discernir preferencias apostólicas universales. El proceso de elegir dichas preferencias comienza en cada provincia o región e incluye tanto a los que están en formación como a nuestros colaboradores. Los frutos de este proceso son enviados al presidente de la conferencia que lidera a la conferencia de superiores mayores en su discernimiento sobre preferencias emergentes. En un tercer paso, el consejo ampliado del P. General en Roma (*Consiglio Allargato*¹⁶) recibirá los frutos de los procesos terminados en las seis conferencias de provinciales y escuchará también lo que aquellos que lideran los secretariados de Justicia y Ecología, Colaboración, Educación Superior y Educación secundaria y primaria tengan que decirle. El consejo ampliado hará un discernimiento en común y presentará recomendaciones al P. General. Algo antes del cierre del proceso, el P. General consultará al Santo Padre, discutiendo con él las direcciones hacia las que se viene apuntando. Es un discernimiento clásicamente jesuítico: el tema es relevante; de los jesuitas y de nuestros colaboradores llegan aportaciones oradas y desde la indiferencia; y finalmente el superior general decide.

Una actitud de fe

El discernimiento implica ser movido más allá de lo que el pensamiento humano puede generar para llegar a un lugar de escucha profunda del Espíritu de Dios que nos habita y está entre nosotros. Como se ha mencionado, sabemos que nuestro propio discernimiento personal no es fácil, que puede tener muchas imperfecciones y que esto es aún más cierto para el discernimiento en común. El discernimiento, bien personal o en común, es un proceso humano y no puede, por tanto, nunca ser perfecto; pero eso no

¹⁵ ARTURO SOSA, *Carta de 3 de octubre de 2017*, 2017/13.

¹⁶ El consejo ampliado del Padre General se compone de los consejeros del General, los secretarios de los sectores o dimensiones apostólicas de la Curia general, y los presidentes de las conferencias de superiores mayores. Se reúne tres veces al año para proporcionar un espacio de discernimiento y consulta al Padre General.

quiere decir que hayamos de tirar la toalla. El llamamiento es a ir más allá en la creencia de que Dios adviene fielmente en los espacios que creamos para Él. Estamos invitados a dar el próximo paso, a estar abiertos a la conversión en nuestras vidas personales y comunitarias, en nuestras instituciones y en la universal Compañía de Jesús.

Si partimos con empeño y con generosidad, como se sugiere en la anotación 5ª de los Ejercicios Espirituales, seremos transformados en hombres cada vez más capaces de discernir la presencia del Señor en todas las cosas, hombres llenos de alegría y consolación. Nuestra meta es una mayor proximidad a Cristo, un deseo siempre más hondo de servirle y un envío renovadamente efectivo.

La Compañía hoy: en el camino de Emaús, en unidad de vida y misión

La Compañía de Jesús está presente, como quizás nunca lo estuvo tanto, en muchos países a lo largo del mundo. Tenemos menos jesuitas, pero el desarrollo, en estos últimos cuarenta años, de una profunda espiritualidad laical ha significado el crecimiento de una verdadera colaboración ignaciana. La Compañía ha llegado a la mayoría de edad en África, Asia y Latinoamérica, como atestigua la elección del P. Sosa. Una nueva era de interculturalidad despunta. Poseemos una marca global como pocas organizaciones dentro de la Iglesia.

Con todo, por causa del número decreciente de jesuitas y la presión de los recursos, se trata también de un tiempo en que hemos de tomar duras decisiones. Las provincias están juntándose y están siendo creadas nuevas estructuras. Ciertas instituciones vienen siendo entregadas a otros o en algunos casos cerradas. Ninguna de estas decisiones es fácil. Muchas pueden provocar decepción y hasta división cuando truncan esperanzas y sueños. Podemos ser como los discípulos camino de Emaús cuando explicaban a Jesús “nosotros esperábamos...” (Lc 24, 21). Nosotros también hemos tenido esperanzas frustradas. Pero al conversar con honestidad juntos y con el Señor resucitado, nuestros corazones pueden volver a arder en nosotros. Podemos encontrar el coraje y la libertad de encaminarnos una vez más hacia Jerusalén (Lc 24, 23), de comenzar nuevas iniciativas de cara a responder a los retos y oportunidades de hoy. Esta “dinámica de Emaús” implica un proceso de discernimiento en común. Nos da una forma de construir un futuro nuevo, desde una recia unión de ánimos y corazones y una unidad de vida y misión. De esta forma seremos siempre más compañeros unos de otros y de Jesús, amándole y siguiéndole más de cerca en esta *minima Societas*.

Grupo de Espiritualidad Ignaciana (ed.)

ESCRITOS ESENCIALES DE LOS PRIMEROS JESUITAS

De Ignacio a Ribadeneira



Mensajero - Sal Terrae
Universidad Pontificia Comillas

Extracto de la carta del P. Arturo Sosa a toda la Compañía sobre el discernimiento en común (27 septiembre 2017)

Llamados a discernir

La Congregación General 36^a confirma que el discernimiento en común es inherente al modo de proceder de la Compañía de Jesús. La imagen de los primeros compañeros en Venecia (1537) subraya la capacidad que han adquirido de deliberar en común, a la luz del Espíritu Santo, a pesar de ser un grupo culturalmente tan variado; sin embargo, todos tienen una vida espiritual activa, caracterizada por haberse enamorado de Cristo en los Ejercicios Espirituales, por el servicio a los pobres y por la disponibilidad para ser enviados por la Iglesia allí donde hubiese mayor necesidad. También hoy la Compañía de Jesús, colaboradora con otros en la misión de reconciliación en Cristo encargada a la Iglesia, tiene ante sí el desafío de discernir en común, a cada nivel, sus decisiones importantes, velando por la participación de todo el cuerpo apostólico llamado a elegir cómo contribuir del mejor modo posible al anuncio de la Buena Noticia del Evangelio y la transformación del mundo, en una época de cambios veloces y profundos.

Por su parte, el Papa Francisco ha insistido, una y otra vez, en la importancia del discernimiento espiritual para toda la Iglesia. En especial ha solicitado a la Compañía de Jesús contribuir a la difusión del discernimiento en la vida eclesial. En este horizonte, sentimos que recurrir con normalidad al discernimiento espiritual como el instrumento para buscar y hallar la voluntad de Dios en todas las dimensiones de nuestra vida-misión, traerá como consecuencia una revitalización de nuestra misión-vida y un aumento de nuestra capacidad de servir a la Iglesia en los tiempos actuales.

Discernimiento en común y planificación apostólica

El discernimiento en común es la condición previa a una planificación apostólica en todos los niveles de la estructura organizativa de la Compañía de Jesús. Discernimiento en común y planificación apostólica se convierten así en el binomio que garantiza que las decisiones sean tomadas a la luz de la experiencia de Dios y que éstas sean puestas en práctica de un modo que realice la voluntad de Dios con eficiencia evangélica.

La tensión positiva entre discernimiento en común y planificación apostólica requiere, en la visión ignaciana, el examen espiritual de lo vivido para continuar en el proceso creciente de fidelidad a la voluntad de Dios. Por ello, no basta con la evaluación sistemática de nuestro apostolado. Es necesario completarla desde la perspectiva espiritual del examen por el que Ignacio nos invita a reconocer la acción de Dios en la historia, agradecer sus beneficios, pedir perdón por no estar siempre a la altura y la gracia para ser mejores colaboradores en ella. La planificación apostólica nacida del discernimiento en común se convierte así en instrumento para nuestra efectividad apostólica evitando convertirla en tributo a la moda de las técnicas del desarrollo corporativo.

La práctica del discernimiento en común

La convicción de que Dios actúa en la historia y se comunica con los seres humanos es el supuesto en el que se basan los esfuerzos de discernir en común. Para ello se deben buscar las condiciones que permiten escuchar al Espíritu Santo y para dejarse guiar por Él en la vida-misión. Tal disposición personal y grupal de acoger y seguir al Espíritu que se comunica, evita los falsos discernimientos en común que sólo buscan revestir de lenguaje ignacianamente correcto decisiones tomadas previamente con criterios del propio grupo.

Poner toda nuestra confianza en Él

El discernimiento es una rica herencia de los Ejercicios Espirituales especialmente útil a la hora de hacer las elecciones que exigen nuestra vida y misión. El discernimiento y la buena elección requieren liberarse de los apegos y afectos desordenados para poder ponerse completamente en las manos del Señor. Promover el discernimiento en común ha sido una intuición de la Congregación General 36ª en busca de mejorar nuestra vida en común a través de una oración personal más profunda junto a un compartir más rico de nuestra fe y nuestra vida. La alocución del Papa Francisco a los miembros de la Congregación General 36ª finaliza con esta oración: *le pedimos a nuestra Madre que encamine y acompañe a cada jesuita junto con la porción del pueblo fiel de Dios al que ha sido enviado, por estos caminos de la consolación, de la compasión y del discernimiento.*

La Congregación General 36 y su invitación al discernimiento en común

Francisco José Ruiz Pérez

1. Introducción

Vista con la lejanía de más de un año desde su terminación, la Congregación General 36 (CG 36) revela mejor su entidad como acontecimiento para toda la Compañía de Jesús. Posiblemente esa entidad se perfilará todavía más en aniversarios sucesivos. Mi propuesta en este artículo es destacar uno de los aportes importantes de la CG 36 desde que se iniciaran los trabajos previos el 8 de diciembre de 2014 y, ya en Roma, durante las sesiones en el aula a partir del 1 de octubre de 2016 hasta su culminación el 12 de noviembre. Se trata del impulso que la CG 36 imprime al *discernimiento en común*.

Promover ese discernir no constituye una invitación más entre otras nacidas en la CG 36. Es *transversal* a ellas, está en la base del conjunto de las contribuciones que pacientemente fueron componiendo los congregados. *La vida religiosa apostólica que la CG 36 imagina para la Compañía hoy pasa por la práctica del discernimiento en común, no sin ella*¹.

Esa convicción de que los jesuitas deberíamos discernir más resueltamente en común se hizo palpable mientras la Congregación realizaba su propio discernimiento... Por esa razón, a continuación voy a fijar tres momentos de ese camino que es también resultado, de ese discernimiento protagonizado por los congregados que termina en consigna para la Compañía². Este artículo casi es narración de esa experiencia y de las etapas por

¹ Con Cruzado se puede decir que la CG 36 barrunta un papel distinto para el jesuita en la misión, “menos director y más animador, capaz de formar equipos y trabajar con otros, formado en la interculturalidad y la colaboración, acompañante de procesos de discernimiento personal y colectivo” (M. CRUZADO, “Decreto 2. Un gobierno renovado para una misión renovada. Presentación”, en *Congregación General 36 de la Compañía de Jesús. Documentos*, Provincia de España, Madrid 2017, 88).

² Tomaré la CG 36 como un todo. Las fases *ad electionem* y *ad negotia*, aunque son discernimientos distintos, están aquí contempladas conjuntamente. La Congregación fue un ejercicio de discernimiento comunitario, cuyo fruto no es otra cosa que un *único* impulso de vida y misión para la Compañía, primero, a través de personas que reciben responsabilidades decisivas para el cuerpo apostólico y, segundo, por medio de directrices para la orden. Los liderazgos elegidos son explicables por lo que y como se creyó que era preciso liderar.

las que cruzó. Resumiré, en primer lugar, varios trasfondos contextuales, externos e internos a la orden, que condicionan a la CG 36 en su búsqueda espiritual desde sus inicios. Esos trasfondos influyeron en la perplejidad en que se sumieron los congregados durante los primeros compases de la fase *ad negotia*. Seguidamente expondré los hitos del proceso de discernimiento que tuvo que franquear la Congregación para salir de ese *impasse*. En tercer lugar, daré cuenta de dos aprendizajes básicos que ofrece la CG 36 sobre el discernimiento en común, analizando las vicisitudes que ella misma debió vivir.

La convicción de que los jesuitas deberíamos discernir más resueltamente en común se hizo palpable mientras la Congregación avanzaba.

2. Preámbulos

La CG 36 no discernió en abstracto. Estuvo viviendo con la sensación zozobranante de la *complejidad* de los grandes problemas que castigan a la humanidad. Aun así, también es cierto que la Congregación tiene lugar bajo el influjo esperanzador del liderazgo del *Papa Francisco*, una verdadera fuente de inspiración para imaginar el dinamismo apostólico que exige la complejidad histórica de nuestro tiempo. En esa coyuntura de desafío y de oportunidad, la CG 36 es muy consciente de la paradoja que suponen la *disminución numérica de jesuitas* y la *creciente vitalidad apostólica* de la Compañía.

a) *Agitación de espíritus*

El 8 de noviembre de 2016, cuando la CG 36 enfilaba sus últimos pasos, se celebraron las elecciones presidenciales norteamericanas. El hecho arrojó un dato más sobre la fractura social, política, económica y religiosa del escenario internacional. El realce que la CG 36 concede a la reconciliación es consecuencia de la certeza de que el mundo estaba y estará alarmantemente *fragmentado*³. Se puede decir que, a diferencia de la CG 35 en 2008, la globalización es percibida por los congregados en 2016 como un orden

³ Signos de ese análisis de la realidad se encuentran en D. 1, nn. 1, 2, 3, 13, 21, 25-30; y en D. 2., n. 3. La CG 36 tuvo muy presente la dramática imagen, convertida en ordinaria en muchos lugares del mundo, de los desplazamientos forzados de migrantes. Son ellos quienes ejemplifican la fragmentación que campa por sus respetos en tantos planos –el personal, el comunitario y el universal/ecológico–. Los congregados, además, tomaron la iniciativa de redactar una carta a los jesuitas en zonas de guerra y conflicto, “Testigos de amistad y reconciliación. Mensaje orante para aquellos jesuitas que trabajan en zonas de guerra y conflicto” (*Congregación General 36 de la Compañía de Jesús. Documentos*, o. c., 117-127).

de cosas al que se le notan mejor sus inconsistencias. Está azuzando el efecto combinado de tres complejidades sistémicas –la político-económica, la socio-cultural y la religiosa–. Y, con tal fuerza, que, en lenguaje ignaciano, provoca una notoria *agitación de espíritus* en nuestro presente:

- Si la globalización aboga por crecer en *gobernanza* como la mejor respuesta colectiva a los desafíos comunes de la humanidad, el acceso a ella y su concreción están siendo un angustioso parto civilizatorio. Se ven bastantes costuras rotas en el panorama político-económico internacional, por mucho que se ensayen modos más universales del ejercicio de gobierno.

- Socioculturalmente se prefiere tratar lo humano en su *multiplicidad*, y en esa multiplicidad se desiste de trazar universalizaciones. El paradigma relativista y pluralista desnormaliza lo humano y amplía así el espacio sociocultural donde es factible una gama amplia de opciones de vida, en principio, igualmente válidas dentro de un marco aceptable de convivencia. Pero tal marco está aún por construir y no parece fácil detectar los puntos de encuentro entre sociedades y culturas para establecer consensos sobre dimensiones antropológicas clave.

- Tampoco “Dios” está exento de sufrir un momento delicado. Los congregados trajeron noticias de que así era en muchos lugares del mundo. No disminuye la eclosión de los *fundamentalismos* en medio de una fuerte secularización ambiental. “Dios”, en su polisemia, es hoy también cuestión de barricadas.

b) Liderazgo nuevo

La Congregación no es comprensible sin reparar en la proximidad afectiva y efectiva que la Compañía manifiesta al liderazgo eclesial del Papa Francisco. Nunca hemos vivido a un pontífice que conociera tan de cerca la Compañía. El que la CG 36 aconteciera en pleno papado de un jesuita la singularizará en la historia de la orden. Pero esa coincidencia, por sí misma, no da cuenta exacta de la impronta del estilo de liderazgo del Papa Francisco en los frutos con los que se fue encontrando la CG 36.

En realidad, los congregados discernen en medio de otro discernimiento eclesial, anterior y de mayor entidad que el suyo: el que despliega el pontífice desde su elección. Lo que está en juego sabe a *reforma* y el Papa Francisco quiere implicar en ella a toda la Iglesia. También a la Compañía. Se puede decir que la CG 36 tenía ante sí la tarea de continuar sumándose a ese movimiento eclesial de cambio, en coherencia con cuanto habían ya intuido el P. Adolfo Nicolás y su equipo de gobierno.

El hecho es que la intervención del Papa Francisco en el aula fue deci-

siva para el avance del propio discernimiento de la Congregación. La puso en la pista de claves que acabará asumiendo definitivamente. Así lo desean constatar los congregados al afirmar que “en todo lo que hacemos deseamos seguir al Papa Francisco, que nos urge a promover dinámicas de transformación personal y social”⁴.

*Lo que está en juego
sabe a reforma y el
Papa Francisco quiere
implicar en ella a toda
la Iglesia. También a la
Compañía.*

c) Disminución y vitalidad apostólica creciente

La CG 36 discernió teniendo ante sí la paradoja de que la disminución numérica de jesuitas se simultanee con el vitalismo apostólico actual de la Compañía⁵. Ambos fenómenos por separado son causa de procesos profundos en la orden. Por un lado, el decrecimiento obliga a afrontar con creatividad soluciones organizativas distintas, como la reestructuración del mapa de Provincias. Está significando para los jesuitas un éxodo interno y externo en un cuerpo apostólico cada vez más internacional y multicultural, y la ocasión para abrirse a una nueva universalidad. Por otro, la vitalidad apostólica de la Compañía, asociada a la misión compartida con el laicado, invita a la reflexión sobre la colaboración y al desarrollo de liderazgos participativos. En todo ello, la CG 36 se sentía invitada a aportar una palabra suficientemente iluminadora.

3. El discernimiento propio de la CG 36

3.1. La perspectiva de los *cómos* apostólicos

No es ningún secreto que, entre los congregados, cundía la expectativa de que la CG 36 iba a ser breve en tiempo y en producción a la vista de los documentos de trabajo elaborados durante la fase inicial. Y, en efecto, en comparación con la previa, esta Congregación produce menos decretos y no esconde que está particularmente inspirada por la CG 35. Esa sobriedad no fue aceptada pacíficamente y sin resistencias por todos los congregados. Se esperaban aportaciones más sustanciales en discurso y novedad, y muchos abrigaban la esperanza de que se estrenaran preferencias apostólicas.

La parquedad en documentos fue motivo de examen intenso para los

⁴ D. 1, n. 37.

⁵ Cf. D. 2, nn. 5 y 23.

congregados. Se vino a reconocer que la próxima Congregación tendría que tomar nota de cuanto la CG 36 aprendió metodológicamente tanto en su fase inicial como en su fase *ad negotia*. Sin embargo, aunque el plan de trabajo era perfectible, la Congregación comprendió que no se hallaba en la coyuntura espiritual de hacer elección de iniciativas de cuño nuevo, reformulando las preferencias apostólicas que el P. Peter-Hans Kolvenbach determinó en su día⁶.

A medida que transcurría la Congregación, *la dificultad en detectar objetivos apostólicos delimitados y actualizados se acabó asimilando como un dato a discernir por sí mismo*, independientemente de que la forma en que se realizó la fase inicial pudiera estar coartando una supuesta mayor creatividad de los congregados. La Congregación se percató, y no siempre diáfananamente, de que su discernimiento versaba sobre los *cómos* y no sobre los *qués*: la conducía a *ahondar en la dimensión “a la apostólica” que hoy necesita nuestra vida religiosa*. Se estaba ante la ocasión para *crecer en apostolicidad*, más que para definir preferencias apostólicas concretas.

El Papa Francisco puso palabras a esa intuición. En su discurso a la CG 36, advierte de que “la Compañía está en los lugares de misión en que tiene que estar”⁷. Por ello, sus indicaciones a la Congregación se orientan a “reavivar el fervor en la misión de aprovechar a las personas en su vida y doctrina” y “hacen más bien a *nuestro modo de proceder*”⁸.

Los congregados recogieron finalmente ese mensaje. Renuncian a un discernimiento que concluyera en opciones apostólicas determinadas. Se lo trasladan al P. General, al que se pide que, “trabajando en estrecha unión con las Conferencias y las Provincias, defina con claridad objetivos y directrices para nuestra vida apostólica actual”⁹. Y, a partir de ahí, lo esencial del discernimiento de la Congregación apunta al *cómo* apostólico.

En su decreto “Compañeros en una misión de reconciliación y de justicia”, la CG 36 confiesa que, “más que preguntarnos qué debemos hacer, queremos comprender *el modo como Dios nos invita* [...] a participar en esta gran empresa”¹⁰. El recurso que la Congregación hace al motivo fundacional de la estancia de los primeros compañeros en Venecia se justifica

⁶ Cf. P.-H. KOLVENBACH, S. I., “Souhais de Noël et de Nouvel An : Nos préférences apostoliques” (1 de enero de 2003), AR 23,1 (2003) 31-36.

⁷ *Discurso del Santo Padre Francisco a los participantes en la 36 Congregación General de la Compañía de Jesús. Curia General de la Compañía de Jesús* (Roma, 24.10.2016), en *Congregación General 36 de la Compañía de Jesús. Documentos*, o. c., 152.

⁸ *Id.* (la cursiva es mía).

⁹ D. 1, n. 38. Esta solicitud se convierte en la primera recomendación que formula el decreto sobre gobierno (cf. D. 2, n. 14).

¹⁰ D. 1, n. 3 (la cursiva es mía).

porque resalta el *estilo* de vida apostólica que fraguó entre ellos, incluso cuando estaba suspendido el objetivo de la marcha a Tierra Santa. Los cohesionaba “compartir una vida en común como amigos en el Señor; estar muy cercanos a los pobres; predicar con gozo el Evangelio”¹¹. Les era evidente que “vida y misión, radicadas en una comunidad de discernimiento, estaban profundamente interrelacionadas”¹². Los congregados ven que la Compañía actual puede sacar luz de ello. Sin duda, los jesuitas de hoy “experimentamos *la íntima unidad* que existe entre vida, misión y comunidad de discernimiento”¹³. La etapa veneciana de nuestros fundadores recuerda que “nos entregamos a formas de apostolado variadas, que con frecuencia exigen especialización y consumen mucha energía, pero si olvidamos que somos un cuerpo, unidos en y con Cristo, perdemos nuestra identidad como jesuitas y la capacidad de dar testimonio del Evangelio. *Más que nuestras competencias y habilidades, lo que da testimonio de la Buena Noticia es la unión entre nosotros y con Cristo*”¹⁴. Las conclusiones a que lleva lo anterior abundan en la dirección de ahondar en nuestros *cómos*: “Esta Congregación está seriamente convencida de que Dios está llamando a la Compañía en su conjunto a *una renovación espiritual*”¹⁵; y, por eso, “hace una llamada a toda la Compañía a renovar nuestra vida apostólica tomando como base la esperanza. Necesitamos, más que nunca, ser portadores de un mensaje de esperanza que nazca de la consolación de habernos encontrado con el Señor Resucitado. *Esta renovación centrada en la esperanza se refiere a todos nuestros apostolados*”¹⁶.

El decreto segundo –“Un gobierno renovado para una misión renovada”– opta por prologar las catorce recomendaciones que prosperaron con una larga consideración, inusual para el estilo de un decreto como este, sobre los “*modos de proceder* apropiados para nuestro tiempo”¹⁷. En el momento en que el decreto está recibiendo su redacción final, la Congregación lleva consigo bastante recorrido y es más fácil leer las mociones de fondo que la dinamizan. Eso ayudó y animó a la comisión redactora a proponer que podía ser iluminador explicitar los *cómos* de gobierno para el momento presente de Compañía. Desde ellos se podía entender mejor la

¹¹ D. 1, n. 4.

¹² D. 1, n. 5.

¹³ *Id.* (la cursiva es mía).

¹⁴ D. 1, n. 7 (la cursiva es mía).

¹⁵ D. 1, n. 18 (la cursiva es mía).

¹⁶ D. 1, n. 32 (la cursiva es mía). Es sintomático de esta conciencia del *cómo* apostólico que la CG 36 optara por incluir, como un asunto confiado al P. General, una declaración expresa sobre “una cultura coherente de protección y seguridad de los menores” (cf. *Congregación General 36 de la Compañía de Jesús. Documentos*, o. c., 137).

¹⁷ Cf. D. 2, nn. 3-9 (la cursiva es mía).

razón de las recomendaciones. El texto del decreto incorpora finalmente un extenso inciso en que se defiende que el discernimiento, la colaboración y el trabajo en red “*ofrecen tres importantes perspectivas en nuestro actual modo de proceder*”¹⁸.

3.2. La centralidad del discernimiento en común

En ese marco con el que se realzan los *cómos* se otorga un valor excepcional al discernimiento en común. Los decretos sobre vida y misión, por una parte, y sobre gobierno, por otra, hacen sendas lecturas complementarias de esa excepcionalidad, aunque las mezclen en su texto.

El decreto primero defiende la dimensión *identitaria* del discernimiento en común. Su tesis queda compendiada en aquello de que “el discernimiento orante debería ser *nuestro modo habitual* de acercarnos a la realidad, cuando queremos transformarla”¹⁹. No es extraño, en ese sentido, que el decreto retome el tríptico identidad-comunidad-misión, tan querido a la CG 35. De él hace buen caudal, porque ayuda a poner en primer plano la interconexión que ha de existir entre todas las dimensiones de nuestra vida religiosa apostólica. No se puede separarlas, so pena de comprometer el *cómo* esencial de esa vida. *La CG 36 detecta que el discernimiento es un cómo apostólico de primer orden que ayuda a que el tríptico identidad-comunidad-misión esté conectado internamente*. Identidad, comunidad y misión son referidos al discernimiento, personal y comunitario, en donde radica justamente su fuente de potenciación. En efecto, los congregados subrayan que “la comunidad puede llegar a ser lugar de discernimiento”²⁰. Recuerdan que el discernimiento en común es posible por existir otro previo personal, como sucedió a nuestros primeros compañeros, que “habían tenido experiencia de la gracia de Cristo que les hacía libres”²¹. Es igualmente el discernimiento realizado por la Compañía como preparación para la CG 36 el que ilumina que

Los congregados recuerdan que el discernimiento en común es posible por existir otro previo personal, como nuestros primeros compañeros.

¹⁸ D. 2, n. 3 (la cursiva es mía). A ello se añade el ejercicio de evaluación, que se decidió incluir en el decreto, respecto a los pasos dados por el gobierno del P. Adolfo Nicolás según las directrices del D. 5 de la CG 35 (cf. D. 2., nn. 10-12, con el apéndice: “Recomendaciones y resultados clave del Decreto 5 de la CG 35”).

¹⁹ D. 1, n. 37 (la cursiva es mía). La expresión recuerda a la que empleó el Papa Francisco en el aula: “Es también propio de la Compañía el servicio del discernimiento del modo como hacemos las cosas” (*Discurso del Santo Padre Francisco*, o. c., 158).

²⁰ D. 1, n. 10.

²¹ D. 1, n. 17.

nuestra misión actual ha de aceptar que la reconciliación “ha adquirido nueva urgencia”²².

El decreto segundo contempla el discernimiento desde una perspectiva *metodológica* de gobierno apostólico. Ante los desafíos que arrostra la Compañía, “el discernimiento es más esencial que nunca para la eficacia apostólica”²³. La CG 36 entiende que “la Compañía debe seguir mejorando sus procesos de discernimiento, haciéndolos cada vez más coherentes, es decir, más capaces de identificar y responder a los desafíos a nivel global, en un modo que integre los niveles de gobierno local, provincial, de conferencia y central”²⁴. La práctica del discernimiento ha de ser parte de la operativa de la planificación apostólica. Tiene que optimizar la calidad de las estrategias de gobierno, asegurando mejores niveles de información, participación y escucha mutua. Eso sí, según la visión del decreto, el discernimiento no está resuelto en la colaboración y el trabajo en red. Es anterior a ellas, “el fundamento para la toma de decisiones de toda autoridad legítima”; constituye “la base espiritual que hace posible nuestra planificación apostólica”²⁵.

En suma, expresado con otros términos, discernir es un *cómo* apostólico que redundando en la mayor o menor *sacramentalidad* de la vida religiosa apostólica como tal. El *que* se actúe no es determinante apostólicamente sin el *cómo* se haga. De esa forma, la práctica del discernimiento favorece que las opciones de la vida religiosa sean significativas, y no superficiales y desconexas; e impide que sean sólo valoradas según la lógica estrecha de los resultados efectivos de su praxis.

La sacramentalidad que se está considerando se parece a la que, en alguna manera, se propone en los Ejercicios a ejercitantes que se abren a la búsqueda espiritual de elecciones “mutables”²⁶, aquellas que persiguen “enmendar y reformar la propia vida y estado”²⁷. Se podría entender que el discernimiento ignaciano es pertinente no sólo para alcanzar *opciones de profundidad* –la elección de estado, en la nomenclatura de Ejercicios–, sino para avanzar en *la profundidad de las opciones* –el “enmendar y reformar la propia vida y estado”–. Expresado en la clave que se propone en este artículo, el discernimiento puede estar muy abocado a los *qués* –específicamente, “sacerdocio, matrimonio, etc.”–, pero también tiene virtualidad para

²² D. 1, n. 21.

²³ D. 2, n. 5.

²⁴ D. 2, n. 12. En esa línea van las recomendaciones de los nn. 14, 20 d, 22, 25 y 26. La convicción cala enseguida en el nuevo gobierno general, hasta el punto de que el P. Arturo Sosa quiere cundir con el ejemplo al dotarse de un consejero general para el discernimiento y la planificación apostólica.

²⁵ D. 2, n. 4.

²⁶ Cf. [Ej 170-174].

²⁷ [Ej 189].

los *cómos* –“tomar beneficios o dexarlos, tomar bienes temporales o lanzallos”²⁸–. La CG 36 se enfrentaba, analógicamente hablando, a un discernimiento que no la abrían a *qués* sustancialmente inéditos, sino a *cómos* de sabor nuevo... Y esos *cómos* constituyen la sacramentalidad que se desea.

4. El discernimiento en común como propuesta para la Compañía

En su reciente carta “Sobre el discernimiento en común”, el P. Arturo Sosa se coloca en la estela de la CG 36 y anima a la Compañía a reencontrarse con el discernimiento comunitario²⁹. El P. General enumera nueve propiedades esenciales a ese tipo de discernimiento³⁰. Bajo la inspiración de ese listado, quiero destacar dos aspectos, más teológicos que procedimentales, que me parecen que tuvieron especial incidencia en el discernir en común de la Congregación y en su pretensión de que la Compañía se sumara a practicarlo.

a) Primado de la pasividad orante

¡No podemos controlar la duración temporal de un discernimiento en común! Porque se ha de suponer que *delante* de nosotros hay algo nuevo, aún por determinar, que no está a la mano de quien discierne. Dios y su voluntad no son deducibles a las inmediatas. *Lo primero* es su iniciativa y esta no es evidente por sí misma. El discernimiento alumbró a la aceptación de una voluntad *previa* a nosotros. Propiamente es Dios quien elige. El discernimiento clarifica que *esa elección se ha producido* y abre el camino para que *sea finalmente aceptada*.

San Ignacio define los Ejercicios como un “buscar y hallar” la voluntad de Dios, para que desde ella se construya una biografía. En términos de [Ej 1]: “en la disposición de su vida para la salud del ánima”. Las mociones “vienen”³¹, son sentidas y conocidas en tanto que “en el ánima se causan”³². Las reglas ignacianas de discernimiento son la sistematización aproximada “en alguna manera” de un pasivo “sentir”, que posteriormente se convertiría en un consciente “cognoscer”. Discernir es el ejercicio de libertad en la gracia que permitiría “rescibir” y “lanzar” mociones..., para acoger finalmente el absoluto de la voluntad de Dios.

²⁸ [Ej 171].

²⁹ 2017/11 (27.9.2017). Los aportes valiosos de esta carta están en continuidad con los que hacía el P. Peter-Hans Kolvenbach en su carta “Sobre el discernimiento apostólico en común” (5.11.1986).

³⁰ En concreto: escoger bien la materia; saber quiénes y por qué participan; libertad interior; unión de ánimos; conocimiento de cómo se discierne; poner en común la oración; la conversación espiritual; la práctica sistemática del examen; establecer cómo se toma la decisión final.

³¹ [Ej 6, 32].

³² [Ej 313].

El discernimiento no constituye, por lo tanto, un proceso autopropulsado, sino que está tocado de pasividad. Somos *receptores*, no productores de los espíritus que concitan mociones bloqueadoras o favorecedoras del Evangelio.

b) Crítica de la emotividad

¡No podemos simplificar el discernimiento y resolverlo como un gradiente de emotividad! Es cierto que el proceso espiritual de los Ejercicios remite a *emociones* básicas, aunque sofisticadas a medida que se avanza en ellos. Pero únicamente toma en consideración las emociones que, en el Espíritu, se revelan como *mociones*. Ni la alegría en sí, ni la tristeza en sí tienen validez absoluta para el discernimiento. Sólo cuando expresan alteridad y remiten a una relación fundante, las puede reconocer como significativas y llamarlas entonces *consolación* y *desolación*.

La espiritualidad ignaciana aporta lenguaje para expresar una y otra, e intelección para entenderlas. Se atreve a proponer una sabiduría *emocional* que le permita a través de las reglas de discernimiento incorporadas en los Ejercicios. *La consolación y la desolación son emocionalmente distintas en función del momento por el que atraviesa la propia experiencia de seguimiento de quien discierne*. La consolación de Primera, Segunda, Tercera y Cuarta Semana en Ejercicios se manifiesta con un color emotivo desigual... y, sin embargo, a efectos de discernimiento, ha de ser juzgada como tal consolación.

5. Conclusión

La CG 36 discierne y su experiencia le invita a retomar un tanto inusitadamente la temática del discernimiento comunitario para bien de toda la Compañía. Su recomendación va a ser que los jesuitas se citen con el discernimiento en común como un aspecto crucial de nuestro modo de proceder. No es que no se esté realizando, pero todo indica que se ha de profundizar en él y extenderlo a más momentos y dimensiones de nuestra vida religiosa apostólica.

El discernimiento en común es una extraordinaria posibilidad para enriquecer esa vida hacia dentro y para dotarla de capacidad profética hacia fuera. Si se puede decir así, la Compañía nació porque los primeros compañeros discernieron en común. Si también se puede decir así, la Compañía será siendo lo que verdaderamente es si nos permitimos ser interpelados por el Espíritu y discernirlo personal y colectivamente. En medio de la tentación contemporánea a dispersarnos en nuestra acción, a conformarnos con visiones superficiales y a confiarnos otra vez al individualismo apostólico, el recurso al discernimiento comunitario puede ser una de esas luces oportunas y esperanzadoras del Señor, que se nos ha manifestado como pertinente... por bien discernida.

El discernimiento apostólico en común. Entrevista a José A. García

Cristóbal Jiménez

José Antonio García Rodríguez –Toño– habla con ilusión y pasión del Discernimiento Apostólico en Común (DAC). Toño es jesuita y un sabio y maestro en temas de espiritualidad ignaciana. Fue director de esta revista MANRESA e instructor de Tercera Probación. Su teología, de enorme creatividad, la sigue desplegando hoy en los Ejercicios en la vida diaria y en el acompañamiento espiritual. Asegura que una inflación en el lenguaje del DAC y su mal uso quemaron una herramienta que se está intentando recuperar ahora, en un tiempo de toma de decisiones importantes y complejas. ¿Qué temas pueden ser objeto de un discernimiento así? ¿Cómo se aplica? ¿Qué hacer cuando la decisión no es la que uno esperaba? Estas son algunas de las cuestiones que le planteamos en una entrevista realizada por Cristóbal Jiménez el 1 de noviembre.

27

No tengo claro si lanzarme a por un iPhone o seguir con mi Samsung. ¿Es esto materia de discernimiento? Lo digo porque en *Origen y Progreso de la Compañía de Jesús*, Simón Rodrigues cuenta que los primeros compañeros determinaban juntos qué ruta tomar, qué llevar para los viajes...

El DAC es, a mi modo de ver, una herramienta apostólica, espiritual y humanamente tan costosa y profunda que no se puede emplear más que para decisiones importantes y complejas sobre las que, en principio, no hay acuerdo. Para otras cosas de menor importancia creo que es erróneo aplicar la palabra discernimiento y usar el método, porque la cosa no requiere tanto.

Lo que motivó, al principio de la década de los 70, que el padre Arrupe sacara a flote la idea de discernir en común, volviendo a empalmar así con una práctica de los primeros padres, fue, precisamente, la aparición de problemas muy serios, muy complejos, para los cuales no bastaban las formas

anteriores de toma de decisiones. El antiguo método de la obediencia vertical y el nuevo, basado en la discusión, ya no servían para temas de gran calado.

*Antes de la aprobación
de la Compañía, el
grupo practicaba
el Disernimiento
Apostólico en común, y
después no tanto.*

Alguien se preguntará, tal vez, de dónde sacaron los primeros compañeros este modo de tomar decisiones. La respuesta es fácil: de los Ejercicios espirituales, experiencia por la que todos ellos habían pasado. En efecto, este método está tomado de los Ejercicios, del primer modo del tercer tiempo de elección [Ej 178-183].

A propósito de los “tres tiempos para tomar una sana y buena elección en cada uno de ellos” [Ej 175], permíteme una pequeña digresión. Existe una creencia equivocada de que el método preferido por Ignacio es el “tercero”, el racional, es decir, aquel al que se llega barajando durante un tiempo razones a favor y en contra de lo propuesto. No es así. Es el “primero”: aquel en que, “sin dudar ni poder dudar”, me es dado como pura gracia lo que debo elegir. Cuando esto no sucede –y es claro que en decisiones muy complejas y además grupales lo más normal es que no suceda– Ignacio explora un segundo tiempo: el de las mociones espirituales y discernimiento de espíritus. Y cuando tampoco este tiempo resulta viable, porque no se dan esas mociones, al menos discernir con la razones a favor y en contra de una propuesta, tiempo que, por cierto, ha de terminar en oración y ofrenda al Señor “para que su divina majestad la quiera rescibir y confirmar, siendo su mayor servicio y alabanza” [Ej 183]. Esta coletilla hace pensar a algunos especialistas que ese tercer tiempo, en realidad, no existe en estado puro, ya que al final termina en el segundo.

Llama la atención que siempre se toma como modelo las deliberaciones sobre el nombre de la Compañía de Jesús en 1537 o las de la Cuaresma de 1539 sobre la formación de una Orden religiosa. Son ejemplos anteriores a la aprobación de la Compañía. Hay quien dice que, en la Compañía primitiva como tal, no se practicó en realidad el discernimiento.

Pues sí, y formalmente no les falta razón. Se puede verificar que, antes de la aprobación de la Compañía, el grupo practicaba este método y después, formalmente y como tal, no tanto. ¿Por qué? Algunos dicen

que, después de fundada la Compañía, este método no se consideró ignaciano y se eliminó. Otra respuesta, en mi opinión más acertada, es que aquella Compañía naciente era muy móvil, al modo de una caballería ligera, para la cual el DAC resultaba una herramienta apostólica demasiado lenta y pesada.

Sin embargo, hay que mencionar un detalle importante. En la elaboración de las Constituciones los primeros compañeros participan también en algunos momentos con su discernimiento e Ignacio mismo incorpora en ellas formalmente algunos elementos esenciales del discernimiento en común como la escucha, tener en cuenta lo que piensa quien es enviado en misión, atender a las circunstancias de lugares, tiempos y personas, etc.

El propio nombre tuvo su evolución. Al principio se hablaba de “discernimiento comunitario” y, muy pronto, se pasó a la fórmula “discernimiento apostólico en común” porque se suponía que en muchos discernimientos de la Compañía actual iban a participar personas que ni eran jesuitas ni vivían en comunidad. En aquel momento el DAC aparecía como una fórmula estupenda para implicar en la espiritualidad ignaciana a laicos colaboradores, llamados también a discernir en común junto con los jesuitas. En ese contexto sonó con fuerza aquella afirmación teológica que no estaba tan clara en tiempos anteriores: Todo ser humano, decía Karl Rahner, es “oyente de la Palabra”. En la Compañía se puede discernir, por ejemplo, si para ganar en calidad y eficacia evangélica en un Colegio hemos de tomar esta decisión o no, esta otra o tampoco, pero llegar a una conclusión según Dios es tarea de todos los implicados en tal decisión y muchos de ellos son, hoy, laicos. Implicados no sólo funcional sino también espiritualmente. Por eso es preciso que todos los que participan en un DAC se dispongan a la escucha de ese Espíritu y se manifiesten desde él, no desde otros intereses.

Ignacio habla de personas que pueden no tener *subjecto* para hacer Ejercicios. Supongo que también puede haber personas sin *subjecto* para un proceso de discernimiento.

Naturalmente que puede haber personas así. Imaginemos un compañero jesuita ya de cierta edad, sacerdote o hermano, que ha vivido siempre en una tradición donde nunca se ha practicado el discernimiento en común y que, por tanto, experimenta muchas dificultades e incluso cierto rechazo

Si queremos discernir juntos es necesario que pongamos a distancia, afectiva e intelectualmente, tanto el sí como el no.

ante esta práctica. A esa persona no puedes hacerla pasar por las horcas caudinas de algo que le supera. Forzar a una persona así suena a injusto; es tratar de llevarla donde ya no puede ir. Dicho esto, hay que añadir otra cosa. Al tiempo que se practica el discernimiento apostólico en los casos que sea posible, todos los jesuitas y laicos de inspiración ignaciana estamos llamados a crecer en las condiciones personales que hagan posible un sujeto de discernimiento. Con ello el número de personas con *subjecto* para poder hacerlo tenderá a crecer, no a disminuir. Esas condiciones son tanto de tipo espiritual, bíblico e ignaciano, como de tipo humano, psicológico, conversacional, etc. y todos –o casi todos– podemos crecer en ellas. Aparece aquí un tema importante, tal vez el más importante: ¿qué es lo que hace posible un sujeto que pueda entrar en un discernimiento en común?

Podemos hablar, para empezar, de condiciones de tipo espiritual. La primera, sin duda, es la convicción ignaciana de que Dios se comunica, inmediata o mediadamente según los casos, con la criatura. Sin esa convicción se destruye la posibilidad del discernimiento. Si un grupo se reúne para ver qué es lo mejor que podemos hacer según Dios en un caso concreto, es que cree de corazón que Dios puede comunicarse con la criatura y que, en esa comunicación amorosa, el ser humano, cada uno de los que participan en esa búsqueda “espiritual”, puede intuir, conocer, sospechar lo que Dios quiere. En este sentido, son muy iluminadoras las palabras que Rahner le hace decir a San Ignacio en aquella obrita suya titulada *Carta de San Ignacio a un jesuita de hoy*. Vosotros, los jesuitas modernos –viene a decirnos Ignacio por boca de Rahner– predicáis, dais Ejercicios, habláis sobre esta comunicación divina, pero en el fondo no la acabáis de creer, sois unos “secretos y reprimidos ateos”. Es para pensarlo porque no cabe duda de que nos hallamos ante el núcleo más esencial de la espiritualidad ignaciana.

Hay otras condiciones, por así decirlo, “de marca ignaciana”. Una esencial: la indiferencia. Si queremos discernir juntos si cerramos, por ejemplo, una institución o abrimos una nueva, es necesario que pongamos a distancia, afectiva e intelectualmente, tanto el sí como el no. De lo contrario, no estaremos capacitados para el discernimiento porque nuestra posición final será la que ya tenemos desde el comienzo. Lo único que ha de llenar nuestro corazón es dar justamente con lo que Dios quiere y solo mediante ese distanciamiento previo dejamos que Dios pueda inspirar o

generar en nosotros mociones “espirituales” que apunten en una dirección o en otra.

De carácter ignaciano es también que el sujeto haya “entrañado” en sí con hondura el misterio de la Encarnación, la realidad histórica de la compasión y anonadamiento de Dios tal como aparecen en Jesucristo y en su proyecto al que Él se refería con la expresión “Reinado de Dios”. Si no hemos interiorizado el sueño de Dios sobre el mundo, un Reino de inclusión donde los pobres son acogidos, los enfermos sanados, las mujeres y los niños empoderados, ¿cómo podremos discernir según el Espíritu si lo que nos traemos entre manos favorece u obstaculiza la implantación de ese reinado cuyos receptores primarios, según Jesús, son los pobres, enfermos y pecadores? Este es otro dato fundamental.

A todas estas condiciones teológicas e ignacianas hay que sumar, además, otras simplemente humanas.

Claro. Por ejemplo, una cierta capacidad de comunicar “desde el centro de la persona” y una cierta capacidad de escuchar “sin filtros ni barreras”. Sabemos que hay muchos tipos de escucha: escucha blindada, escucha ideológica (como estamos viendo hasta la saciedad en los parlamentos), escucha de maestro a discípulo, del que sabe al que no sabe, etc. Ninguna de estas sirve. Hay otro tipo de escucha, que podríamos llamar escucha vulnerable. Es la de quien escucha con tanta atención y cercanía, con tanta simpatía, que está dispuesto a que lo escuchado le cambie por dentro. Esa es la auténtica escucha, la del que está dispuesto a dejarse enriquecer e incluso a cambiar de opinión como fruto de esa escucha. Sin un tipo de escucha del otro así, el discernimiento en común no va.

Hay también distintos tipos de comunicación. Hay una comunicación desde la sensibilidad, a bote-pronto, primaria, que resulta preciosa y divertida para unas cosas, pero no para esta; hay otra de tipo intelectual, comunicación de ideas, que es buena para un seminario interno o una simple planificación, pero no suficientemente buena para un DAC; hay un tercer tipo cuyo centro de comunicación son los afectos... y hay finalmente una cuarta que parte desde el Centro, desde el corazón, ese ámbito del ser humano, metáfora cuasi-universal del centro y de la profundidad de la persona de donde salen los deseos y las decisiones. A él van a parar, si no se lo impedimos, sensaciones, ideas, afectos... Pero corazón es también el lugar humano desde donde Dios quiere “regirnos”, es decir, habitarnos, amarnos,

guiarnos... Cuando se logra juntar un máximo de escucha vulnerable con un máximo posible de comunicación desde el corazón así entendido, se dan las condiciones humanas y psicológicas mejores para el discernimiento. Ellas, unidas a las anteriores, son las que van a facilitar la práctica concreta del DAC.

Indiferencia, vivencia desde el misterio de la Encarnación, escucha vulnerable, comunicación desde el Centro...Dan ganas de decir, como los apóstoles: “Entonces, ¿quién podrá salvarse?”, ¿quién cumple todas estas condiciones?

Tienes razón, ¿quién podrá? Es toda una espiritualidad la que hay debajo y también una sabiduría y capacitación humanas. Pretender tenerla al completo es de ingenuos, pero no es de ingenuos caminar hacia ella. Mi experiencia, tanto en discernimientos reales como en talleres para aprender a discernir en común, es que, cuando la práctica está bien hecha, es preciosa e invita a entrar más y más en ella. Mi impresión es también que cuando el P. Arrupe desempolvó esta herramienta apostólica tan antigua en la Compañía, nos llenó de un entusiasmo un tanto ingenuo; que hablamos mucho sobre ella sin caer en la cuenta de los costos espirituales que suponía ni someternos a su método; y que esa inflación de palabras sin prácticas bien hechas estuvo a punto de acabar con esa herramienta. Más tarde el padre Kolvenbach volvió sobre el tema con su profundidad característica, pero muchos seguían dudando de su viabilidad. La reciente carta del actual P. General, Arturo Sosa, por mandato de la última Congregación general, vuelve a poner el tema sobre el tapete. Es quizá el documento que más sistematiza las condiciones espirituales del DAC al igual que su forma de llevarlo a cabo.

No me cansaría de insistir en que, si realmente se trata de un discernimiento “espiritual”, y no meramente de una planificación funcional, la comunión con ese Espíritu de Jesús y el deseo de ser configurados por él, ha de estar transversalmente presente en todo el proceso del DAC, desde el comienzo al final. La oración personal –y en algunos momentos del proceso también la grupal, en la que cada uno exprese cómo le va en la búsqueda– es bueno que estén presentes.

Es verdad que todo sujeto implicado en una decisión tiene derecho a participar en el proceso, pero es inviable que todos participen en

todo. Los primeros compañeros también decidieron delegar en unos pocos con el compromiso de aceptar lo decidido...

Así es. En un cuerpo apostólico muy grande como la Compañía de Jesús, o en una de sus Provincias, es imposible pensar en un círculo donde quepamos todos. Lo que no es imposible –y eso sí que se puede y suele hacerse– es que el discernimiento vaya subiendo hacia arriba, de círculo en círculo, hasta llegar a la persona o grupo que debe tomar la decisión final. Este modo de proceder me hace sentir partícipe del proceso, en cuanto es posible. No me deja al margen. Lo que sí resulta importante es que todas las personas, al menos quienes puedan y lo deseen, participen de alguna manera en el proceso de búsqueda de lo que, por ser un solo Cuerpo, les va a afectar a todos.

Existen, por tanto, distintas maneras de sentirse partícipe del discernimiento en común, que, como hemos dicho, tiene su método, pero que es mucho más que un método porque le subyace toda una espiritualidad. Por eso es tan importante que alguien que conozca bien ambas cosas modere el recorrido del DAC para que no se embarranque. Ese alguien no tiene por qué ser el superior, sino una persona que conozca a fondo la espiritualidad y el método, ambas cosas. En este sentido, el ejemplo de los primeros compañeros es muy iluminador.

Si leemos la deliberación de los primeros padres sabemos, en primer lugar, cuál fue el objeto primero de su discernimiento: ¿queremos conservar lo que Dios ha hecho en nosotros, un grupo de amigos en el Señor, o nos ponemos a las órdenes del Papa para que él nos disperse por la viña del Señor? Tal fue el objeto del primer discernimiento. Durante el día trabajaban y oraban; por la noche se reunían en un caserón medio en ruinas... ¿Y qué hacían? Sentados seguramente en corro comenzaban manifestando uno tras otro las razones y mociones en contra de seguir unidos. Solo en contra, sin mezclarlas con las razones y mociones a favor. Otro día, por la noche, lo contrario: razones y mociones a favor. Sólo a favor. ¿Un juego de niños? Nada de eso, una profunda sabiduría sobre los mecanismos humanos de la comunicación y la escucha. Este modo de proceder evita la dialéctica de la discusión y genera sinergia grupal. Hace que mi escucha del otro, al que veo y oigo remando en mi misma dirección, llegue hasta mí sin interferencias, sin choque; y hace también

La discusión es buena para cosas pequeñas, pero para asuntos importantes no permite escuchar con paz al otro y rompe fácilmente la comunión del grupo.

que mi comunicación sea libre porque reme en la misma dirección que los otros. Lo que oigo del otro puede confirmar o poner en duda lo que yo pienso hasta modificar, en la sesión final, mi primer pensamiento. Y al otro le puede suceder lo mismo. La experiencia da que ello sucede con cierta frecuencia.

En la otra vuelta, exactamente lo mismo. Lo curioso de este modo de preceder es que permite expresar todo lo que uno quiera decir, todo, evitando al mismo tiempo la discusión y llegando frecuentemente a grandes consensos. La discusión es buena para cosas pequeñas, pero para asuntos importantes no permite escuchar con paz al otro y rompe fácilmente la comunión del grupo. ¿Y qué adelanta una comunidad o un equipo apostólico sacando algo adelante si se rompe la comunión en el proceso? No sabemos a quién del grupo se le ocurrió la idea de la doble vuelta, pero sí que resultó una plasmación genial de lo que dicen los Ejercicios [Ej 182-183].

En el proceso del DAC hay otra figura fundamental: la persona que va a tomar la decisión. Puede que, hasta el momento final, no haya tenido un papel central, que haya sido uno más, solo que ha tenido que estar más indiferente que nadie y escuchar a todos con suma atención. Si quiere, puede expresar sus razones y mociones, pero si tiene miedo a condicionar, es mejor que guarde silencio. Él puede intuir cuándo la cosa está suficientemente oída, escuchada, orada etc., para decir: esta es la decisión final, por ella vamos a caminar. Normalmente, salvo en ocasiones muy concretas, la decisión la toma una persona, no es por mayoría de votos como en una democracia formal.

Vamos a poner un poco de orden en el trayecto. Hasta aquí hemos hablado de varios “momentos” o fases del DAC. Primero, definir y centrar bien la cuestión que se quiere discernir en común. Segundo, crear, orándolas, las actitudes propias del discernimiento. Tercero, un tiempo personal de información y reflexión, de análisis; de oración. Cuarto, puesta en común de razones y mociones según el modo de la doble vuelta. Quinto, la toma de una decisión final. Hasta aquí hemos llegado.

Una vez que se ha decidido, pueden pasar dos cosas: que sea lo que yo pensaba o lo contrario. ¿Qué hacer, entonces?

Una persona madura diría: he participado en el proceso, no importa que la decisión final haya sido distinta de lo que yo pensaba, pondré alma y corazón en lo decidido. Por el contrario, una personalidad adolescente dirá,

tal vez: conmigo que no cuenten, no colaboraré porque no estoy de acuerdo con el resultado del DAC. Esta última postura no es en absoluto madura porque ha participado en la búsqueda y eso debería bastarle para colaborar. Si no, es que algo en su estructura psicológica y humana está débil o tocado.

Otro caso. Vamos a suponer que la mayoría de los miembros de una comunidad o un equipo de trabajo termina el DAC con un gran consenso y quien tiene la palabra última decide lo contrario. Puede suceder alguna vez y no pasaría nada. Pero si se repitiera con frecuencia esa persona tendría que preguntarse qué le pasa. Puede ocurrir también que alguna vez el posicionamiento último del grupo sea mitad y mitad, o se le acerque mucho, a pesar de lo que dijimos sobre los grandes consensos a los que suele llevar un DAC bien realizado. En tal caso, el superior, sumido en cierta perplejidad pero con paz, podría decir: amigos y amigas, hermanos, este asunto no está todavía claro, no tenemos aún una percepción espiritual suficientemente clara para decidir, tenemos que darnos más tiempo y continuar con el proceso de búsqueda. Es lo más honesto

Como se ve, hay toda una mística antes del discernimiento, durante y después. Sin ella, el DAC no es tal. Mi impresión, como ya dije, es que durante una primera etapa abusamos de la palabra discernimiento, con prácticas que en realidad no lo eran y que se parecían mucho más a una discusión en la que siempre gana el más “fuerte”, que a un DAC como lo entendemos aquí. Queda por añadir que el paso del tiempo podría mostrar que la decisión tomada no fue la mejor, incluso con un proceso bien llevado. ¿Qué pasa entonces? ¿Es que acaso se contradice Dios a sí mismo? No pasa nada, absolutamente nada. Sólo pasa que a Dios no lo “posee” nadie, ni siquiera un DAC bien hecho. Sólo pasa que hemos de aprender a ser humildes ante Dios. Andar bien el camino es lo que importa.

La tradición ignaciana insiste en no hacer campañas en el proceso, ni labor de pasillos. A mucha gente le cuesta creer que esto sea posible.

Esa insistencia es real, como dices tú, y también la duda sobre su posibilidad. Un caso paradigmático lo tenemos los jesuitas en la elección

En la relación Dios-hombre la iniciativa la toma Dios, no el hombre. Es Él quien a través de su Espíritu nos hace percibir cuál es su voluntad.

del padre general en la cual esas posibles campañas o labor de pasillos para favorecer la elección de una determinada persona, están severamente prohibidas. El protocolo a seguir es tan riguroso en ese sentido, está tan transido de oración y de información neutral, que resulta una

experiencia ejemplar. Todas las personas que han participado en una de esas elecciones regresan a sus provincias con la impresión de haber participado en un proceso ideal de discernimiento en común. Una prueba más de que, cuando se hace bien, el método funciona.

¿En que se apoya ese cuidado máximo de evitar el politiquero? En la fe en que Dios se comunica a cada persona abierta a la escucha del Espíritu e informada con la ayuda de los demás. ¿Quién ha dicho que lo haga con más intensidad a los más “fuertes”, a los más sabios, a aquellos

que en el método “discusión” suelen llevarse el gato al agua? ¿No afirma el evangelio más bien todo lo contrario? Hemos de pasar de la primera ingenuidad a la segunda, decía Paul Ricoeur. La primera ingenuidad consistiría en pensar que lo que Dios quiere de nosotros lo sabemos de forma inmediata, sin caer en la cuenta de que muchas veces lo que hacemos es proyectar nuestros propios deseos en Dios y decir después que son suyos. La segunda consistiría en que, una vez superada la primera, creamos realmente que Dios se comunica con su creación, con sus criaturas; que tiene un sueño sobre nosotros, sobre nuestra Congregación, sobre quienes se reúnen para discernir su voluntad. En tal caso, sobra toda injerencia de unos sobre otros, todo adoctrinamiento. Esa injerencia supone un acto de ateísmo implícito. Tal es un primer objetivo de este método.

El método pretende, en segundo lugar, que la búsqueda de lo que Dios quiere de nosotros en un momento dado sea desde el Espíritu de Dios, no desde nuestros intereses o pulsiones. En la relación Dios-hombre la iniciativa la toma Dios, no el hombre. Es Él quien a través de su Espíritu penetra en nuestro espíritu y nos hace percibir, en un abrazo de amor, cuál es su voluntad. Pero no de un modo “cerrado” entre él y yo, sino ayudados también por lo que sienten nuestros compañeros y compañeras de fatigas.

El método intenta, en tercer lugar, que los “fuertes” se hagan débiles y los “débiles”, fuertes. ¿Cómo? Está claro: excluyendo todo tipo de colonización y dominio.

El Discernimiento en común busca que no se rompa nunca la unión de corazones en el proceso de búsqueda. El método “discusión” la rompe con suma facilidad.

El método busca, por último y como ya dijimos, que no se rompa nunca la unión de corazones en el proceso de búsqueda. El método “discusión”, la rompe con suma facilidad. Este dato es esencial y está muy cuidado en el DAC

Mucho de esto parece darse en una congregación general, pero es que allí se dan unas condiciones que no siempre son posibles en otros contextos, empezando por los sujetos...

En una Congregación general se dan unas condiciones excepcionales, es cierto. Pero me gustaría añadir que se dan también unos medios que hacen posible que sea así y que normalmente pueden pasarse por alto. Mucha oración, mucho trabajo espiritual sobre uno mismo, mucha información respetuosa y en absoluto partidista... Y está claro que no en cualquier situación son repetibles. Son como “casos límite” que, aun cuando no siempre sean repetibles, son siempre modelos de inspiración.

Precisamente por eso, por la complejidad y el tiempo necesario para hacer un DAC en toda su extensión, tendríamos que hablar de formas menores de dicho discernimiento. Serían aquellas que introdujeran unos mínimos de lo esencial del proceso. Sin ellos no se podría ni se debería hablar de discernimiento en común. Esos mínimos tocan lo esencial de la espiritual y madurez humana que sostiene el ejercicio y de las que ya hemos hablado. Incluso en esas formas menores de discernimiento sería recomendable que se practicase algo de la doble vuelta que nos fuerce a situarnos en las dos opciones contrapuestas. El Provincial y su consulta, el superior y su consulta, un equipo directivo, etc., son ámbitos apropiados donde se puede practicar este tipo de DAC abreviado.

De ahí, como decíamos, la importancia esencial en conocer bien y, en lo posible, vivir la espiritualidad ignaciana. Y también este método que, bien hecho, hace crecer en amistad, en respeto, en apertura y genera hacia adentro una experiencia que se predica a sí misma como buena y valiosa.

Louis Lallemand, SJ

DOCTRINA ESPIRITUAL

**NUEVA
EDICIÓN**

revisada
y aumentada
por Dominique
Salin, SJ



Mensajero - Sal Terrae
Universidad Pontificia Comillas

Discernimiento Espiritual Comunitario: Novedad y tradición¹

Hermann Rodríguez Osorio

“Ni viváis solitarios, replegados sobre vosotros mismos,
como si ya estuvierais justificados,
sino reuniéndoos en un mismo lugar
inquirid juntos lo que a todos en común conviene”
Carta de Bernabé, IV, 10

Los orígenes

Los seres humanos buscamos en común los caminos de Dios en medio de las claridades y ambigüedades de la vida. Eso supone escribir con otros, y de la mano de Dios, la historia de la salvación y de la humanidad, en una sola tablilla. Esta forma de proceder ha estado presente en la Iglesia desde sus orígenes. Es un ejercicio particularmente necesario en tiempos de cambio o de encuentro de culturas. Hoy vivimos esta interacción dinámica entre culturas, y enfrentamos cambios que se suceden a una velocidad vertiginosa. Frente a esta realidad es necesario plantearnos la pregunta por la posibilidad de buscar juntos la voluntad de Dios, como ejercicio cotidiano.

El Concilio Vaticano II hizo un llamado a las familias religiosas a volver a las fuentes². Esta invitación desencadenó en la Compañía de Jesús un proceso múltiple de adaptación del espíritu fundacional a las condiciones del mundo actual, cuyo punto de partida fue la Congregación General 31^a (1965/6). Dentro de este proceso, las Congregaciones Generales siguientes (1974, 1983, 1995, 2008 y 2016) han renovado la invitación a toda la Compañía, a redescubrir la experiencia del discernimiento espiritual, tanto personal como comunitario.

Por su parte, los PP. Arrupe, Kolvenbach, Nicolás y Sosa, Superiores Generales durante este período, también han invitado a jesuitas y colabora-

¹ Recomendamos la lectura del artículo, H. RODRÍGUEZ, Discernimiento Comunitario. Algunas precisiones terminológicas, *Miscelánea Comillas* 58 (2000), 487-510.

² CONCILIO VATICANO II, *Perfectae Caritatis, Decreto sobre la adecuada renovación de la vida religiosa*, 2.

dores, a hacer suya la práctica del discernimiento, individual y en común, tanto en comunidades locales, como en obras, instituciones y redes apostólicas a través de las cuales desarrollan su misión.

El discernimiento espiritual comunitario es hijo legítimo de un momento muy concreto de la historia de la Iglesia y de la Compañía.

En una conferencia que dio en 1991 el P. Luis González, S.J. a un grupo de jesuitas en Salamanca, a propósito del discernimiento espiritual comunitario, contaba una anécdota muy reveladora. Decía el fundador y antiguo director del CIS³, que en diciembre de 1970, lo llamó el P. Arrupe a su oficina y le hizo esta pregunta: *¿Qué bibliografía hay sobre el discernimiento comunitario?* El P. González contestó que en ese momento no podía decirle algo preciso, pero que si le daba un día o dos, podría responder a su pregunta. Y el P. Arrupe añadió: “Es que si no hay, en la tradición de la Compañía, nada sobre el discernimiento comunitario, lo tendremos que inventar”⁴.

El P. Arrupe, en la preparación de la CG 32^a y, respondiendo a las recomendaciones del Concilio Vaticano II, quería buscar una metodología de consulta, de manera que fuera posible incorporar la opinión de la base, al gobierno de los superiores. Su gran intuición ya tenía los ojos puestos en la «*Deliberatio Primorum Patrum*» de 1539, en la que se describe el proceso de búsqueda que vivieron los primeros jesuitas, antes de la fundación de la Compañía. La afirmación del P. Arrupe, dicha en el seno de una conversación íntima con uno de sus colaboradores más cercanos, sobre la necesidad de «*inventar*» los fundamentos de una práctica comunitaria del discernimiento, nos muestra cuánto interés y necesidad se sentía de esta nueva práctica y de su coherente formulación desde la espiritualidad de la Compañía.

El fenómeno comunitario de la práctica centenaria del discernimiento en la Compañía de Jesús, y de la práctica milenaria de este mismo discernimiento en la historia de la Iglesia y de la humanidad entera, nace y se desarrolla a partir del Concilio Vaticano II. Podemos decir, sin temor, que se trata de algo nuevo y reciente, por lo menos como elaboración conceptual.

Hay que decir también que no se trata de algo que haya surgido como por arte de magia. El discernimiento espiritual comunitario es hijo legítimo

³ Luis González Hernández (1916-1992), después de haber sido Provincial de Toledo, fue llamado por el P. Pedro Arrupe, para fundar un centro dedicado a la promoción y difusión de la espiritualidad ignaciana. El P. González dirigió el CIS, con sede en Roma, desde 1969 hasta 1980.

⁴ LUIS GONZÁLEZ, *La deliberación de los primeros compañeros. A los 450 años de la determinación de fundar la Compañía de Jesús (1539-1989)*, Manresa 61 (1989), 246.

de un momento muy concreto de la historia de la Iglesia y de la Compañía. Además, es posible descubrir distintas relaciones con la tradición y conexiones con la práctica, no formulada teóricamente, de la Compañía y de la Iglesia, desde sus mismos orígenes.

Jesús nos advirtió que no todo quedaba dicho: «*Cuando venga él, el Espíritu de la verdad, os guiará hasta la verdad completa*» (Jn 16,13). Confiados en esta promesa, somos conscientes de que estamos hablando de algo nuevo, de un regalo del Espíritu a la Iglesia y a la Compañía. Estamos convencidos de que este tiempo (*kairós*) posterior al Vaticano II, ha sido para la Iglesia y para la Compañía un período de fecundidad espiritual que se entronca sustancialmente con lo mejor de la tradición de nuestros mayores, para responder a los nuevos desafíos de la realidad.

En el debate teológico y académico, así como en la práctica religiosa, se dieron avances y bloqueos, impulsos y resistencias. Sin embargo, el discernimiento comunitario se fue abriendo paso, especialmente, a partir de la celebración de la CG 33ª, y la elección del P. Kolvenbach, en 1983. Hubo procesos de consulta y nuevas tomas de posición oficial. Fue un tiempo de consolidación, tanto teórica como práctica, dando paso a un período más tranquilo en el que se reposaron las aguas turbulentas del postconcilio.

Esto no significó que las preguntas hubieran desaparecido. Cambió la forma de expresarlas y la virulencia con que en un primer momento se enfrentaron las posiciones. Nos atrevemos a afirmar que, a pesar del uso frecuente y bastante natural del lenguaje comunitario para referirse al discernimiento espiritual en los documentos de la CG 34ª (1995) y las *Normas Complementarias*, las cosas no estaban del todo claras y siguieron aflorando discusiones doctrinales y prácticas.

Un avance importante en la evolución del uso del adjetivo ‘comunitario’ para calificar el sustantivo ‘discernimiento’, son las palabras del Papa Benedicto XVI en la eucaristía de inauguración de la Conferencia de Aparecida:

Esta página de los *Hechos de los Apóstoles* es muy apropiada para nosotros, que hemos venido aquí para una reunión eclesial. Nos habla del sentido del *discernimiento comunitario* en torno a los grandes problemas que la Iglesia encuentra a lo largo de su camino y que son aclarados por los “Apóstoles” y por los “ancianos” con la luz del Espíritu Santo, el cual, como nos narra el evangelio de hoy, recuerda la enseñanza de Jesucristo (cf. Jn 14, 26) y así ayuda a la comunidad cristiana a caminar en la caridad hacia la verdad plena (cf. Jn 16, 13). Los jefes de la Iglesia discuten y se confrontan, pero siempre con una actitud de religiosa escucha de la palabra de Cristo en el Espíritu Santo. Por eso, al final pueden afirmar: “Hemos decidido el Espíritu Santo y nosotros...” (*Hch* 15, 28). Este es el “método” con que actuamos en la Iglesia, tanto en las pequeñas asambleas como en las grandes. No es sólo

una cuestión de modo de proceder; es el resultado de la misma naturaleza de la Iglesia, misterio de comunión con Cristo en el Espíritu Santo⁵.

Palabras que alentaron a muchos a seguir caminando en el desarrollo de la teoría y, sobre todo, de la práctica de este método que debe ser el que anima a la comunidad cristiana en la búsqueda de la voluntad de Dios, no solo como un modo de proceder, sino como resultado de la misma naturaleza de la Iglesia.

La teología espiritual y, en particular, el estudio de la espiritualidad ignaciana, no pueden considerar zanjada la discusión sobre la legitimidad del discernimiento como práctica comunitaria. Tampoco podemos decir que, en la forma de proceder de las comunidades, obras, instituciones y redes apostólicas de la Compañía de Jesús, éste sea un tema resuelto.

Por lo anterior, es importante hacer algunas aclaraciones terminológicas para entender el estado de la cuestión y ofrecer luces sobre la pertinencia de esta manera de proceder, que el P. General, Arturo Sosa, ha vuelto a proponer a la Compañía hoy, como “condición necesaria para hacer realidad las decisiones de la Congregación General [36^a], en coherencia con las características de la espiritualidad que anima nuestro cuerpo religioso y apostólico”⁶.

Algunos dilemas en torno al discernimiento

Acto o actitud

Mucho se ha escrito sobre el discernimiento a lo largo de los últimos años. Vale la pena recordar aquí la definición que el P. Arrupe utilizó en uno de sus discursos durante la Congregación General 32^a, en 1974:

No olvidemos que la verdadera discreción consiste, como dice el «*Ordo Paenitentiae*»: ‘en el conocimiento íntimo de la acción de Dios en los corazones de los hombres, obra del Espíritu Santo, fruto de la caridad’ (*Ordo Paen.* n. 10). La verdadera discreción es un cierto dinamismo, que procede de la caridad y crece poco a poco mientras va descubriendo continuamente la voluntad de Dios; el discernimiento tiene un sentido escatológico, al mismo tiempo, que informa nuestra vida y todos nuestros actos⁷.

⁵ V CONFERENCIA GENERAL DEL EPISCOPADO LATINOAMERICANO Y DEL CARIBE, *Documento conclusivo*, Homilía de su Santidad Benedicto XVI, 13 de mayo de 2007. (<http://www.celam.org/apa-recida/Espanol.pdf>). Las negritas son nuestras.

⁶ A. SOSA, *Sobre el discernimiento en común*, Carta del 27 de septiembre de 2017.

⁷ AA.VV., *Siguiendo el Camino de la Congregación General XXXII. Papeles inéditos de la Congregación General: artículos, experiencias y bibliografía* (Subsidia ad Constitutiones 15), CIS, Roma s.f., 7. La frase completa del Ritual de la Penitencia dice así: “El discernimiento del espíritu es, ciertamente, un conocimiento íntimo de la acción de Dios en el corazón de los hombres, un don del Espíritu Santo y un fruto de la caridad [Nota 41: Cf. Phil 1,9-10]”: COMISIÓN EPISCOPAL ESPAÑOLA DE LITURGIA, *Ritual de la Penitencia*, N° 10. Ritual confirmado por la Sagrada Congregación para el Culto Divino por decreto del 25 de enero de 1975.

En esta perspectiva, *el discernimiento del espíritu*, como se llama en el Ritual de la Penitencia, o *la discreción*, como prefiere decir en este texto el P. Arrupe, o *el discernimiento espiritual*, como algunos consideran más acertado llamarlo⁸, consiste, primero que todo, en una actitud, antes que en un acto separable y concreto, con una metodología rígida y claramente determinada:

El discernimiento no es una técnica o un proceso, ni un instrumento muy útil para descubrir lo que Dios quiere de nosotros en un momento dado de nuestra vida. Es verdad que tiene un proceso, una técnica, una dinámica, que hay que aprender en la práctica. Pero por todo lo que hemos dicho podemos comprender que en su esencia es algo más: es una actitud del espíritu. Una manera de ser propia del cristiano, que lo lleva a actuar siempre consultando el querer de Dios bajo la conducción del Espíritu, es decir, del Amor-misericordia de Dios⁹.

El discernimiento espiritual consiste, primero que todo, en una actitud, antes que en un acto separable y concreto, con una metodología rígida y claramente determinada.

Esta forma de entender el discernimiento tiene también otros representantes que aprecian el método y el proceso de búsqueda de la voluntad de Dios, ya sea personal o comunitario, pero le dan más valor a la actitud espiritual que tiene a la base esta práctica. En este sentido, se habla de discernimiento espiritual como acto o como actitud, dependiendo del acento que se le dé.

Si recurrimos al significado etimológico que señala Magaña¹⁰, discernir significa dividir, separar, distinguir; en nuestro caso, distinguir la voluntad de Dios entre varias alternativas, para captarla, aceptarla y realizarla; también supone distinguir los espíritus que mueven a las personas y a las comunidades en determinada dirección (mociones). Nos encontramos con otra diferenciación, el discernimiento como el momento de la distinción de los espíritus, o como un proceso que termina en la acción que se desprende de esta distinción.

Discreción o elección

Hay autores que prefieren poner el acento en el momento de la discreción de los espíritus, en la distinción entre el espíritu del bien y el espíritu

⁸ Cfr. M. RUIZ JURADO, *El Discernimiento Espiritual. Teología. Historia. Práctica*, BAC, Madrid 1994, 18-20.

⁹ J. OSUNA, "El Discernimiento: espiritualidad de seguimiento de Jesús, conducidos por el espíritu, para mayor gloria de Dios", *Reflexiones CIRE*, 12 (1986), 86-87.

¹⁰ Cfr. J. MAGAÑA, "La voluntad verdadera del Dios verdadero. Pistas para discernir el discernimiento", *Manresa* 54 (1982), 113.

del mal. En este caso, el discernimiento tiene un carácter solo *individual*, puesto que nadie puede reemplazarnos en la interpretación de una moción interior que sólo nosotros sentimos. Llegar a reconocer la procedencia y la dirección que imprime en la persona una determinada moción espiritual, corresponde al individuo, en la confrontación de la criatura con su *Criador y Señor* [Ej 15], sin que medie la participación de un acompañante, o de una comunidad. Por este camino, el discernimiento entra en un espacio vedado para el ejercicio comunitario.

Sin embargo, hay autores que ponen el acento en la *elección*; en este caso, el momento de la discreción no es *absoluto*, pues necesita objetivarse en una opción determinada, haciendo salir al sujeto de su intimidad, para abrirlo a la confrontación con la comunidad, ya sea a través de la comunicación con un acompañante o con un referente eclesial que ayuda a sancionar la autenticidad de su experiencia. Así, el discernimiento espiritual tendría, necesariamente, una expresión comunitaria, sin perder el momento personal de la discreción interior de los espíritus, pero sin perder nunca la confrontación con la comunidad eclesial en la que se inserta una determinada decisión.

Esta distinción que presentamos, no puede despreciarse como algo demasiado sutil, puesto que, sin ella, podríamos legitimar una práctica del discernimiento espiritual en que cada individuo llega a determinar su acción sin una mediación comunitaria. No negamos el momento personal, pero consideramos que allí no se completa el ejercicio del discernimiento, sino que es indispensable que éste pase a una etapa en la que no sólo es recomendable, sino indispensable, la mediación comunitaria y eclesial.

Ni descubrimiento ni decisión, sino co-laboración

Thomas Dunne¹¹, presenta el proceso de discernimiento de la voluntad de Dios en san Ignacio, dentro de una concepción que supera la visión del descubrimiento de la voluntad de Dios, por una parte, y de la decisión del individuo, por la otra. Para él, el modelo ignaciano, se fundamenta en la colaboración del hombre con Dios. Según este planteamiento, Dios no tiene una voluntad oculta que el hombre tiene que descubrir a través del proceso de discernimiento; tampoco se trata, simplemente, de un proceso de decisión libre del individuo que, entre varias opciones, escoge la que mejor se acomoda al plan de Dios sobre su vida.

La experiencia que tuvo Ignacio en la pequeña capilla de la *Storta*, a las

¹¹ Cfr. T. DUNNE, "Models of Discernment", *The Way Supplement* 23 (1974), 18-26.

puertas de Roma, explica la comprensión que tiene de la colaboración del hombre con la obra de Dios, realizada en Jesucristo. En el viaje que hizo con sus compañeros, en 1537, antes de llegar a la ciudad, entró a orar en la iglesia de la Storta, situada sobre la *Via Cassia*. Él mismo relata lo acontecido:

“Y estando un día, algunas millas antes de llegar a Roma, en una iglesia, y haciendo oración, sintió tal mutación en su alma y vió tan claramente que Dios Padre le ponía con Cristo, su Hijo, que no tendría ánimo para dudar de esto, sino que Dios Padre le ponía con su Hijo” [Au 96].

Diego Laínez, uno de los compañeros de viaje, añadiría más tarde que el Cristo pobre, humillado y cargado con la cruz, le decía a Ignacio: “Quiero que nos sirvas”. Esta experiencia constituyó para Ignacio la confirmación, por parte de Dios, del camino que hasta entonces había seguido; un camino de servicio y de docilidad a la acción de Dios en él. Desde esta perspectiva, es fácil entender que el hombre es invitado por Dios a servir con su vida a la misión del Hijo.

En los Ejercicios Espirituales, la mayoría de las contemplaciones propuestas, están orientadas a descubrir al Señor actuando; la invitación que el ejercitante siente, es a unirse a Jesús en su acción salvífica en el mundo, de modo que ponga el amor “más en las obras que en las palabras” [Ej 230]. De esta manera, se puede comprender el discernimiento espiritual como un proceso a través del cual, la persona va entendiendo, progresivamente, la forma concreta de colaborar, amorosamente, con la acción creadora de Dios en la historia.

Se trata, propiamente, de una continua toma de conciencia de la acción de Dios en la propia interioridad, que se va traduciendo en toma de decisiones y en acción transformadora de la realidad personal, comunitaria y social. Esta toma de conciencia progresiva, se va haciendo efectiva a través de la práctica del examen cotidiano, y permite que el discernimiento espiritual se desarrolle desde una perspectiva personal, pero sin perder de vista su dimensión comunitaria, como hemos venido señalando. La definición que ofrece Jesús Corella en uno de sus artículos va en esta dirección:

Como acto concreto, en una determinada situación de la vida, podríamos definir así el discernimiento espiritual: «*Es un ejercicio espiritual, en el cual, a través de la percepción y el análisis de ciertas experiencias, llegamos a sentir y conocer la acción de Dios en nosotros, y a partir de ella, deducimos el conocimiento de su Voluntad en la disposición de nuestras vidas, en orden a una decisión*»¹².

¹² J. CORELLA, “El «qué» y el «porqué» del discernimiento”, *Confer* 28 (1989), 383.

La percepción y análisis de las experiencias personales y comunitarias nos permiten sentir y conocer lo que Dios está haciendo en nosotros y en el mundo, de manera que nuestra vida termine siendo dócil a la acción propia de Dios en la historia, a la manera de Jesús.

*La percepción y análisis
de las experiencias
personales y
comunitarias nos
permiten sentir y
conocer lo que Dios
está haciendo en
nosotros y en el mundo.*

Personal o comunitario

Hemos dicho que el discernimiento espiritual ha sido entendido, como un ejercicio prioritariamente individual. También hemos repetido que tiene, necesariamente, una dimensión comunitaria. Algunos autores lo han afirmado categóricamente. Ninguno de ellos niega que el discernimiento espiritual suponga una búsqueda personal, sin la cual es imposible llegar a discernir la procedencia y dirección de las mociones que aparecen en la interioridad de cada individuo. Pero, con la misma fuerza, se afirma que esta búsqueda individual no puede constituirse en parámetro absoluto de discernimiento, sino que es indispensable que esta labor personal, se complete a través de la confrontación comunitaria y eclesial.

Esta confrontación puede darse a través del acompañante espiritual que, sin intervenir en la decisión que el individuo tome, sirve de referencia para impedir que la persona se engañe o se deje manejar por el espíritu del mal, revelándole sus estrategias y modos de proceder. También, puede concretarse a través de un grupo con quien se establece la búsqueda en común de la voluntad de Dios en una situación determinada, a nivel apostólico o comunitario; y, en último término, entendemos que existe una confrontación eclesial cuando la persona acepta regir sus decisiones según los criterios de la “santa madre Iglesia hierárquica” [Ej 170], como lo propone Ignacio al referirse a las cosas sobre las que se debe hacer elección. Daniel Gil, en su estudio sobre el discernimiento según san Ignacio, lo dice de una forma magistral:

Esta confrontación puede darse a través del acompañante espiritual que, sin intervenir en la decisión que el individuo tome, sirve de referencia para impedir que la persona se engañe o se deje manejar por el espíritu del mal, revelándole sus estrategias y modos de proceder. También, puede concretarse a través de un grupo con quien se establece la búsqueda en común de la voluntad de Dios en una situación determinada, a nivel apostólico o comunitario; y, en último término, entendemos que existe una confrontación eclesial cuando la persona acepta regir sus decisiones según los criterios de la “santa madre Iglesia hierárquica” [Ej 170], como lo propone Ignacio al referirse a las cosas sobre las que se debe hacer elección. Daniel Gil, en su estudio sobre el discernimiento según san Ignacio, lo dice de una forma magistral:

El discernimiento espiritual, tal como hemos visto que lo presenta san Ignacio, ocurre al interior de una conciencia sumamente comunicada, espiritualmente patente y en frecuente diálogo y expresión con quien le da los ejercicios y le platica las reglas de discernimiento. Es importante comprender que, aunque no esté dicho así, pero esa cualificada relación interpersonal entra también constitutivamente en el discernimiento. En una conciencia incomunicada, el discernimiento está falseado de antemano¹³.

¹³ D. Gil, *Discernimiento según San Ignacio*, CIS, Roma 1980, 388.

En una conciencia que no esté abierta a la comunicación con otro u otros, el discernimiento espiritual no tiene garantías de estar bien orientado; en este sentido, aún el discernimiento sobre el proceso más personal posible, debe estar abierto al diálogo y a la confrontación con un acompañante, con una comunidad creyente. Allí está la intuición fundamental que apareció en la Compañía, y en la misma Iglesia, con la irrupción del discernimiento comunitario.

Conclusión

Los hombres y las mujeres, de mil formas y de manera cotidiana, buscamos juntos lo que más nos conviene en la vida. No se trata de un capricho refinado y exclusivo de algunos iniciados, sino la exigencia de nuestra propia limitación. Necesitamos hacer el camino en compañía de otros. Este camino es el camino que pretende el discernimiento espiritual comunitario.

El discernimiento espiritual, personal o comunitario, es expresión de la aceptación amorosa de la propia limitación. El ser humano no se basta a sí mismo, no puede hacer su camino sin la compañía de Dios. El discernimiento espiritual no es otra cosa sino la apertura fundamental al Otro y a los otros. Como Jesús, tampoco nosotros podemos sentirnos completos con nuestros criterios o con nuestra visión parcial y particular de las cosas. La realidad de la limitación propia del ser humano es la que le lleva a estar siempre abierto, a sentirse incompleto en su visión de las cosas; esta apertura fundamental al Otro y a lo otro de sí, es lo que posibilita el discernimiento espiritual comunitario.

En este sentido, el discernimiento personal o comunitario, no tendrá nunca una certeza absoluta, y cuenta siempre con los márgenes de error propios de nuestra naturaleza humana. Una comunidad que se embarca en un proceso de búsqueda de la voluntad de Dios, ya sea a través del seguimiento de las mociones personales y colectivas¹⁴, o buscando las razones que favorecen una u otra decisión, o por cualquier otro medio, debe ir avanzando, poco a poco, hacia consensos y acuerdos más o menos claros. Sin embargo, la legitimidad de una decisión requiere no sólo del acuerdo y el consenso comunitario, ni de una mayoría de votos a favor de una determinada opción, sino que recibe su confirmación cuando la autoridad competente dice la última palabra; esta palabra hace parte integral del proceso.

¹⁴ “También en el grupo se producen consolaciones y desolaciones, y su experiencia, repetida y contrastada a lo largo del tiempo, puede conducir al grupo a comprender lo que es voluntad de Dios para él. (...)”: J. CORELLA, “Discernimiento Comunitario”: *Confer* 28 (1989), 470.

Esto aparece muy claramente en todos los documentos oficiales de la Compañía de Jesús en los que se habla sobre el discernimiento comunitario y en la mayoría de los autores que han estudiado el tema a lo largo de los últimos cincuenta años. Un ejemplo más de esto, podría ser el siguiente párrafo escrito por un grupo de jesuitas argentinos en 1972:

El discernimiento espiritual, personal o comunitario, es expresión de la aceptación amorosa de la propia limitación.

“El discernimiento comunitario se orienta a una opción o elección de comunidad que no es ‘decisión’ hasta que la asume el superior responsable como tal. El discernimiento comunitario –como el de una persona en Ejercicios– es una opción condicionada no sólo a la confirmación interna del Señor, sino a una confirmación externa –aceptación por parte de la autoridad constituida– que sólo puede aportar el superior que tiene poder de decisión en el tema del discernimiento comunitario y que tiene, respecto de esa comunidad, el lugar de Cristo (...)”¹⁵.

Así las cosas, la decisión final a la que llega un proceso de discernimiento espiritual comunitario, no tomará nunca la forma de conclusión de un silogismo operativo, ni gozará de una evidencia empírica o matemática; tampoco tendrá la seguridad subjetiva del fanático que se aferra a su verdad sin contemplaciones. Se tratará de “la certeza del recto caminar en la esperanza cierta; un caminar siempre perfectible, dialogal –pues supone el diálogo con la comunidad y en el ámbito de la comunión eclesial– y abierto siempre a la suprema medida que es el modo de ser y de comportarse del Señor Jesús”¹⁶.

Por esto, decimos que “*cuatro ojos ven mejor que dos*”. Y decimos ‘mejor’, no sólo ‘más’, porque se trata de la calidad de la mirada y no de la cantidad. Esta intuición fundamental está a la base de la práctica del discernimiento espiritual comunitario.

¹⁵ AA.VV., “La vida de comunidad a la luz de los documentos ignacianos”, en AA.VV., *Dossier “Deliberatio” A*, CIS, Roma 1972, 64.

¹⁶ J. M. ROVIRA BELLOSO, “¿Quién es Capaz de Discernir?”, *Concilium* 139 (1978), 606-607.

Disposiciones personales ante el discernimiento comunitario

Toni Catalá e Ignacio Boné

Basta una personalidad excéntrica, agresiva o cínica en una comunidad para echar por tierra la posibilidad de un discernimiento en común (P. Peter Hans Kolvenbach, 1986).

Quienes participan en el discernimiento deben cultivar su libertad interior, es decir, su desapego a lo propio, para asumir lo que es el bien mayor en la perspectiva del Evangelio (P. Arturo Sosa, 2017).

Desde hace ya un tiempo el discernimiento en común se percibe como urgencia para la iglesia y para las instituciones religiosas. Recientemente el papa Francisco ha insistido en la necesidad del discernimiento para toda la Iglesia y nos ha encomendado a los jesuitas –y podemos decir a la familia ignaciana– contribuir a difundir el discernimiento en la vida eclesial.¹ Parece que hay problemas que se resisten a ser enfocados sólo con una disciplina vertical y que tampoco se resuelven sólo con discusiones...

Las recientes Congregaciones Generales de la Compañía de Jesús y las cartas de sus generales muestran una conciencia creciente de la importancia del discernimiento en común. El P. Arrupe en 1971 ya animaba explícitamente iniciativas en este sentido, quince años después, el P. Kolvenbach (1986) recogió información de superiores de todas las provincias sobre este tema y lo sintetizó en una interesante carta, el P. Nicolás también impulsó en 2009 un encuentro sobre discernimiento en común. Ahora el P. Sosa ha recogido el encargo de la CG 36 y ha escrito una carta a toda la Compañía (27/9/2017) animándonos a ahondar en el discernimiento en común como algo inseparable de la planificación apostólica. Parece que los últimos cincuenta años muestran este deseo de encontrar caminos y que, aunque hay obstáculos y dificultades serias, se insiste porque se sigue viendo como

¹ “Sobre todo, denles lo que han recibido de los Ejercicios: la sabiduría del discernimiento. La Iglesia hoy necesita crecer en la habilidad del discernimiento espiritual”. PAPA FRANCISCO, Coloquio privado con jesuitas en Polonia, julio 2016, disponible en: <https://loiolaxi.wordpress.com/2016/08/26/coloquio-del-papa-con-los-jesuitas-polacos/>

algo crucial.² Llevamos medio siglo viéndolo como algo “urgente”, parece pues que no resulta fácil y que sigue siendo necesario profundizar en nuestras resistencias.

Kolvenbach recogía ya en su escrito de 1986 muchas de las dificultades teóricas y prácticas con las que el discernimiento en común se choca... En la memoria de algunos queda su constatación de las limitaciones personales que hacen que, en muchos casos, no se den los mínimos ignacianos para una búsqueda en común de la voluntad de Dios. Se recuerda su pregunta: “¿No se debe reconocer... que basta una personalidad excéntrica, agresiva o cínica en una comunidad para echar por tierra la posibilidad de un discernimiento en común?” Reconociendo esta verdad, vamos a intentar reformular la reflexión sobre estas disposiciones personales en un modo positivo y que abra caminos pedagógicos. Vamos a volver a algunas fuentes ignacianas que iluminan cómo cultivar cierta disposición personal que haga posible el discernimiento en común.

Condición previa: Pasión por Cristo y desear “vestirse de la misma vestidura”

Primero hay que cultivar lo obvio pero imprescindible: tener de frente a quien es la referencia central de nuestra vida y misión como creyentes al estilo de Ignacio. En ese sentido recogemos sólo una formulación en la propuesta de Ignacio en el *Examen* de los candidatos a la Compañía de Jesús: “ayuda y aprovecha en la vida espiritual, aborrecer en todo y no en parte, cuanto el mundo ama y abraza, y admitir y desear con todas las fuerzas posibles cuanto Cristo nuestro Señor ha amado y abrazado”. Dice que “los que van en espíritu” desean intensamente “vestirse de la misma vestidura y librea de su Señor”... hasta, como ya dice en la tercera manera de humildad [*Ej* 167], desear por Él y por seguirle “ser tenidos y estimados por locos, no dando ellos ocasión alguna de ello, por desear parecer y imitar en alguna manera a nuestro Criador y Señor Jesucristo, vistiéndose de su vestidura y librea” [*Examen Co* 101]. Este es el horizonte de deseo –o al menos deseos de deseos– al que volver para no perder perspectiva en cualquier discernimiento cristiano.

² ARRUIPE, P., “Sobre el discernimiento espiritual comunitario (25.12.71)”, *La identidad del jesuita en nuestros tiempos*, Sal Terrae, Santander 1981, 247-261; KOLVENBACH, P.-H., “Sobre el discernimiento apostólico en común”, *ARSI*, 19, Roma, (1987), 700-720; NICOLAS, A., “Discernimiento apostólico en común”, *CIS XL* (2009), 9-21.

Primera condición: Configurar la vida desde la gratitud y la gratuidad

El examen ignaciano –como actitud y no sólo como práctica– se reconoce como la puerta de entrada al discernimiento. Antes de entrar en las reglas o criterios de discernimiento que nos propone Ignacio en los Ejercicios es conveniente detenerse en la “llave” para abrir la puerta de entrada en el camino de una vida conducida por el Espíritu del Señor. Si no se abre esta puerta no habrá discernimiento sino un alambicado serpentín que siempre nos devuelve al punto de partida: iremos sólo del yo al yo, aunque demos complicadas vueltas. El examen ignaciano abre un territorio nuevo de gratuidad donde se pueden superar los miedos, dejar espacio a otras perspectivas, estar abiertos a la novedad y libres para el cambio... La llave al espacio del discernimiento es el examen de conciencia entendido en su profundidad ignaciana.

“Examinar” en la espiritualidad ignaciana es adiestrarse para configurar la vida desde la gratuidad. El primer punto y fundamental del examen es dar gracias a Dios por los beneficios recibidos [Ej 43]. Este primer punto, tan obvio en la formulación, no lo es tanto en la vida cotidiana y en nuestro modo de estar en ella. Para Ignacio los beneficios recibidos no son una abstracción espiritual, son los dones de “creación, redención y dones particulares” [Ej 234]. Los dones recibidos son: la vida (creación), el encuentro con Jesús (redención) y la “gracia” personal e irrepetible con la que vivimos la vida y el seguimiento (don particular).

Cuando por miedo a la muerte nos aferramos a la vida y olvidamos que somos una “chispa” de la creación que mañana se puede apagar, caemos en una esclavitud mortal. El que es esclavo no puede discernir, si tiene miedo a muertes o pérdidas, se aferra a sus posesiones materiales o inmateriales y se cierra al cambio. Cuando la vida es un don, se vive de otra manera. El dar gracias por la vida para adiestrarse en el discernimiento es mirar la muerte de cara y decirle cada día que no tiene la última palabra. Es necesario pasar por este vértigo, pasar esta frontera para ser hombres de discernimiento. Vivir lo cotidiano como nuevo, como regalo y don, es clave para no aferrarnos a nada y poder discernir por donde nos guía el Espíritu.

Cuando se dan gracias por los beneficios recibidos comienza el discernimiento y caemos en la cuenta (“demandamos cuenta al ánima” [Ej 43]) de los pecados como desenfoces, exigencias e intransigencias, engreimientos y orgullos. La gratitud conduce a una conversión sana para vivir no desde lo que el mundo “ama y abraza” sino desde lo que Dios ama y abraza. Sin esta actitud de examen no puede haber discernimiento.

Vivir lo cotidiano como nuevo, como regalo y don, es clave para no aferrarnos a nada y poder discernir por donde nos guía el Espíritu.

Como bien dice en su carta el P. Arturo Sosa, esto se traslada de modo evidente al discernimiento en común: “No basta con la evaluación sistemática de nuestro apostolado. Es necesario completarla desde la perspectiva espiritual del examen por el que Ignacio nos invita a reconocer la acción de Dios en la historia, agradecer sus beneficios...” Y del examen personal se pasa, con cierta facilidad, al examen de lo común: “Es necesario combinar el examen personal de cada participante con el examen de lo que sucede en el grupo” y “como aprendemos a percibir nuestros movimientos interiores, el discernimiento en común nos exige desarrollar la capacidad de percibir e interpretar los movimientos espirituales del grupo que está a la escucha del Espíritu para hallar la voluntad de Dios”.

Segunda condición: “Mudarse intensamente” contra la desolación personal o institucional

52

Desde la actitud y práctica del examen y desde la gratuidad y la conversión a la que conduce, podemos entender las reglas de discernimiento que nos propone Ignacio de Loyola. Si no se vive en un talante de examen la práctica del discernimiento será un ejercicio de complejas sutilezas sin sentido o un falso ejercicio “espiritual” de ociosos y, entonces, mejor no hablar de discernimiento comunitario ni apostólico.

No se trata aquí de hacer ahora un comentario de todas las reglas de discernimiento ni tampoco se trata de considerar la aplicación de las reglas en su contexto más genuino que son los Ejercicios Espirituales. De lo que se trata es de retomar el talante que deben generar dichas reglas en la persona que ha hecho Ejercicios, para adiestrarse en el discernimiento personal y disponerse para el comunitario y apostólico. La primera perspectiva es muy global pero muy significativa: el objetivo del discernimiento es no instalarse en la desolación sino en la consolación, en la alegría del Evangelio.³ La desolación invita a la pasividad o mueve a opciones que separan más de Dios y de su misión. Discernir personal o comunitariamente, sabiendo nuestros límites y sin maximalismos, exige ser activos contra la desolación y “pedir insistentemente” la verdadera consolación.⁴

³ PAPA FRANCISCO, “Exhortación apostólica *Evangelii gaudium*”, en AAS 105 (2013), 1019-1137.

⁴ Ver: PAPA FRANCISCO, Discurso a los participantes en la 36 Congregación General de la Compañía de Jesús (24/10/2016), disponible en: http://w2.vatican.va/content/francesco/es/speeches/2016/october/documents/papa-francesco_20161024_visita-compagnia-gesu.html

La consolación anima al seguimiento de Jesús con alegría, pero seguimos al Señor Jesús en muchas realidades que se perciben como desoladas. A poco que uno no se encierre en una comunidad blindada, ante lo que acontece en este mundo nuestro, nota y siente lo que Ignacio llama desolación: “oscuridad del ánimo, turbación en ella, moción a las cosas bajas y terrenas, inquietud a varias agitaciones y tentaciones, moviendo a infidencia, sin esperanza, sin amor, hallándose toda perezosa, tibia, triste y como separada de su Criador y Señor” [Ej 317]. Nuestro tiempo es percibido en muchos ambientes cristianos como una realidad desolada y provoca la tendencia al abandono, al bloqueo o, lo que es peor, se entra en dinámicas de lamento persistente y mortecino. La Exhortación del Papa Francisco “La alegría del Evangelio” es una invitación a que la Iglesia no se instale en la desolación.

En la dinámica de Ejercicios las reglas de primera semana se dan para tener destrezas en discernir que la consolación es un don que hay que recibir y la desolación es para “lanzar” [Ej 313]. La desolación no se puede equiparar a la consolación, si equiparamos al “buen espíritu” con el “mal espíritu” y les damos la misma consistencia teológica caemos en un maniqueísmo de consecuencias dramáticas en la vida cotidiana, estamos abocados al fatalismo. Pero es posible el “intenso mudarse contra la misma desolación” [Ej 319] Lo que no se puede es estar en el seguimiento sin poner de nuestra parte para discernir en la realidad desolada.

Dice Ignacio que en la desolación no debemos mudar los primeros propósitos pero que mucho aprovecha el intenso mudarse contra la misma desolación, de tres modos: más oración, mucho examinar y algún modo conveniente de hacer penitencia [Ej 319]. No es un asunto de voluntarismo, no es un esfuerzo tenso que no va a ninguna parte sino al rompimiento personal, se trata de poner de nuestra parte para percibir que el tiempo desolado es un tiempo que no está dejado de la mano de Dios. Veamos las tres propuestas de Ignacio

a) Mucho examinar: escuchar otras palabras

Precisamente porque el tiempo desolado se percibe como un tiempo sin gracia, desgraciado, es bueno recordar todo lo dicho antes sobre el examen como llave del discernimiento. No se trata de dedicar más tiempo a mirarnos “por dentro” sino de percibir que cuando perdemos la dimensión de gratuidad somos nosotros los que cambiamos la mirada sobre la realidad y la cerramos al Espíritu.

Además de la gratitud imprescindible, examinar más supone dejar entrar otras palabras, informaciones, puntos de vista. Examinar no es saber de todo pero sí disponernos a enterarnos, a estar “avisados”, a preguntarnos por nuestras fuentes de información, a sospechar de nuestras convicciones inamovibles. Examinar abre espacio a escuchar al otro en verdad, dejándole espacio sin miedo. Lo que es evidente es que el pensamiento único y autosuficiente, el lamento y el derrotismo alimentan la desolación. En broma, pero con algo de verdad, algunos hablan de la “escucha jesuítica” como escuchar rebatiendo ya interiormente al que habla. Frente a esta actitud, para discernir en común es preciso escuchar salvando lo más posible “la proposición del prójimo” [Ej 22].

b) Instar más en la oración: también en Getsemaní

Cuando mucho se examina más situaciones y gentes caben en nuestra oración. Cuando se examina y se analiza el tiempo desolado nuestra oración se llena de personas y situaciones, se dinamiza porque deja de ser una oración centrada en el yo. Este instar más en la oración nos lleva a referir nuestro tiempo desolado a la Buena Noticia en su totalidad: vida-muerte-resurrección del Señor. El reto es saber orar con Jesús desde el Getsemaní personal e histórico.

Cuando todo nos va bien es posible que orar sea dedicar tiempo a la tranquilidad y al sosiego, situarnos delante del Dios de la vida y disfrutar de ser criatura. Cuando se barrunta la desolación personal o se viven situaciones desoladas entonces parece que el buen Jesús desaparece, entonces o se deja de orar para caer en la frustración, o bien se invoca a una falsa divinidad a la que se le piden atajos que nos eviten el conflicto y la desolación... Esta invocación aún provoca más frustración. En la vida no hay atajos.

En tiempos desolados vivir la oración en Getsemaní y ante el Cristo puesto en Cruz, supone el abrirnos al misterio último del Dios que entiende del sufrimiento de sus criaturas. Instar más en la oración supone asumir el dolor del amor por las criaturas. En tiempos desolados descubrimos la “redención” de falsas imágenes de la divinidad y el deseo de seguir a Jesús se hace más hondo y real.

c) Hacer penitencia: discernir desde la abnegación

Penitencia, mortificación o abnegación, son palabras que en nuestra cultura parecen feas y de auténtico mal gusto, pero es necesario volver sobre

ellas. El intérprete de estas palabras sólo puede ser Jesucristo porque si las interpretamos nosotros, convertimos el evangelio en una mala noticia. Desde lo acontecido en Jesús, abnegarse es descentrarse para que las criaturas tengan vida. La mortificación de Jesús fue un morir a un mesianismo centrado en el yo para vivir para los perdidos de la casa de Israel.

Cuando en tiempo oscuro examinamos y oramos descubrimos la necesidad de hacer algo, de servir, de aliviar, de implicarse en algo que subsane la desolación ambiental... esto es penitencia. Se descubre que en este mundo desolado hay mucha tarea por hacer y la desolación se va “lanzando”. Instalados en el “no merece la pena”, “no sirve para nada”, “total para qué si a nadie le interesa, si seguro que no funciona”... no hay apertura al Espíritu. Pelear contra esta instalación es el objetivo de la “penitencia” en la desolación.

En la vida cotidiana es fácil alimentar la desolación. Por ejemplo, en el mundo educativo es más fácil la queja continua y victimista de cómo están los alumnos, que la “penitencia” de pararse a pensar y plantearse la inadecuación de los recursos educativos que se les ofrecen. En la desolación pastoral, es más fácil el lamento y la queja de cómo están las familias que plantearse abnegadamente la necesidad de salir de un modelo envejecido de evangelización o de acceder a ellas de otro modo.

Es bastante evidente que cuando se tiene en cuenta este criterio de discernimiento la “realidad” no cambia, pero empieza a vencerse la desolación porque nos colocamos en la realidad de otra manera y entonces vemos otras cosas y al verlas actuamos de otra manera y al actuar de otra manera la realidad sí que cambia.

Tercera condición: gracia en la desolación, superar la adolescencia espiritual

La desolación es un tiempo de prueba y también de gracia, es un tiempo que pone en crisis nuestras motivaciones en el seguimiento de Jesús, es un tiempo de depuración personal y comunitaria. Superarla es pasar la adolescencia espiritual y hacernos adultos cristianos preparados para buscar lo que Dios quiere. Ignacio nos sigue orientando en discernir sus causas y sus frutos. Ignacio habla de tres causas de hallarnos desolados: “por ser tibios, perezosos o negligentes”, “por probarnos para cuánto somos” sin tantas

Cuando nos colocamos en la realidad de otra manera, entonces vemos otras cosas y al verlas actuamos de otra manera, y al actuar de otra manera la realidad sí que cambia.

consolaciones y gracias y, la tercera, “para que internamente sintamos” que la consolación no es nuestra “mas que todo es don y gracia de Dios nuestro Señor” [Ej 322]. Entender estas tres causas y recibir la lección de la desolación es clave para seguir en actitud de discernimiento. Veamos cada una brevemente.

a) Reconocer que hemos podido ser “tibios, perezosos o negligentes”

En el origen de muchos derrotismos, abandonos, críticas amargas, ironías y sarcasmos ante lo que acontece se encuentra algo relativamente sencillo de diagnosticar porque se trata de algo muy “normal” aunque peligroso: son distintos modos de instalarse en la pereza de un “ya he llegado donde iba”. Cuando creemos que controlamos las situaciones, que ya estoy preparado, que ya sé lo que pasa, se desencadena una dinámica muy peligrosa... Nuestra pereza y autosuficiencia nos instalan en un cinismo que, como bien decía el P. Kolvenbach, imposibilita el discernimiento. Por ejemplo, cuando un profesor sigue con su mismo esquema de trabajo, sin actualizarse, inamovible, pero no percibe que delante de él las cosas han cambiado, que los alumnos son distintos a los de hace treinta años, se producirá una dinámica desolada de conflictos, faltas de fluidez en la comunicación, victimizaciones... y en el origen de todo hubo una pereza y una negligencia. Este ejemplo se puede transportar a otros ámbitos de la realidad.

No se trata de hacer una lectura moralizante de la pereza, pero sí que se trata de caer en la cuenta de que para configurar un talante de discernimiento en el vivir cotidiano no podemos confiarnos, caer en autocontentamientos, sino que se trata de estar vigilantes.

b) Probarnos “para cuánto somos”: ser creyentes adultos

El permanecer y el durar en el seguimiento del Señor cuando la realidad se nos presenta desolada no puede estar en función del gusto o disgusto, no puede estar en función de la continua necesidad de gratificaciones. No podemos pedir que a cada momento nos digan lo bien que lo hacemos en nuestro compromiso, comunidad... En nuestra cultura esto es una auténtica dificultad, pero no podemos pedir ni al Espíritu ni a los otros que estén todos los días pendientes de nosotros. La inmensa mayoría de la gente lleva adelante su trabajo sin esperar que cada día se le diga qué bien lo hace; al contrario, cuando lo hace mal es cuando se le dice.

En muchos ambientes cristianos se puede caer en una auténtica trampa cuando se olvida que el seguimiento del Señor no está al margen del vivir cotidiano, no podemos ir al evangelio como refugio, como lugar de paz y sosiego –aunque también lo sea–. No podemos confundir la experiencia cristiana como puro bálsamo que suaviza la adversidad de la realidad. Es en la trama de lo espeso, de lo ambiguo de las mediaciones, donde también seguimos al Señor. No podemos olvidar que el ser probados es constitutivo de nuestra espiritualidad y que en la prueba surge la necesidad de discernir para una auténtica elección o –mucho más frecuente– para una reforma de vida que nos haga más evangélicos.

c) Recordar que todo es don y gracia: vuelta a la gratuidad

No está en nuestras manos la consolación. Si algo nos manifiesta el tiempo desolado es precisamente la gratuidad. El Evangelio se hace más verdad en el tiempo desolado porque nos impide manipularlo, nos impide escaparnos de la realidad con falsas evasiones. Cuando todo va bien tenemos el riesgo mortal de atribuirnos a nosotros los éxitos, de convertirnos en personas engréidas que se olvidan del punto de partida del discernimiento: el examen. Cuando nos olvidamos del examen volvemos por lo tanto a alimentar la desolación. Se trata de permanecer con ánimo y lucidez desde esta dinámica de examen, y desde los criterios que nos da Ignacio para orientarnos en la desolación y no caer en fomentarla morbosamente.

Cuarta condición: Mirar los miedos de frente y manifestarlos

“Si la persona que se ejercita comienza a tener temor y perder ánimo, en sufrir las tentaciones, no hay bestia tan fiera sobre la haz de la tierra...” [Ej 325]. Para discernir es fundamental hacer frente a los temores que nos surgen, hacer frente a los miedos y fantasmas que nos construimos. Se trata de perder miedo a decirnos y decir: “yo siento esto y esto, me da miedo esto y esto”.

No podemos construir la realidad desde lo irreal temido, desde lo fantasmagórico, porque todo el proceso quedaría trucado. Si ideologizamos desde los miedos no dichos, encubrimos la realidad y nos defendemos. La “bestia feroz” es un temor que lleva a vivir en la mentira. Cuando sentimos temor y no lo abordamos damos una falsa respuesta, trucamos. No solo eso, sino que limitamos, castramos, matamos lo que acontece en la realidad. Kolvenbach ya recogía el miedo como impedi-

mento serio al discernimiento en común entre jesuitas: “En muchos se percibe el miedo al cambio o la tentación de hacer de la estabilidad el valor supremo, o también una falta de fe o un buscar la armonía a cualquier precio” (p. 56).

Por ejemplo, si nos da miedo el mundo de la pobreza y la exclusión debemos decirnos y decir que nos da miedo. Si no lo decimos e ideologizamos, matamos a los pequeños y a los últimos y desvirtuamos cualquier discernimiento sobre pobreza o apostolado social. Este temor es legítimo, no todos valemos para todo y si lo asumo honestamente dejo hueco para aquellos que no sienten miedo. Si lo desautorizo diciendo “no vale la pena”, “no hay nada que hacer”, “es perder el tiempo”, o hasta teologizo los miedos, “Dios quiere a todos igual”, o me defiendo atacando, “los que están con los pobres se buscan a sí mismos”... se bloquea todo el proceso. Y así pasa con otros miedos al fracaso intelectual, a la cercanía afectiva. Pueden ser una “bestia” que si no se manifiesta y se confronta en su origen bloquea toda posibilidad de clarificar caminos y mociones espirituales. Es un asunto de lucidez porque si no, maltratamos demasiado a los otros y a la realidad a costa de nuestros temores no confesados.

Aparte de decirse a uno mismo los miedos, es de gran ayuda compartirlos porque como dice Ignacio, la bestia huye “porque colige que no podrá salir con su malicia comenzada, al ser descubiertos sus engaños manifiestos” [Ej 326]. Comunicar es otra clave porque el seguimiento no se hace en solitario, es imposible. Los temores se nos apoderan y la realidad la distorsionamos cuando no cuidamos una buena red de comunicación. El discernir en la vida supone la dimensión de comunicación personal –contrastar de tú a tú– y comunitaria.

Condición avanzada: buscar la libertad del Evangelio (discernir falsas consolaciones)

Desde la llave que es el examen, Ignacio nos ha ido orientando en los tiempos desolados a poder seguir al Señor, pero es un hombre de sospecha y sabe que el que adquiere destrezas para orientarse en esta “primera semana” no lo tiene todo resuelto porque se puede seguir engañando en esta vida tan querida por Dios, pero endiabladamente compleja y tramposa.

Cuando ya nos encontramos “avanzados” en el seguimiento, caemos en la cuenta de la posibilidad de esos continuos engaños. Podemos confundir nuestras propias valoraciones, nuestros modos de estar en la vida y nuestros proyectos con los del Evangelio o los que nos pide el Espíritu. Lo propio de esta época es que se pueden dar consolaciones falsas. Si en la etapa

anterior Ignacio nos daba criterios para “mudarnos contra la desolación”, en este momento nos da criterios para orientarnos en la consolación. Consolación falsa quiere decir que podemos sentir alegría e ilusión por un tipo de proyecto personal, comunitario o institucional y ser del “mal espíritu” y que finalmente nos aleje de Dios y su misión.

Si todo lo anterior ha buscado la gratuidad ahora se trata de llegar a la libertad del Evangelio. Nos vamos a encontrar con una dificultad, y es que ahora se trata de discernir sobre aspectos aparentemente “santos y buenos”, sobre valores y reacciones que parecen en sí mismas evangélicas pero que pueden ser engañosas. No es “retorcimiento” jesuítico sino realidad que se le plantea a todo el que avanza en el seguimiento de Jesús. También a Jesús, el tentador le presentó unas tentaciones (Mc 1, 12-15) relacionadas con el objeto mismo de su misión que era el Reino.

Ignacio parte de algo incuestionable y es que el don del Espíritu es la alegría y el gozo [Ej 329], no es la tristeza, ni la rigidez, ni la tensión, ni el masoquismo, sino que este don es Vida. Vamos a ver cómo esa alegría y gozo, ese vivir el evangelio como un ámbito de vida, de respiro y de fraternidad solidaria, se puede perder y por dónde se pierde. Parece que se pierde “trayendo razones aparentes, sutilezas y asiduas falacias.” [Ej 329]. Veamos qué puede significar este punto en la preparación para un discernimiento en común.

Jesús en el sermón del monte nos dice “que vuestro sí sea un sí y que vuestro no sea un no, todo lo que pasa de ahí es asunto del Malo” (Mt 5,37). La transparencia, la limpieza y la sinceridad sanean los ambientes y los hacen evangélicos. La media verdad, la doble intención, el jugar con la capacidad enmascaradora del lenguaje enrarece los ambientes. Muchas veces la gente sencilla no nos entiende a muchos cristianos y cristianas porque nuestros decires están cargados de sutileza y códigos de grupo. El lenguaje es territorio de sospecha y de discernimiento para que no se vuelva enmascarador. Ignacio fue un “maestro de la sospecha”: cualquier realidad que se me presenta como evangélica puede ser justificada con sutilezas del lenguaje de forma tramposa y mentirosa. Sospechar no es bloquearse, no es paralizarse, es saber que me puedo engañar y punto.

Las intenciones y proyectos “buenos y santos” a la larga pueden llevar a efectos perversos, pueden llevar a situaciones y resultados distintos de los que se pretendía [Ej 332]. De esto todos sabemos y mucho porque algunas cosas buenas a la larga se nos han convertido en dañinas. Aquí nos encontramos con una fuerte llamada a la libertad ya que el discernimiento es poner y ponernos en crisis, es someter a criba, es pleitear, es estar vigilantes y con la lámpara encendida.

*Discernir es un talante,
no es un automatismo,
no es sólo una técnica,
es un proceso que dura
toda la vida, es
desentrañar la mentira
en la que podemos estar
viviendo.*

Hace falta ser adultos –tener sujeto dice S. Ignacio– y tener coraje para discernir. Lo más cómodo es dejarse llevar por los tópicos al uso, temer al qué dirán de mí mismo o de mi grupo, o temer pérdidas de imagen, porque todo grupo –por muy cristiano que sea– establece sus propias pautas de funcionamiento que siempre están amenazadas de convertirse en “ley”. Se puede vivir en régimen de ley o en régimen de gracia y de libertad, no se da nunca un régimen u otro, estamos en ambos, pero es claro que el discernimiento nos lleva hacia el régimen de gracia. Discernir es un talante, no es un automatismo, no es sólo una técnica, es un proceso que dura toda la vida, es desentrañar la mentira en la que podamos caer creyendo que vivimos desde la Buena Noticia.

Condición de contexto: ¿El lenguaje de Dios es paz o estridencia?

Ignacio nos da un último criterio que nos deja el discernimiento abierto a la capacidad de la personas y comunidades para percibir el paso del Espíritu: “en los que proceden de bien en mejor, el buen ángel toca a la tal ánima dulce, leve y suavemente, como gota de agua, que entra en una esponja, y el malo toca agudamente y con sonido y inquietud, como cuando la gota de agua cae sobre la piedra; y a los que proceden de mal en peor, tocan los sobredichos espíritus contrario modo...” [Ej 335]. En todo discernimiento hace falta finura y sensibilidad para caer en la cuenta de cuándo la paz en la vida cotidiana, tanto personal como comunitaria, es una paz de “cementerio” o una paz que hace crecer.

Cuando se va creciendo en el seguimiento y se percibe una consolación que nos dinamiza, que lleva a vivir la vida con alegría, cuando se resiste a la desolación y se evitan falsas consolaciones –sobre todo con la destreza en desenmascarar engaños–, cuando los compromisos adquiridos no se ponen en cada momento en cuestión sino que se asumen en toda su complejidad, cuando no se pide a la realidad ni a los otros lo que no pueden dar, esta alegría y paz es del Espíritu. Es entonces cuando el “falso profeta” de turno inquieta y fuerza procesos que generan tensión y estridencia, que proyectan su rigidez sobre todos y todo.. En esa situación conviene discernir si es la “gota sobre roca” del “ángel malo”.

Al contrario, cuando una persona o comunidad empieza a instalarse, cree que lo sabe todo, tiende a rutinizarse, bloquea cualquier cambio por-

que “tiene que ser porque siempre ha sido así”, “no merece la pena”, “para qué si estamos tranquilos”... Si huele a paz de cementerio o de pacto con la decadencia, es entonces cuando el “profeta” que inquieta, cuestiona, critica y pleitea actúa desde “el buen ángel”. No hay ley, se trata de estimativa, de olfato, de sensibilidad.

Conclusión

Discernir es poner en crisis y pleitear con nosotros mismos, no para paralizarnos sino para abrir camino al Espíritu, a la novedad de Dios. En la medida que se configura un talante de discernimiento, la realidad se abre y se percibe que es posible vivir en ella la Buena Noticia. El discernimiento evita añoranzas paralizantes y afirma que hoy es tiempo de gracia (2 Cor 6, 2). Discernir es caer en la cuenta de que no había más Dios en otras épocas, eso es casi blasfemo. El Espíritu está presente y es posible escucharlo hoy, pero para ello tenemos que ser personas capaces de “salir del propio, amor, querer e interés” [*Ej* 189], personas abnegadas y descentradas que, en unión de ánimos, buscan lo que el Espíritu nos pide hoy.

La unión de ánimos es punto de partida y de llegada del discernimiento en común. Partimos de la unión y la pertenencia a un cuerpo –imperfecta pero suficiente– y deberíamos llegar al final no sólo no fracturando el cuerpo sino más unidos. Quizá la urgencia que experimentamos expresa el fracaso en buscar consensos entre diferentes, la creciente conciencia de pluralidad, una auténtica diversidad cultural sin dominancias de otras épocas... Quizá se hace más duro y verdad lo que afirman las Constituciones de la Compañía: “Quanto es más difícil unirse los miembros de esta Congregación con su cabeza y entre sí, por ser tan esparcidos en diversas partes del mundo entre fieles e infieles, tanto más se deben buscar las ayudas para ello; pues ni conservarse puede ni regirse ni por consiguiente conseguir el fin que pretende la Compañía a mayor gloria divina, sin estar entre si y con su cabeza unidos los miembros de ella” [*Const* 655]. En este contexto “tanto más” urge ser personas de discernimiento preparadas para discernir en común.

El P. Kolvenbach sintetizaba (con base en CG 32, D. 11, 22) los rasgos necesarios en el que va a discernir en común. Tiene que “obtener y mantener las disposiciones propias de las dos primeras semanas de los Ejercicios” a través de la oración, el examen, el acompañamiento espiritual y la renovación de la práctica de los propios Ejercicios. Insistía también en un conocimiento más hondo de la realidad humana y social en la que somos llama-

dos a servir. Dicho con palabras del actual General, los participantes en cualquier discernimiento en común “deben cultivar su libertad interior”. Esa libertad es entendida como un mayor desapego de lo propio para abrirse a un bien común mayor en la perspectiva del Evangelio. ¿Cómo se realiza ese cultivo? Aquí hemos propuesto el examen

ignaciano como llave a la gratuidad necesaria y el discernimiento personal como liberador de la libertad evangélica para elegir y para reformar la vida propia y la común. Hemos presentado las reglas de discernimiento como ayuda para salir de la desolación y para discernir también la consolación sin dejarnos engañar por sutilezas, falsas razones ni falacias.

Discernir es poner en crisis y pleitear con nosotros mismos, no para paralizarnos, sino para abrir camino al Espíritu, a la novedad de Dios.

Sin ciertas disposiciones de discernimiento personal no hablemos de discernimiento apostólico o comunitario, nos podemos meter en callejones sin salida o gastar energías para nada. No se trata de purismo sino que, a medida que intentemos el discernimiento apostólico, no tendremos más remedio que caer en la cuenta vitalmente de la necesidad urgente de esas disposiciones personales. El discernimiento comunitario desenmascara excentricidades y cinismos. Para avanzar se necesita crecer en libertad interior, en desapego y en una búsqueda limpia del Evangelio.

Conviene recordar que el discernimiento es don del Espíritu a la Iglesia. Discernir es un acto de profunda eclesialidad, no es patrimonio de una espiritualidad concreta. Ignacio fue un hombre de discernimiento y un buen sistematizador que ofreció y expuso su experiencia a todos. Como familia ignaciana tenemos nuestro aporte en estos tiempos que invitan tanto a la comunión. Entre todos nos tenemos que ayudar a vivir un seguimiento esponjado, libre, que transparente que lo acontecido en Jesús es Buena Boticia... El discernimiento personal y el común nos convierten –como bien sugiere el Papa Francisco– a la alegría del Evangelio.

Ejercicios Espirituales adaptados al discernimiento en común

Franck Janin y José de Pablo

Toda adaptación de los Ejercicios Espirituales a la práctica del discernimiento en común tiene en su raíz dos supuestos básicos. Primero, de la misma manera que Dios guía a una persona, puede guiar un grupo de personas. Y la segunda, el Espíritu Santo se da a todos y actúa en los corazones de todos. La propuesta metodológica desarrollada desde los años setenta por el equipo ESDAC (*Exercices Spirituels pour un Discernement Apostolique en Commun*) coincide en estos presupuestos para grupos que específicamente tienen en común un proyecto, un propósito, un objetivo para los que buscan hallar la voluntad de Dios. Después de un proceso de maduración de casi cincuenta años de experiencia, la propuesta de ESDAC se entiende a sí misma como una más entre otras posibles. Veremos aquí un poco de su historia y las dos claves de su pedagogía para el discernimiento desde los Ejercicios Espirituales: la conversación espiritual y los modos de elección.

Un grupo como un solo cuerpo, es decir, como una persona corporativa, puede entenderse como un sujeto de oración y discernimiento al igual que cualquier ejercitante que se pone en juego buscando con indiferencia las luces que iluminan el camino por el que Dios le quiere llevar. Podemos extender este primer supuesto recordando que también el grupo es criado para alabar hacer reverencia y servir a Dios nuestro Señor [Ej 23]. Como persona corporativa también pasa por experiencias de gracia y de pecado. En su vida como grupo tiene momentos de consolación y desolación, recibe llamadas y hace elecciones. En conjunto, puede reconocer períodos de vida, muerte y resurrección. En su proceso de discernimiento el grupo es una persona corporativa, cuerpo de Cristo (1 Cor 12,27).

Decir que la presencia del Espíritu Santo se ha dado a todos por igual puede parecer una obviedad, pero muy a menudo sentimos que se ha dado más a unos que a otros. Incluso, en primera persona, que a mí se me ha dado más que a otros. Sin embargo en la propuesta de ESDAC no

*Decir que la presencia
del Espíritu se ha dado
a todos por igual puede
parecer una obviedad,
pero muy a menudo
sentimos que se me ha
dado más a mí que
a otros.*

hay gurús, ni visionarios, todo acompañamiento se hace en equipo. La figura del director que da los Ejercicios es, en este caso, un equipo que parte de la base de que el Espíritu está activo en cada uno de los miembros del grupo. Por tanto, es crucial escuchar a todos y dar espacio a cada uno para que pueda aportar al conjunto. Es mediante la escucha activa de la acción del Espíritu en cada uno del grupo, como se puede entender cómo Él habita y conduce al grupo como un todo. Se trata de encontrar juntos la Sabiduría de Dios que es un Espíritu “inteligente, santo, único, multiforme, sutil, ágil, perspicaz, sin mancha, diáfano, inalterable, amante del bien, agudo...” (Sab 7,22).

Un recorrido grupal

Las raíces de ESDAC se encuentran en la intuición de un grupo de jesuitas canadienses y estadounidenses quienes junto con un equipo de colaboradores entendieron que tanto la pedagogía, la arquitectura y la dinámica de los Ejercicios Espirituales podían aplicarse a los grupos. El equipo se denominó *Ignatian Spiritual Exercises for the Corporate Person* (ISECP). Su trabajo comenzó en los años setenta, siguiendo a la Congregación General 32 de la Compañía de Jesús en la que había crecido la comprensión y conciencia de las denominadas estructuras de gracia y de pecado. Por ejemplo, el alcance del término ‘pecado’ como pecado estructural ampliaba el sentido personal para extenderse a las formas de organización y estructuras que surgían desde grupos humanos y sociedades. Asimismo, los grupos podían experimentar que la gracia precede al pecado y puede vencerlo. Ante tales intuiciones, el grupo ISECP comenzó a reunirse regularmente en Wernersville (Pennsylvania) para desarrollar cómo se podía extender a un grupo los ejercicios espirituales.

Durante diez años, estas reuniones generaron materiales siguiendo los ejercicios espirituales para ayudar a grupos que mostraban deseos de discernir y tomar decisiones en común. En este nivel, el trabajo del equipo inicial en Norteamérica fue muy interesante. Muchos otros han escrito sobre discernimiento en común, su necesidad, relevancia, dificultades y objetivos. Pero, de hecho, pocos autores han desarrollado una pedagogía concreta y práctica. Este grupo, por el contrario, se ha esforzado por desarrollar procedimientos que tratan de concretar lo más posible las condiciones para el discernimiento. Por ejemplo, incluso detallando cómo y

porqué sentarse en círculo, significando así la equidistancia del Centro del grupo, que es Cristo. Y también, introduciendo elementos culturales de los primeros moradores de Canadá, quienes sentados en círculo en sus asambleas se pasaban entre ellos una pluma de águila para expresar quién tenía el uso de la palabra y a quién debían escuchar los demás. Esta pluma ha quedado en la tradición de ESDAC y es hoy el símbolo y logo del equipo.

En 1987 el ISECP publica el libro *Focusing Group Energies*¹ y, poco después, los jesuitas del sur de Bélgica traen esta pedagogía a Europa. Después de un período de prueba y adaptación el equipo ESDAC comienzan a proponer su método para ayudar a las Comunidades de Vida Cristiana (CVX) a discernir sobre su futuro. Esta experiencia en Bélgica produce en 1994 el primer libro de ESDAC². El enfoque de ambas publicaciones es esencialmente práctico y sigue el esquema de las cuatro semanas de los Ejercicios Espirituales de San Ignacio. Así la invitación a los participantes en esta modalidad de discernimiento en común consiste en recorrer las mismas meditaciones y contemplaciones de los ejercicios adaptadas al tiempo que precisen dedicar a su materia de elección. El orden y modo de los ejercicios para el grupo siempre está en función de la importancia que los miembros del grupo deseen otorgar a la materia de elección y a la disponibilidad de sus integrantes. En los retiros de ESDAC se alternan los encuentros plenarios, los grupos pequeños, dependiendo de número de participantes, y son capitales los tiempos de oración personal. Los dos presupuestos básicos citados toman cuerpo en la conversación espiritual que es la herramienta básica del discernimiento en común.

La conversación espiritual

La conversación espiritual es aquel diálogo de grupo en el que se trata de prestar atención a los movimientos de espíritus en cada participante y en grupo. El sentido de ‘espiritual’ no se refiere a que sólo se habla de asuntos espirituales (oración, liturgia, sacramentos, biblia, etc.). Conversar espiritualmente es una forma de hablar juntos intentando estar atentos a las mociones, buenas y malas, que suceden en cada uno y en el

¹ ISECP GROUP (James Borbely SJ, Marita Carew, John English SJ, John Haley, Judith Roemer, George Schemel SJ), *Focusing Group Energies. Common Ground for Leadership, Organization, Spirituality*, University of Scranton, Scranton, Pennsylvania 1987.

² M. BACQ, J. CHARLIER, ET LE EQUIPE ESDAC. *Pratique de discernement en commun. Manuel des accompagnateurs*. Fidélité, Bruselas 1994.

*En el discernimiento
comunitario cada uno
es quien discierne y
cada uno es quien
ayuda a los demás
a encontrar cómo el
Espíritu está moviendo
al grupo.*

grupo. Cada tiempo de conversación espiritual está precedido de un tiempo largo de oración personal. Para esta oración se reparte una hoja, al modo de puntos, centrando la materia para rezar y su relación con la materia propia del discernimiento: pedir luz, indiferencia, reconocer el pecado, la gracia, etc. La práctica de la conversación espiritual tiene una metodología concreta que se puede resumir en tres rondas o momentos en el grupo.

Inicialmente el grupo decidirá un moderador y un 'guardián' del tiempo. En una primera ronda cada persona puede compartir los frutos de su oración. Aquí es donde se usaba y se usa, si se quiere, la pluma de águila para expresar que todos escucharán atentamente a quien porte la pluma. En esta primera ronda no hay interacción entre los participantes, excepto si se necesita alguna explicación o aclaración de lo dicho. Acto seguido habrá unos minutos de reflexión en silencio en los que cada participante puede preguntarse cómo le ha impresionado lo compartido por otro; qué resonancias afectivas encuentro, qué ideas me parecen novedosas; qué consecuencias puede traer, etc.

La segunda ronda es más parecida a una conversación espontánea, compartiendo lo que se ha reflexionado y recibido de los otros. Finalmente la tercera ronda es una conversación con el Señor a modo de coloquio de grupo. Los participantes unidos en oración dan gracias por las llamadas, lo que les ha movido y así piden fuerzas o dan gracias según por donde se sientan llevados. El ejercicio termina con una pequeña evaluación, cual examen de la oración, en el que el grupo repasa los pasos dados y cómo pueden mejorar en los siguientes tiempos de conversación espiritual [Ej 77].

La atmósfera que crea la conversación espiritual tiene su equivalente en el diálogo y los 'presupuestos' [Ej 22] que se da entre el que da los ejercicios y el que los recibe. Es decir un ambiente de mutua confianza para salvar la proposición del prójimo antes que para condenarla. En el discernimiento comunitario cada uno es quien discierne y cada uno es quien ayuda a los demás a encontrar cómo el Espíritu está moviendo al grupo. Es un modo de acompañamiento mutuo en el que se ejercita un talante de apertura al otro y una escucha activa sin juicios.

Los frutos de la conversación espiritual son el ejercicio y aprendizaje de la escucha atenta. Un modo de escuchar agradecido, sin prejuicios ni

juicios posteriores, sino que presta atención especial a los movimientos internos de lo que el otro desea compartir. También obliga a aprender a hablar de manera clara y concisa, sin miedo a expresar los sentimientos más profundos. Para ello es imprescindible llegar a la libertad interior mediante el uso de la palabra y la acción de la escucha. Una libertad que es necesaria para la indiferencia de todo discernimiento. Y esto se hace compartiendo lo que amplía o resta la libertad de cada uno. La conversación espiritual nos hace conscientes de que no todo el mundo piensa y siente como yo. Pero así cada persona puede constatar como el Espíritu le invita, a través de las palabras de otro, a moverse, a cambiar, a considerar el punto de vista del otro, puede incluso dejar de lado sus propias perspectivas.

La conversación espiritual es una invitación a la conversión. Revela los propios límites, los atajos que cada uno toma, los bloqueos frente a lo que el otro comparte, y las dificultades de cada participante para abrirse libremente al Espíritu. La experiencia es que en la soledad de la oración las preguntas y también las respuestas se pueden construir individualmente, sin embargo, en un grupo de hermanos iguales es más difícil engañarse a uno mismo. Por tanto, el fruto principal al que conduce la conversación espiritual es el agradecimiento profundo a Dios a través de los miembros del grupo. Nos revela que tenemos mucho más en común de lo que inicialmente parecía, que la reconciliación es posible y que el conjunto del grupo es más que la simple suma de sus miembros.

La conversación espiritual puede resultar farragosa y difícil si cada uno de los participantes no está profundamente comprometido en un proceso también de discernimiento personal. Por lo tanto, cuando un grupo se embarca en la conversación espiritual cada miembro debe cuidar su proceso de reflexión y oración personal para ponerse a tiro del Espíritu. Esto implica que previamente se debe entregar a los participantes toda la información útil y necesaria para el asunto que se quiere discernir. Al igual que cuando se trata un asunto delicado en una reunión es muy conveniente pararse unos minutos para reflexionar en silencio antes de lanzarse a hablar, la conversación espiritual pide previamente oración personal. Cuando nos abalanzamos directamente a discutir un asunto importante para un grupo, sin pararnos a ponderarlo individualmente, el resultado suele ser que en lugar de ganar tiempo, se pierde tanto el tiempo como la profundidad. Cuanto más complicado e importante sea un negocio para un grupo, más tiempo de silencio y oración es necesario.

Las semanas de los Ejercicios

Para poner en juego en profundidad un asunto, ESDAC cuida especialmente el material que reparte para la oración y lo basan en el esquema de la oración en los Ejercicios Espirituales. Cada hoja para la oración contiene de forma muy escueta textos bíblicos o textos que inspiren siguiendo distintas tradiciones o culturas. Luego vendrá la composición de lugar, la gracia que queremos alcanzar, los puntos para la oración sobre el tema a tratar y una invitación al coloquio final. Los materiales y actividades de esta invitación van siguiendo las cuatro semanas de los Ejercicios Espirituales añadiendo o adaptando a cada semana algunas propuestas metodológicas que pueden ayudar al grupo a alcanzar su objetivo.

En la primera semana es importante que cada uno se sienta parte de la gracia recibida en el grupo, su identidad, su vocación y su participación en la misión de Cristo. Cada persona y el grupo son invitados a “reflexionar” sobre su principio y fundamento, así se va dando un proceso desde la oración personal a la oración de persona corporativa. Aquí serán muy importantes las dinámicas sobre la línea temporal del grupo y el ciclo de vida-muerte-resurrección para identificar el momento en el que el grupo está en el presente y cómo en su propia historia hay etapas de gracia, pecado y conversión. Así mismo, también es posible que en esta primera semana se puedan tratar juntos cuestiones como el poder, el liderazgo y la organización del propio grupo. Es interesante destacar que cuando un grupo entra en una dinámica de discernimiento lo hace llevando consigo todo el equipaje de las relaciones interpersonales, los movimientos interiores, las historias pasadas y las consecuencias de decisiones anteriores. Las oscuridades y las heridas, así como los momentos de gracia y confirmación van a estar presentes a la hora de discernir en común y las dinámicas están enfocadas a ponerle nombres a la historia de cada grupo.

La línea temporal de la vida de un grupo resulta un ejercicio muy revelador que puede ayudar a tener una visión de conjunto y ser un elemento catalizador de la reconciliación dentro de un grupo. No se trata de unir datos objetivos externos, sino que el mismo grupo va haciendo su propia línea temporal trayendo a la memoria los eventos significativos del grupo o de la institución que los reúne. La selección de eventos implica un proceso de oración personal y conversación espiritual, pidiendo la gracia de apreciar la acción de Dios y de su gracia para que el grupo le pueda seguir y servir mejor. Es una forma más de evaluación pero, al tiempo, puede ser-

vir para ver las necesidades del grupo o sus prioridades conforme a un periodo concreto.

Otro ejercicio que acompaña todo el proceso de discernimiento es el ciclo de vida-muerte-resurrección. En su base está el deseo de alcanzar conocimiento interno de las dinámicas de vida, de muerte y de resurrección que se dan en el funcionamiento de un grupo. En una explicación demasiado escueta, para lo que esta dinámica da de sí, se trata de reconocer las etapas por las que transcurre un grupo desde sus deseos fundacionales, sus mitos y aspiraciones primigenias, hasta su situación actual de discernimiento, para vislumbrar la etapa venidera. Más que un círculo cerrado, la gráfica de este ejercicio debería mostrar un movimiento ondulatorio en el que se asciende mediante la puesta en marcha de los deseos iniciales pasando por distintas etapas de tramar sus objetivos, institucionalización, programación y gestión, entre otras. Y los movimientos descendentes que vienen por la evaluación y la duda aplicada a los procedimientos, las ideologías, o a la ética del grupo. Se trata así de hacer consciente el momento en el que encuentra el grupo, no sólo desde su historia (línea temporal) sino desde su vitalidad en un ciclo de vida, muerte y resurrección.

La segunda semana tiene como centro la llamada del Rey Eternal. Aquí toma fuerza la dimensión apostólica de la vida del grupo, la llamada original y los deseos de seguir al Señor. En ella se vuelve a los ejercicios anteriormente descritos para ver qué está vivo en el grupo, qué está muerto y qué necesita resucitar. En este momento el grupo se ejercita como grupo en las meditaciones propias de segunda semana: encarnación, dos banderas, tres binarios (o tres tipos de grupos) y las contemplaciones de la vida de Cristo. Al tiempo que aprende a formular y compartir las consolaciones y desolaciones que ocurren en el grupo. Lo mismo sucederá en la tercera y cuarta semanas, pero centrándose respectivamente en las vivencias de muerte y resurrección dentro del grupo.

Tiempos de elección

En cuanto al momento de elección en el discernimiento comunitario, al igual que en el individual se distinguen tres posibles tiempos para hacer sana y buena elección [Ej 169]. El primer tiempo de elección supone para el grupo la misma claridad y consenso que Ignacio propone en los Ejercicios [Ej 175]. Dios puede mover así la voluntad de un grupo de forma que no haya duda ni puedan dudar de cuál es la voluntad de Dios.

En el segundo tiempo es el que depende de la experiencia de discernimiento en los días anteriores. De cómo se han experimentado los movimientos de diversos espíritus iluminando u oscureciendo la experiencia del grupo. Para descubrirlo es necesario recapitular la conversación espiritual del grupo. Cuando cada uno habla sinceramente acerca del asunto que se quiere discernir, el grupo va descubriendo las mociones y el resultado de las mismas en el discurrir del grupo. Como una persona corporativa, el grupo por sí mismo puede sentir que se mueve en una dirección o en la contraria. Puede haber momentos de luchas que pueden ser arduos para los integrantes pero gradualmente se van encontrando e identificando las consolaciones y desolaciones, así como la dirección a la que apuntan.

En el tercer tiempo de elección, el grupo en su conjunto está en calma aunque puede que no todos sus miembros. Esta quietud ayuda a afrontar las distintas alternativas respecto a la materia que se quiere discernir. Entonces lo mejor es usar la misma metodología de San Ignacio reflexionando sobre las ventajas y beneficios posibles, y también las desventajas y riesgos que se pueden correr al tomar una decisión. Sin embargo, cuando se trata de un grupo los pasos pueden ser ligeramente más complejos que cuando se discierne individualmente. El grupo ISECP resumió su propuesta en siete pasos para el discernimiento comunitario³.

1. Una atmósfera de grupo y una actitud personal para explicitar la fe. El grupo necesita tener plena conciencia de su fe como condición básica para abrir el tiempo de discernimiento.

2. Disponibilidad para pedir luz y rectitud de intención en la oración antes, mientras y después. Los participantes necesitan el contacto con el Señor de forma individual y grupal en el proceso de discernimiento. Esta actitud necesita un cuidado y atención mayor que otros momentos de oración contemplativa o meditativa.

3. Libertad interior dispuesta desde la libertad espiritual. Todos deben comprender y querer desprenderse de sus afectos desordenados y ataduras.

4. Información compartida y asimilada. El discernimiento no excluye la necesidad de tener toda la información concreta de las implicaciones de lo que se quiere decidir. No toda materia es apropiada para el discernimiento en común. Hay temas demasiado cotidianos o triviales que pue-

³ G.J. SCHEMEL, J.A. ROEMER, "Communal Discernment", *Review for Religious* (nov/dic 1981) vol. 40 n. 6. Revisado en julio 1992.

den ser gestionados desde lo meramente administrativo y no deben entrar en el discernimiento. Sin embargo, aquello que toca a la identidad, la vocación y la misión del grupo sí puede discernirse a la luz del evangelio.

5. Formular la materia de discernimiento de la manera más simple posible de manera que sea posible distinguir y separar las razones en favor y en contra. Los que disciernen deberán dedicar tiempos distintos y declarar separadamente los pros y contras de la materia de elección.

6. Intentar alcanzar el consenso. Se invitará al grupo a declarar el grado de consenso que han alcanzado y los puntos en común y en los que disienten.

7. Confirmación como congruencia desde el interior y el exterior. El interior implica haber encontrado paz y alegría en el Espíritu. El exterior comprende mirar como el tiempo afectará la decisión tomada [Ej 187] y la congruencia de la decisión respecto a las autoridades legítimas de las que el grupo depende.

En el caso de que el grupo esté articulado bajo el voto de obediencia de la vida religiosa puede ser de gran ayuda declarar inicialmente si la decisión es vinculante o es una consulta no vinculante que depende finalmente de la autoridad de un superior para ultimar la decisión. Obviamente el discernimiento suele implicar elegir entre dos cosas buenas. Lo que conlleva áreas borrosas donde falta certeza y claridad sobre cuál será la opción mejor. En estos momentos, la figura de un superior puede resultar de gran ayuda para terminar los procesos de discernimiento. Por otro lado, normalmente nadie quiere ser el último responsable de cerrar una institución, retirar una subvención, abrir un campo de apostolado conflictivo, etc., y el apoyo en la oración que implica el discernimiento comunitario se nos hace cada vez más necesario para sentir que incluso en nuestras inseguridades estamos seguros en las manos de Dios.

ESDAC, una forma entre otras de discernir en común

En la historia de cada grupo habrá momentos en los que experimente la frustración. Todo grupo humano es susceptible de quedarse inmovilizado por prejuicios, proyecciones, luchas de poder, afecciones personales, manipulación y silencios que contaminan la interacción del grupo. El propio grupo puede parecer el mayor obstáculo para que los esfuerzos y cualidades personales puedan dar fruto. Sin embargo, en tiempos de estructuras personales líquidas y creciente individualismo parece que la

En tiempos de estructuras personales líquidas y creciente individualismo parece que la comunidad es el mejor espacio de escucha de Dios.

comunidad es el mejor espacio de escucha de Dios. Nadie tiene las orejas suficientemente grandes para abarcar toda la riqueza de lo que Dios quiere decirnos. El discernimiento comunitario se redescubre como una alternativa a la fragmentación personal y a la angostura de la mirada particular, para abrirnos a las nuevas posibilidades de cohesión, amplitud y profundidad de las opciones a nuestro alcance en la construcción del Reino de Dios.

Las herramientas y recursos del discernimiento comunitario propuestos por ISECP y ESDAC beben principalmente de la fuente de los Ejercicios Espirituales. Además a lo largo de años de experiencia también han bebido de otras fuentes propias del mundo de las organizaciones corporativas, de distintas escuelas de psicología y de las corrientes de la Comunicación No Violenta. Por ejemplo, el grupo originario de Norteamérica recogió la inspiración de los trabajos del pedagogo brasileño Paulo Freire y sus intuiciones sobre la liberación social mediante el diálogo. La formación dada por ESDAC, basada sobre todo en el aprendizaje práctico, se apoya también en algunos estudios sobre la inteligencia colectiva y la sociocracia⁴.

ESDAC lleva más de veinticinco años aplicando su metodología ayudando a cientos de grupos diferentes. El abanico de posibilidades puede ir desde un día de retiro para un equipo parroquial hasta un proceso de tres años de discernimiento para todas las comunidades de El Arca en el mundo. La formación y sus equipos de trabajo están extendiéndose en varios países, evolucionando continuamente en sus métodos, pero con los mismos fundamentos. Cada situación de cada grupo es única y merece un acompañamiento en equipo que puede ofrecer distintos medios, pero manteniéndose como un péndulo centrado y dejando todo el poder en manos del grupo. ESDAC es simplemente una forma más de ayudar en el discernimiento comunitario entre otras maneras y escuelas que la rica tradición ignaciana nos ofrece.

⁴ Para saber más de ESDAC ver www.esdac.net

I Principio y fundamento

Manolo García Bonasa

“¿P or dónde comenzar? Es imprescindible comenzar por algo”¹, de este modo inicia su propuesta de Ejercicios Espirituales uno de los más significativo y relevante comentarista de los mismos al introducir el Principio y Fundamento. San Ignacio apuesta fuerte en el comienzo de los Ejercicios al proponer el Principio y Fundamento [23] como inicio de los mismos. Su propuesta primera es mucho más que una mera introducción, o un simple comienzo, en ella se anticipan ya cuestiones centrales y relevantes de los Ejercicios.

Conviene señalar que estas líneas están destinadas a proporcionar material, instrumentos de apoyo, una “ayuda” para aquellos que acompañan Ejercicios Espirituales en sus diversas modalidades, y no tanto a ofrecer una reflexión sistemática y teórica sobre el número 23 de los Ejercicios.

Ignacio presenta el PyF en un contexto relacional y no como una definición esencialista o teórica. “Son concretamente los aspectos relacionales entre el hombre y Dios, primeramente y entre el hombre y las criaturas, en segundo lugar, los que acaparan el punto fuerte de esta visión inicial de Ejercicios”².

Preguntas como: ¿Quién es Dios para mí? ¿Cuál es la orientación fundamental de mi vida? ¿Cómo situarme ante las cosas? ¿De qué modo vivir y asumir la libertad interior necesaria para ser indiferente?, deberían estar de uno u otro modo presente. Partiendo de este marco de comprensión es desde donde ofrecemos la presente propuesta.

El Principio y Fundamento es la entrada de la experiencia de iniciación, introducción en la realidad asombrosa y desbordante de Dios. Reconocemos que no somos el origen de nosotros mismos, que el ser nos viene dado por Dios, que hay algo principal y fundamento del que recibimos todo, no nos pertenecemos, y en este no pertenecemos está nuestra esperanza de vida para siempre, de salvación.

¹ J. LAPLACE SJ, *Diez días de Ejercicios. Guía para una experiencia de vida en el Espíritu*, Sal Terrae, Santander 1987, 33.

² F. J. RUIZ PÉREZ SJ, *Teología del camino. Una aproximación antropológico-teológica a Ignacio de Loyola*, Colección Manresa núm. 22, Mensajero-Sal Terrae, Bilbao-Santander 2000, 45.

El hombre en referencia a Dios

Alude de un modo inmediato al fin, al horizonte en el que se desarrolla la vida del hombre. El ser humano se comprende y se entiende en este estar ordenado, referido a Dios. De ahí que se subrayen más los *para* que los *qué* constituyentes o definatorios.

El Principio y Fundamento es la introducción en la realidad asombrosa y desbordante de Dios.

En este contexto habría que resaltar en la presentación del PyF al ejercitante:

- El Dios creador es el Dios de la misericordia: padre-madre, pastor, alfarero, maestro, etc. Es el Dios siempre mayor que se deja “buscar y hallar en todo”.

Se invita a interrogarse sobre la centralidad de Dios en nuestras vidas.

- La respuesta de la criatura ante un Dios tal es la gratitud, alabanza, el salir de sí de quien se sabe recibido, desbordado por tanta ternura de Quien nos da la vida, el ser; la reverencia, el respeto, postrarse, descalzarse la distancia necesaria ante la incondicionalidad del Misterio de Dios; el dar gloria a Dios reconociendo que es grande y excelso con la humanidad, al mismo tiempo que lo glorificamos tratando a los demás como hermanos que somos e hijos todos de un mismo Padre.

- Se pretende entender cuánto soy amado por Dios, pero no de una manera abstracta o desencarnada, sino en lo concreto de mi vida. Hemos sido creados para ser co-creadores y re-creadores con Dios.

- Un amor que tiene que ver con el deseo de Dios de traerme a la vida, de darme la vida y de sostenerme en ella. Frente al modo sobrio y austero de describir Ignacio el PyF, el acompañante de Ejercicios debería ser lo suficientemente hábil como para presentarlo de un modo más personal y afectivo, de modo que sea posible experimentar la hondura y la incondicionalidad del amor providente y creador de Dios.

- Un amor tal que es capaz de re-crear a la criatura una y mil veces suscitando deseos profundos y llamadas que nos remiten a la acción actual de Dios. No sólo somos amados por Dios sino que existimos aquí y ahora siendo creados continuamente.

- Se trata de reconocer y de hacerme consciente que en todo soy elegido y amado por Dios, más allá de que me agrade o no. Se nos invita a vivir una básica experiencia de reconciliación con lo que verdaderamente soy, experimentando un amor incondicional y sanador del Creador.

- Es un primer momento donde se nos invita a ver la importancia de los deseos del ejercitante y ayudarle a discernirlos, cuáles están arraigados en el misterio de Dios, son profundos, auténticos y cuáles están más desordenados, son apariencia del bien, fantasías o falsedades.

- El ejercitante debería experimentar la aceptación de su ser criatura, a la vez que sostener la máxima confianza en que Dios no sólo me da, sino que se me da.
- Si somos criaturas de Dios, hijos e hijas suyos el horizonte de nuestra existencia es la llamada a la divinización, a ser “imagen y semejanza” de Dios.
- En la espiritualidad ignaciana lo que nos diviniza es la búsqueda y el cumplimiento de la voluntad de Dios, que no sólo nos sitúa en los planes de Dios, sino que nos hace partícipes de su realidad, de sus entrañas más profundas y fundantes.
- Cada ser humano tiene un objetivo original único porque Dios nos ha creado a cada uno originales, irrepetibles. Por lo que todos, tenemos una vocación personal, propia, cuyo origen y meta es la misma realidad de Dios.

El hombre en referencia al mundo

Ignacio alude aquí a la prevalencia creacional del hombre con respecto a las cosas creadas, a la creación entera, pero también, la creación aparece como medio, camino para el encuentro entre Dios y su criatura. La indiferencia, algo tan característico del PyF ignaciano, es algo más dinámico y relacional que una abstracción teórica y desencarnada ante la complejidad de situarse en el mundo. Desde ahí se podría acentuar los siguientes aspectos:

- Todas las cosas son buenas en sí mismas, porque todas son obra de la misericordia creadora de Dios. Todo es creado para nosotros, los hombres y mujeres, para ayudarnos a crecer en la vida, a vivir más digna y libremente, para llevar a cabo la finalidad radical de nuestra existencia.
- Necesitamos lucidez para comprender que hay cosas que ayudan y otras que son impedimento dificultad para hallar a Dios en el mundo. La creación entera está en función de esa referencia a Dios que constituye al ser humano.
- La libertad que se pide frente a las cosas ha de ser dinámica, creativa: “se ha de usar” o “debe quitarse”. No es posible un posicionamiento fijo, estático, porque la vocación humana es discernir en todo y todo, teniendo como horizonte a Dios.
- La libertad que pide Ignacio frente al mundo, es una libertad más de *para*, buscar, hallar y cumplir la voluntad de Dios, servir más, etc.; que una libertad *de*, de los condicionamientos, normas, ley... Una libertad que está llamada a expresarse en situaciones límites o radicales de la vida: salud y enfermedad, pobreza y riqueza...
- Es la actitud básica de una libertad que acepta la existencia y la realidad concreta, expresándola más allá de los condicionamientos y de las fantasías omnipotencia. Es docilidad al Espíritu Santo, experiencia realista de una libertad que desea abrirse y acoger la gracia.

- El hombre no es sino es una criatura en relación, comunicación con los demás y la creación entera que le lleva al Dios Uno y Trino.

- Se ha de vencer la tentación idolátrica de convertir las cosas en “dioses de hechura humana” y a Dios en “una cosa más”. Es necesario que la criatura se sitúe ante el mundo y las cosas con mucha libertad interior frente a lo creado pero también frente a mis miedos, deseos, inseguridades, necesidades, carencias.

- Hemos de reconocer que no somos libres espontáneamente con respecto a las cosas, pero tampoco con respecto a todos mis deseos, miedos, relaciones, situaciones de mi existencia... Hay que experimentar un cierto aprendizaje de desprendimiento, de ordenarnos cuando se trata de hacer elecciones que afectan a lo radical de nuestra existencia de criaturas.

- “Es menester hacernos indiferentes”, es decir reconociendo que siempre sentiremos miedos, apegos, preferencias a la hora de elegir, no consentir que los mismos condicionen o distorsionen nuestra libertad. Es lo contrario a identificarnos, diluirmos entre las cosas. Lo creado tiene un gran poder de seducción y nos puede esclavizar. Indiferencia es disponibilidad, libertad activa con respecto a lo creado y a mis propias necesidades y deseos, para elegir sólo aquello que me vincula al proyecto de Dios para mí y para la humanidad entera.

- La indiferencia es diferenciar a Dios de todo lo que no lo es, es libertad de espíritu, es amor que está dispuesto a todo, el amor vivido como absoluto. Vivir “indiferentes” es existir en la verdad de lo que estamos llamados a ser: responsables y servidores del proyecto de Dios Padre.

- Se ha de ordenar la propia vida como manifestación de que entendemos todo lo creado como medio que conduce a la búsqueda de Dios y su voluntad. Este orden es la respuesta libre y creativa a la palabra creadora de Dios.

- El ejercitante ha de pedir la gracia de que Dios nos muestre su designio de amor para mí como criatura y para el mundo como creación.

El PyF con el que se inician los Ejercicios Espirituales hace presentes al corazón y a la memoria del creyente tres verdades ofrecidas como la base, los pilares de todo edificio espiritual. El ser humano es creado por Dios: hallamos aquí su fin. La relación y diálogo con la creación es su medio. Pero para que esto favorezca el fin primero y último, en lugar de desvirtuar la relación con Dios y los demás, hemos de hacernos indiferentes a las cosas creadas.

A modo de síntesis podíamos hacer nuestras las palabras de un comentarista reconocido de los Ejercicios Espirituales, “El Principio y Fundamento es un horizonte abierto que despliega las alas de la libertad, en torno a un movimiento fundamental: nos recuerda que somos creados por Dios, somos para Dios”³.

³ J. MELLONI SJ, *La mistagogía de los Ejercicios*, Colección Manresa núm. 24, Mensajero-Sal Terrae, Bilbao-Santander, 2001, 125.

I «Orar el pecado personal»

Luis M^a García Domínguez

La revista *Manresa* ya ha tratado distintas veces «ayudas» para dar la Primera semana [Ej 24-90]¹, que continuamos aquí al ofrecer alguna orientación para orar la difícil realidad del pecado personal, considerando sobre todo los dos primeros ejercicios de dicha semana.

Los previos

Pero el lector no quiere principalmente «dar bien» los Ejercicios, sino que desea que el ejercitante «haga bien» sus Ejercicios. Pues bien, para este fin san Ignacio diría que el ejercitante, suficientemente conocido por el que va a dar los Ejercicios, debe empezar la Primera semana solamente después de haber alcanzado el fruto del Principio y Fundamento.

En el Principio y Fundamento un ejercitante desordenado [Ej 20] se coloca ante un Dios que es Padre, que le crea por amor y le ofrece todas «las cosas» para que le ayuden. Pero el ejercitante también experimentará la dificultad de vivir el «tanto cuanto» en su vida concreta y cierta resistencia a vivir en «indiferencia» ante tantos bienes que le ofrece la vida, «solamente deseando y eligiendo lo que más conduce» a la voluntad de Dios. De este modo, orar con seriedad este importante «previo» ignaciano es requisito para comenzar la Primera semana.

El pecado y su vivencia

La *realidad teológica del pecado* es el fundamento de toda la Primera semana: si no se reconoce un pecado personal, entonces no hay ninguna necesidad de salvación personal; pero si no reconocemos que Cristo murió y resucitó por nuestro pecado, seguimos inmersos en él (1 Cor 15,13-14). El pecado destruye el primer sueño del Creador, rompe una Alianza favorable al hombre, divide a la humanidad, expulsa del paraíso y desencadena

¹ A. T. GUILLÉN, «Directorio breve sobre la Primera Semana»: *Manresa* 87/343 (2015) 169-173; P. ALONSO, «Textos bíblicos para la Primera Semana»: *Manresa* 87/343 (2015) 175-178; A. T. GUILLÉN, «Instrucciones y reglas de la Primera Semana»: *Manresa* 87/350 (2016) 89-92; D. MOLLÁ, «Adiciones y complementos de la Primera Semana»: *Manresa* 88/350 (2016) 93-96. Temas de la Primera Semana se han tratado, directa e indirectamente, en numerosos números de la revista *Manresa*.

la violencia humana, siempre fratricida. Por lo tanto, puede ser conveniente recordar brevemente esta *dimensión teologal* del pecado.

Pero el pecado no solo menosprecia a Dios y al hermano, sino que también daña al que peca; la *dimensión antropológica* del pecado no es fácil de percibir

al ejercitante de hoy, y conviene recordársela: el pecado hace vivir la ilusión de una falsa omnipotencia, divide por dentro a quien peca, le hace esclavo de una parte de sí, le lleva a elegir lo fácil frente a lo valioso y verdadero, y le centra en sí mismo frente a la interdependencia, la justicia y la solidaridad. El pecado genera daño para el pecador, que se endiosa y se autoengaña en su «crescida soberbia».

Por eso conviene verificar también la *vivencia existencial* del pecado por parte del ejercitante: ¿cómo lo vive?, ¿cómo lo entiende? *Culturalmente* estamos

blindados contra el sentimiento de pecado, incluso con argumentos psicológicos; pero la *vivencia subjetiva* del pecado está muy condicionada por el estilo de personalidad de cada uno. En los Ejercicios (acompañados personalmente) importa mucho *conocer la «natura» del ejercitante* para entender cómo vivencia el pecado, de modo que podamos acomodarnos a su modo de ser, sin aplicar propuestas genéricas. No sea que, ignorantes, agobiamos más al escrupuloso, aliviemos al ya despreocupado o confirmemos en sus proyecciones al suspicaz que se justifica siempre.

La sabiduría de la metodología ignaciana sigue siendo válida hoy. El *orden* de los ejercicios de la Primera semana debería mantenerse siempre: pues se puede examinar con libertad el pecado personal en el segundo ejercicio [Ej 55-61] solamente después de haber experimentado la misericordia gratuita de Dios para conmigo en el primer ejercicio [Ej 45-54]. La culpa es una experiencia ambivalente si no nace de la misericordia; el examen puede resultar solamente ético, voluntarista y hasta narcisista si no es previamente afectado por el encuentro gratuito con Dios. No hay que comenzar por el pecado, sino por la misericordia recibida.

Modo y orden

El *modo* propuesto en Ejercicios para orar el pecado personal es preferentemente la *meditación*. Una meditación que no utiliza solamente la *memoria* sensorial de las imágenes, sino también la memoria *afectiva* (pues «re-cordar» es pasar por el corazón); que aplica el *entendimiento* para ponderar y juzgar con más verdad; y que concluye *afectándose* por la misericordia sentida. Deberíamos recuperar la fuerza de la meditación bien hecha frente al recurso de pro-

La culpa es una experiencia ambivalente si no nace de la misericordia. Por eso, no hay que comenzar por el pecado, sino por la misericordia recibida.

poner demasiado pronto contemplaciones evangélicas de perdón que podrían ahorrar al ejercitante el encuentro un poco duro con su propio pecado.

Pero el texto ignaciano propone otros tipos de ejercicios que también se pueden usar con fruto. Uno es el *examen particular* [Ej 24-31], que parece fácil de aplicar en unos Ejercicios en la vida, y que puede reforzar la autoestima del ejercitante; otro ejercicio es el más conocido *examen general* [Ej 32-43] que siempre debe comenzar por hacer memoria agradecida. Ambos ejercicios familiarizan con el discernimiento continuo, con el conocimiento propio y procuran la colaboración con Dios en el cambio personal. El *primer modo de orar* [Ej 238-248] también puede facilitar otra perspectiva en el acercamiento al pecado personal, si se hace después del segundo ejercicio o como preparación para una tranquila confesión.

El fruto

Los *frutos* que busca Ignacio en las dos primeras meditaciones están indicados en las peticiones y los coloquios [Ej 48, 53, 55 y 61]; estos ejercicios buscan suscitar una vivencia afectiva ante el pecado personal, aportar un conocimiento nuevo del mismo y movilizar la acción del ejercitante. El afecto toma forma de «vergüenza» (ante el mundo, ante los condenados por menos pecados que yo, ante los ángeles y los santos interpelantes por mí) y pasa poco a poco a ser «dolor y lágrimas» ante mí mismo y ante Dios. Se alcanza un nuevo conocimiento del pecado con cierta «confusión» mental frente a la falsa seguridad que otorgaba anteriormente. Y se moviliza la acción agradecida porque el ejercitante se plantea «qué debe hacer» por Cristo, su salvador; una apertura al cambio todavía genérica, aunque el ejercitante pudiera intuir alguna suerte de «reparación» por el daño causado.

En la segunda meditación [Ej 55-61] se pasa de la vergüenza por la salvación recibida inmerecidamente a la revisión de la propia vida. No se trata de un examen exhaustivo, pero sí de un examen en profundidad, pasando de los hechos a los sentimientos, y de estos al sentido profundo que han tenido. El segundo ejercicio recuerda y pondera la «fealdad y la malicia» del propio pecado y el ejercitante se conmociona de nuevo ante la misericordia recibida de Dios y de las criaturas, que «me han dejado en vida» a pesar de mi miserable condición y conducta («corrupción y fealdad... llaga y postema»).

No es siempre fácil verificar estos frutos en el ejercitante, pues se trata de un «conocimiento interno» que toque en profundidad al ejercitante y que capte la «malicia» que todo pecado «tiene en sí». Pero cierto cambio en estas tres facultades (afecto, comprensión y acción) parece necesario para seguir adelante. Algunos directorios proponen ya al final de la Primera sacar algunos buenos propósi-

tos; pero el texto ignaciano solamente invita a la confesión, no a reformas de vida que han de nacer más tarde, por un seguimiento de Jesús más conocido y amado.

Otras ayudas

Podemos utilizar distintos recursos bíblicos, de la tradición espiritual e ignacianos para pedir y buscar el fruto de la Primera semana. Pero, en general, en unos Ejercicios no se deberían multiplicar los recursos, sino profundizar en los pocos que se ofrezcan; no mucho, sino a fondo; y por eso conviene *repetir* los ejercicios hasta que se vaya alcanzando el fruto. Se pueden proponer poco a poco los dos primeros ejercicios ignacianos, que son sumamente densos, para varios momentos distintos de oración. También se pueden *intercalar* distintos tipos de ejercicios (meditación, examen, primer modo de orar) para dar alguna variedad al ejercitante.

Y será muy conveniente insistir en las *adiciones* de Primera semana [Ej 73-90], pues en ellas Ignacio cuida *lo corporal y lo sensorial*, por lo que el orante se ha de ejercitar con todo su cuerpo; y seguramente incluyendo algún modo conveniente de hacer penitencia.

Las *imágenes* ignacianas juegan un papel muy importante en la Primera semana, tanto las bíblicas [Ej 50, 51, 53] como las más bien culturales propuestas por Ignacio [Ej 47, 48, 54, 58, 60, 65-70, 74]. Las imágenes suscitan sentimientos, predisponen afectivamente y permiten una identificación transicional que lleva a la verdad teologal; en este sentido convendría ofrecer al menos algunas del texto, con la fuerza que guardan, aunque se pueden cambiar o añadir otras que ayuden más a algunos ejercitantes. Generalmente bastará con indicar al ejercitante que busque sus propias imágenes y este las encontrará, sin necesidad de que la creatividad del que da Ejercicios condicione la iniciativa del ejercitante, que debe siempre trabajar «por sí mismo» para obtener fruto [según Ej 2].

Para orar el «tercer pecado» [Ej 52] puede proponerse la rememoración de algunos *pecados de otros*, conocidos por el ejercitante. Recordados y sentidos lentamente, se presentan como pecados que yo condenaría, sin dudar; pero que pueden suscitar una segunda reacción, como fruto del ejercicio: «pero tú, Señor, a mí no me condenas». Cuando estos pecados ajenos recordados han sido cometidos contra la persona del ejercitante, su familia o contra personas cercanas, el tercer pecado ya no es tan distante y se convierte en inmediata vivencia de injusticia, abuso o arbitrariedad. Aquí también es evidente para el ejercitante que él lo condenaría; pero ante el Señor se impone una y otra vez la experiencia de que «tú a mí no me condenas, aunque no soy mejor que nadie...». Por eso el recuerdo de mi pecado acaba siendo memoria del Salvador, reconciliación conmigo mismo y fuente de memoria agradecida.

Gilles Cusson S.J.: un hombre del camino, la verdad y la vida. Canadá (1927-2003)

Manolo Plaza

En septiembre de 1976 tuve el regalo de encontrarme con el P. Gilles Cusson sj en Roma. Era profesor en la Universidad Gregoriana. Iba a formarme con él. Había hablado por teléfono, pero no le conocía personalmente. Unos días antes de la primera entrevista personal con él había oído diversos comentarios y “críticas” y estuve a punto de renunciar a dicho trabajo. Pero me dije: “*No pierdo nada por conocerle, ya que estoy en Roma*”. A los dos minutos de estar con él, se me quitaron las dudas. Me encontraba frente a un hombre de una gran acogida, simpatía, normalidad y saber estar. En marzo de 1977 me fui con él al Centre de Spiritualité Manrèse de Québec, que él acababa de fundar. Se me abrió un mundo nuevo y genial de la espiritualidad ignaciana: los Ejercicios en la vida corriente. Un modo nuevo de trabajar en la misión.

Posteriormente, como fruto de mi experiencia en el *Centre de Spiritualité Manrèse*, donde conocí al P. Michel Boisvert sj. Nos hicimos muy amigos, y después de largas conversaciones, vimos la “necesidad de replantearnos la experiencia de los Ejercicios y la metodología necesaria para el mundo de hoy”. Y nos lanzamos a publicar conjuntamente: “LOS EJERCICIOS PERSONALIZADOS EN LA VIDA CORRIENTE. Orientaciones pedagógicas y fichas de trabajo”. Ed. Sal Terrae 1981. Michel lo haría en edición canadiense.

Personalmente este encuentro con Gilles Cusson me marcó el modo de entender, vivir y transmitir los Ejercicios en la Vida Corriente.

Gilles era un hombre de estatura física pequeña, pero de una gran categoría humana; sencillez hasta desconcertarnos, y una gran capacidad de reflexión, pensamiento y visión de futuro. Eso hacía que fuese una persona que caía bien a grandes y pequeños.

Es verdad que gran parte de su trabajo lo dedicó, además del estudio, al acompañamiento de sacerdotes y de la vida religiosa, pero no dejó de lado

al mundo de los pequeños, los laicos, los matrimonios. Tenía el don de la comunicación y de la acogida.

Después de tantos años como han pasado revivo la experiencia personal de haber sido acompañado por él. El hombre, creyente, ignaciano, que sabe ser respetuoso, libre, afectivo. En los años posteriores, que no perdí el contacto con él ni con las personas que trabajaron con él, fui confirmando cómo ha ido despertando a toda una nueva generación de jesuitas jóvenes –religiosos/as– a una nueva experiencia renovada de los Ejercicios Espirituales y de acompañadores en la experiencia creyente.

De una generosidad extraordinaria, buscó el “bien de las almas” allí donde la Compañía de Jesús le envió.

De una generosidad extraordinaria, buscó el “bien de las almas” allí donde la Compañía de Jesús le envió. Fue instructor de tercera probación durante 15 años: acompañó y formó unos 115 jesuitas de

25 países.

La fundación del Centro de Espiritualidad Manrèse hay que situarlo en este contexto: formar guías expertos en el acompañamiento y en la espiritualidad ignaciana para mejor responder a las necesidades del mundo y de la Iglesia en el momento que él se encontraba. Después de tantos años, el Centro sigue aportando una experiencia sólida y unos medios de alta calidad como es la revista *Cahiers de Spiritualité Ignatienne*. Es en ese centro donde empezó la práctica de los ejercicios en la vida corriente según la anotación 19. Hoy nos suena a una experiencia de pastoral normal, pero en aquellos años solamente aparecía con algunos jesuitas en USA y Francia. Fue clave en esos momentos su libro “*Conduis-moi sur le chemin d’éternité*” (1973).

Gilles, hombre de gran formación en teología espiritual, fue un auténtico especialista en espiritualidad ignaciana. A él se debe, como acabo de comentar, la puesta al día de los Ejercicios Espirituales en la vida corriente. Su libro “*Experiencia personal del misterio de Salvación*” (1968) es básico para la comprensión de la dinámica ignaciana en los ejercicios. La explicitación de la dinámica interna y de las bases pedagógicas (la gracia a pedir, la dialéctica de lo objetivo y subjetivo, la circularidad de la experiencia) ha permitido un nuevo acercamiento en el conocimiento de los ejercicios. Consigue una nueva presentación de la meditación de El Reino, la distinción entre elección fundamental y elecciones secundarias, como en la contemplación para alcanzar Amor.

En la introducción dice: “*Se ha dedicado a dirigir nuestra atención hacia los bienes futuros, dejando a veces en la sombra la realidad del “don*

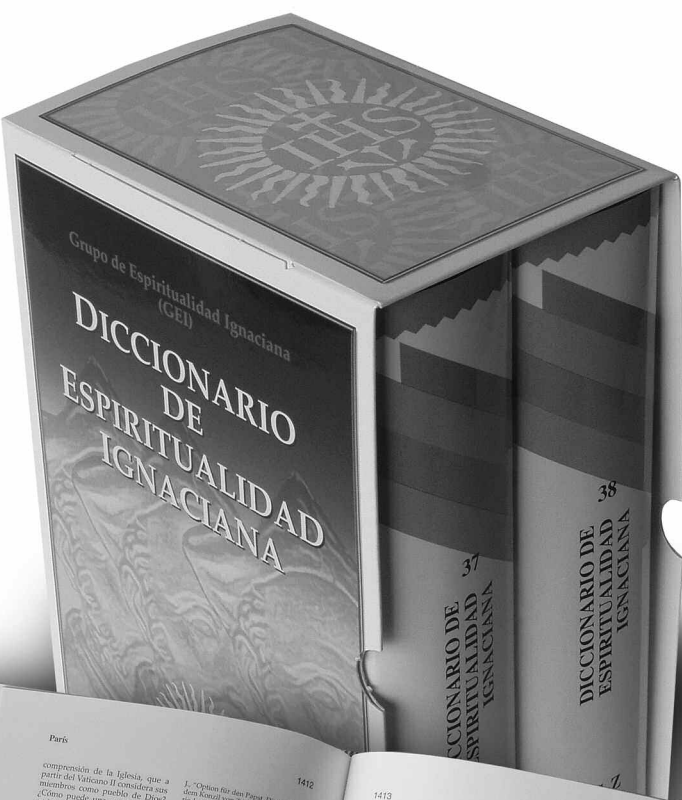
Gilles Cusson S.J.: *un hombre del camino, la verdad y la vida. Canadá (1927-2003)*

de Dios” y de su permanencia en nosotros. Si scires donum Dei. Nuestra fe en el don de Dios al hombre necesita ser ilustrada: debemos recobrar conciencia de su actualidad y de significado. De lo contrario, lo conoceremos a medias y sin plena conciencia de su realidad, dejaremos soterrado el talento más precioso, sin llevar los frutos de que sería capaz. Seguiremos en nuestra ignorancia, pidiendo donde que no llegan...”.

Al final de sus años se puso a soñar en el proyecto que el Padre General de la Compañía de Jesús, P. Kolvenbach, tenía: “Sería interesante que Ud. hiciese con el Ignacio de las Constituciones, lo que ha hecho con el Ignacio de los Ejercicios”. Hacer un estudio sobre la interioridad y el compromiso apostólico de Ignacio. Proyecto que no llegó a realizarse, pero dice mucho de este hombre menudo, pero de una gran talla jesuítica y ciudadano de este mundo.

Para Gilles el “guíame por el camino de la eternidad” fue una música interior que le llevó a hacer de la vida un auténtico camino físico, pues recorrió medio mundo dando conferencias y ejercicios; y un camino espiritual: los ejercicios en la vida una autentica experiencia vital. Muchas de sus publicaciones tienen que ver con el “camino”. Y en el comienzo de su libro dice: “*Los Ejercicios en la vida corriente*” no proponen ningún camino fácil: en cambio, están al alcance de cualquiera que dese aprender a vivir, en todo, de Dios. Utilizan el “pan cotidiano” de nuestra experiencia, para educar el corazón y la fe, para abrimos a la acción del Espíritu y para iniciarnos en la amistad del Señor. No falsean en nada la realidad personal de cada uno: ni el peso de sus mecanismo psicológicos, más o menos armónicos, ni las constantes relaciones con sus respectivos grupos de vida y de trabajo, ni tampoco la interior alianza –que debe renovarse incesantemente– con un “Dios celoso”, con un “Dios peligroso”, “con el insensato amor de Dios” al hombre. Se trata, pues de un “camino de libertad” –y libremente tomado– para transformarse, siguiéndolo, desde la interioridad del silencio que nos va realizando, en hijos del Padre, hermanos de los hombres y servidores de la vida”.

Su aterrizaje en el Centro Espiritual El Tabor (Tegucigalpa, Honduras) lo vivió como una luz sorpresiva en el seguimiento de Jesús, “*buscando el bien de las almas*”, durante los 7 años que estuvo y donde murió (3 abril 2003): un verdadero compañero de Jesús y un enamorado de Ignacio de Loyola.



Grupo de Espiritualidad Ignaciana
**DICCIONARIO DE
ESPIRITUALIDAD
IGNACIANA**

París

comprensión de la Iglesia, que a partir del Vaticano II comiencen sus miembros como pueblo de Dios? ¿Cómo puede una persona sentir mejor hoy con y en la Iglesia? Esto depende no sólo de la idea que se tienen de la Iglesia y del Papa, sino de las experiencias personales en este campo. ¿Cómo puede la espiritualidad ignaciana ayudar a comprender el papel del Vaticano II, sólo en el contexto del siglo XIX, sino en el contexto actual? ¿Es la espiritualidad íntima su fuente en como religioso. La espiritualidad ignaciana refleja esa calidad paradigmática, una dialéctica de palabras y hechos, de compromiso y libertad, de fe y de espíritu, de iniciación y obediencia, dentro de una reverencia realista propia del que se aproxima, bajo el signo de la Iglesia, su tierra.

John W. PALUMBO, SJ

¿Quién sabe. *Deliberaciones, Formas del nuevo. Deliberaciones, Formas del nuevo. Deliberaciones, Formas del nuevo.*

1412

PARÍS. A Escalabada

PARÍS

1. El contexto El 2 de febrero de 1528, procedente de Barcelona y de Lez, por la Puerta de San Andrés, se celebró en París la fundación de la Congregación de la Compañía de Jesús. Aunque nada prouca a la luz que quiere resaltar el sentido para "ayudar a los almas". Con el tiempo se ha ido desarrollando la Congregación y ha ido creciendo su influencia. Pero antes de seguir sus pasos en este colegio, descubriamos a un

En el momento en que Ignacio se instaló en París, la ciudad sufría una depresión; inactivamente se mantenían los mercaderes, intelectuales y artistas, y características del Renacimiento diferencial por mucho tiempo. Desde la caída de la Compañía de Jesús, se instaló en París la Congregación de la Compañía de Jesús, y se fundó el Colegio de la Compañía de Jesús, que se convirtió en la sede de la Congregación de la Compañía de Jesús. Se emprenden puerinos otros para el Ayuntamiento. En la se visto Saint-Etienne con un

1413

**DICCIONARIO DE
ESPIRITUALIDAD
IGNACIANA**

París

santísimo friso a la italiana, muy de moda en Saint-Germain. La calle de casas con hornos, se convirtió en la anterior más bella de la ciudad, como que se había mudado al lado de Montmartre, tan querida para los poetas.

Al otro lado de la calle Saint-Germain, parroquia de los Liberos y del patrimonio, el convento de los Minutins (fratricitas) donde se celebran las asambleas de la Universidad y el colegio de la Sorbona, sede de la facultad de teología. A algunos pasos de allí se levantan Fontaine y el colegio de las tres lenguas, erigida por el rey en 1528. Al sur y al oeste de la Sorbona están establecidos los dominicos y los franciscanos, que experimentan un

resurgir de vocaciones. Más allá se, se reformó Saint-Germain-des-Visitors y Saint-Martin, y cambió de abadía, se desarrolla un burgo episcopal en la calle del Sepulcro, son acopiados desde 1494 los edificios de la Montagne. También en él se ven las ruinas de la abadía de Saint-Germain, se acuerda de ellos en su novela, se acuerda de ellos en su novela, se acuerda de ellos en su novela, se acuerda de ellos en su novela.

Así, el barrio Saint-Germain para espíritus independientes. El hecho, occidental, el hospital de Saint-Jacques du Haut Pas, destruido por los peregrinos de Compostela. París. Más lejos, un pequeño barrio benedictino dependiente de Notre-Dame des Champs, y su capilla, que Ignacio le gustaba rezar, concretamente de Vanver, junto al momento de su muerte. Pero es el momento de unirse a nuestro viejo estudiante religioso.

La Universidad de París profundenamente agitada en el momento en que llegó Ignacio. Todas las corrientes que se abrieron paso en el

El acompañamiento espiritual en la elección desde los Directorios ignacianos

Joana Barbado

Los Directorios son orientaciones ignacianas que reflejan una profunda finura espiritual y contienen una riqueza que sigue siendo muy actual. En ellos encontramos elementos para ayudarnos a acompañar personas en su proceso espiritual de elección. Son además fuentes en las que podemos beber el auténtico espíritu ignaciano¹.

1. Los Directorios elegidos²

Dada la amplitud del tema, nos centraremos en los Directorios que están más próximos al origen y han sido considerados, por eso, textos de enorme valor ignaciano: los Directorios de Ignacio, Polanco, Miró y Acquaviva (Directorio oficial).

Sin duda que el autor inicial de Directorios es San Ignacio, puesto que el libro de los Ejercicios Espirituales con sus anotaciones, adiciones, notas y reglas, ya es en sí mismo un primer Directorio. Sin embargo, también nos han llegado escritos posteriores con normas y consejos que, de modo directo o indirecto, proceden del santo de Loyola y serán objeto de nuestro estudio: D. 1, 2, 3, 4 (dictado al P. Vitoria), D. 5 (cartas), D. 6 (memorial del P. Cámara).

El P. Mercuriano, cuarto P. General de la Compañía, encargó a los PP. Miró y Polanco que hicieran unos Directorios. Por esta razón, Miró, tras el esquema del D. 15, elaboró el D. 22, que tuvo gran difusión en su tiempo. Polanco, por su parte, elaboró el D. 20.

Posteriormente, el P. Acquaviva, quinto P. General de la Compañía de Jesús, entregó todos los escritos que estaban en los archivos para revisión y elaboración de un Directorio oficial. De este trabajo nacieron los siguientes Directorios: 1) D. 33 (de diversos autores), es un mosaico de fragmentos de

¹ Para este artículo utilizamos como fuente principal: LOP SEBASTIÀ, M. *Los directorios de los Ejercicios*. Colección Manresa. Mensajero - Sal Terrae. Bilbao (2000). También de enorme conocimiento en este tema es la obra de SAMPAIO, A. *Los tiempos de elección en los directorios de los Ejercicios*. Colección Manresa, Mensajero - Sal Terrae. Bilbao (2004).

² *Op. cit.*, LOP SEBASTIÀ, M., 15-17.

diversas fuentes; 2) D. 34, es el anterior con las correcciones que le hicieron los asistentes y “otras personas”, y es el que fue enviado a toda la Compañía con carácter experimental; y 3) D. 43, el definitivo Directorio oficial.

Una buena elección va a depender íntimamente de una buena disposición. En ello tiene el que da los ejercicios un papel fundamental.

Al tener delante estos textos, la pregunta que nos mueve es: ¿qué podemos encontrar en ellos referido a la elección, que nos pueda ayudar en el acompañamiento espiritual a otras personas, para que se encuentren con Jesús y puedan vivir con alegría su vocación?

2. La elección en los Directorios seleccionados

Al leer estos Directorios llama la atención la gran extensión que ocupa en ellos el tratado de la elección, lo cual hace comprender ya desde el inicio su misma importancia y complejidad y, por lo tanto, el desafío que se nos presenta al acompañar esos procesos³. A continuación, señalamos distintos aspectos de dicho acompañamiento que aparecen en esos Directorios.

a) Disposición⁴

Una buena elección va a depender íntimamente de una buena disposición⁵. En ello tiene el que da los ejercicios un papel fundamental. A este respecto se señala que, para ayudar a la disposición hay que encerrarse⁶ *sin querer ver ni sentir cosas que no sean de arriba* (D. 1, 6), *recogerse todo dentro de sí y durante todo el tiempo que dura esta deliberación, cerrar los sentidos para que el alma no se deje distraer con otros pensamientos, sino trate únicamente de esto y a esto sólo esté atenta, apartando de sí todos los demás asuntos*. En este proceso el hombre debe buscar *el único principio, que es el deseo de la gloria de Dios y de cumplir su*

³ “No hay lugar más difícil en todos los ejercicios o que requiera más destreza y discreción espiritual que el de la elección; porque este tiempo está expuesto a diversos movimientos del alma y muchas veces aun a errores, ya que el hombre no solo es vencido por el mal, sino la mayor parte de las veces es engañado por la apariencia de lo recto y bueno”. D. 33-34-43, 162

⁴ Javier Melloni afirma que se pueden percibir tres estadios progresivos en la “disposición”. MELLONI, J. *La elección, el nombre ignaciano de la unión*. Manresa 83 (2011), 124-125.

⁵ A este respecto véase: GARCÍA DOMÍNGUEZ, L. *Elección y unión con Dios en el texto de los Ejercicios*. Manresa 83 (2011), 110.

⁶ *Efectos del apartamiento. Está en juego la delicada atención al proceso de pensamientos y deseos “poniendo todo [el cuidado] en una sola cosa y buscar con diligencia lo que tanto desea; la soledad favorece la experiencia de Dios y la intimidad con Él”*. GARCÍA DE CASTRO, J. “Ejercitante”, en *Diccionario de espiritualidad ignaciana*, Mensajero – Sal Terrae, Bilbao – Santander (2007), 718.

voluntad y para ello solo debe tener en cuenta las razones del cielo (D. 20, 79; D. 33-34-43, 173)⁷.

Los Directorios marcan todavía más la importancia del recogimiento al entrar en los tres tiempos de elección: el ejercitante *debería recogerse más de lo común* de modo que *no viera ni sintiera el que elige nada más que lo celeste o divino* (D. 22, 84). Además, se debe disponer a desear más los consejos que los preceptos (D. 1, 9).

Con el fin de disponerse para entrar en este proceso se aconsejan: a) ánimo generoso, para desear grandes dones con recta intención de agradar a Dios; b) poner los medios convenientes y ordenados por la divina providencia; y c) cooperar con la divina gracia (D. 20, 5).

b) Condiciones para elegir

El proceso de elección supone unas condiciones previas: la entera resignación de su voluntad al Señor⁸ (D. 20, 16) y, si es posible, que llegue al tercer grado de humildad (D. 1, 17) o por lo menos al segundo (D. 33-34-43, 171). La indiferencia para la elección y la inclinación al *santo beneplácito de Dios* (D. 33-34-43, 164, 171) son esenciales y, si no se logra esta indiferencia, *debe abandonarse completamente el tratado de elección* (D. 22, 78). La *tranquilidad de la mente* también es esencial en todo el proceso (D. 22, 90) y, por supuesto, la elección deberá tratar siempre *de cosas buenas* (D. 33-34-43, 178).

c) Metodología

Con la contemplación del rey temporal, fundamento de todas las contemplaciones siguientes, se comienza a disponer el alma (D. 22, 63; D. 33-34-43, 208). Posteriormente, la meditación de los tres binarios de hombres *tiende a examinar y conocer nuestro mayor o menor afecto hacia lo mundano* (D. 20, 71). A lo largo de todo el proceso, el ejercitante *ha de entender y tener ante los ojos cuánto importa elegir el estado de vida* (D. 33-34-43, 163). No debe meditar sobre la elección durante todo el tiempo de la meditación, sino que lo debe hacer al acabar o en alguna de sus partes, y siempre que el alma esté reposada y serena. Debe *procurar con diligencia que las contemplaciones de la vida de Cristo (...) se hagan a su tiempo, con*

⁷ Óptima disposición es la que trata de adaptar su voluntad a lo que es más perfecto (D. 33-34-43, 172).

⁸ “En este sentido es indispensable que el que elige salga del propio amor para unirse con Quien le constituye”. *Op. cit.* MELLONI, J., 127.

cuidado, puesto que robustecen e iluminan el alma y la *hacen más apta para conocer y abrazar la voluntad de Dios, sin las cuales el alma quedaría más oscura y débil* (D. 33-34-43, 218).

Sobre las meditaciones que marcan el tratado de elección encontramos distintas opiniones: para Polanco⁹ la discusión de la elección debe empezarse a partir de la contemplación del tercer día, donde se dará el preludio de la consideración de los estados, hasta la contemplación del quinto día inclusive (D. 20, 74); mientras que para Miró, a partir de la contemplación del bautismo se empieza la discusión de las elecciones (D. 22, 75). Es llamativa esta diferencia, y podemos preguntarnos el porqué de estas opciones. La opción de Polanco se acerca más al texto ignaciano, mientras que Miró parece decantarse por una opción más “teológica”, quizá porque piensa en el bautismo como origen de la conciencia explícita de la misión en Jesús y, por eso, como el momento en el que el ejercitante puede también recibir su misión y el contenido de la elección.

Después del ejercicio del niño en el Templo se darán *el ejercicio de las dos banderas y la meditación de tres binarios*¹⁰ (...), *para que se examine y conozca su afecto a las cosas mundanas; y si se encuentra que está en el primero o en el segundo binario, se esfuerce por pasar al tercero* (D. 33-34-43, 210). Es importante examinar la voluntad porque si el ejercitante nota que la voluntad se inclina demasiado de parte de las riquezas y poco hacia la pobreza, ese tal no está bien dispuesto ni hay que esperar haga buena elección (D. 22, 72). Por lo tanto, no conviene proseguir hacia los tres tiempos de elección, pero se puede dar el ejercicio del sexto día y el preludio para hacer elección. Después, repetir el ejercicio de los tres binarios y los tres modos de humildad, cuidando la disposición (D. 20, 78) porque ayudarán a una mayor madurez espiritual (D. 33-34-43, 171).

Después de haber contemplado la salida de Cristo de Nazareth y el bautismo, se deben proponer los tres modos de humildad para que la persona se ocupe de ellos *todo el día*, y desee de alcanzar el tercer modo de humildad (D. 22, 76; D. 33-34-43, 215).

El que da los ejercicios debe notar si el ejercitante está resignado, si se acerca o se aleja del deseo de encontrar la voluntad de Dios. Si se aparta, no debe pasar a los tres tiempos de elección y *proponerle algunos otros ejercicios según convenga*. Si se acerca a la resignación pero todavía no se ha conseguido, se pueden proponer otros ejercicios de Segunda o Tercera semana (D. 20, 79). Las reglas de discernimiento de Segunda semana,

⁹ El Directorio oficial va en la misma línea.

¹⁰ *Op. cit.* GARCÍA DOMÍNGUEZ, L. *Elección y unión con Dios...*, 112.

deben ser explicadas antes del preámbulo para hacer elección de modo claro (D. 22, 79).

d) Durante tiempo de elecciones

Se dice que se deben simultanear contemplaciones de la vida de Cristo con ejercicios de elección, pero en el cuarto día no se debe proponer ningún misterio de la vida de Cristo (D. 1, 76). Se debe continuar con ejercicios de Segunda semana hasta que se haya hecho elección. Los ejercicios de Tercera semana no son muy propicios para elegir (*“llevan consigo tristeza y congoja”*) y deben darse después de la elección hecha (D. 22, 90).

La elección es un tiempo que requiere destreza y discreción espiritual: *“no hay lugar más difícil en todos los ejercicios o que requiera más destreza y discreción espiritual que el de la elección; porque este tiempo está expuesto a diversos movimientos del alma y muchas veces aun a errores, ya que el hombre no solo es vencido por el mal, sino la mayor parte de las veces es engañado por la apariencia de lo recto y bueno”* (D. 33-34-43, 162).

e) Orden de los tiempos y lo específico de cada uno

Nos encontramos con un modo de proceder a la hora de proponer los tres tiempos de elección. Se dice, que si Dios no mueve en el primer tiempo, se debe pasar al segundo (D. 1, 18) y cuando por el segundo modo no se tome resolución (porque no siente en si ninguna moción o la siente por igual hacia una y otra parte) se pase al tercer tiempo (D. 1, 19; D. 20, 83).

Concretamente, sobre el primer tiempo se dice que no se debe buscar (D. 1, 10), que surge *claramente de la voluntad de Dios*, es demasiado *extraordinario, no está sometido a reglas, no hay que pedirlo ni esperarlo*, no hay que insistir mucho en la consideración de este estado y debe exponerse de paso (D. 33-34-43, 187).

Sobre el segundo tiempo, que es más ordinario que el primero, se dice que se debe declarar qué es la consolación y la desolación, y proponer ante Dios lo que se quiere deliberar, *con total resignación de la propia voluntad, deseando sentir en sí la divina voluntad, no entregándose a discursos propios, sino disponiéndose lo mejor que pueda, a recibir la moción del Espíritu Santo por la experiencia de consolación y desolación* (D. 1, 18; D. 22, 86). Las reglas de discernimiento de Segunda semana *son muy oportunas en este tiempo, y sin ellas andará casi en tinieblas*. De este modo, la persona *debe notar y advertir en sí mismo, cuando siente la consolación, a*

qué parte le inclina la tal consolación y la tranquilidad del alma; y al contrario, cuando siente la desolación, a qué parte le inclina más (D. 33-34-43, 194).

Si en el segundo tiempo de elección se logra la confirmación, la elección está hecha, pero si no, se pasará al tercer tiempo (D. 33-34-43, 198). En este tiempo se presentan a Dios, por ejemplo, un día consejos y otro preceptos, y se observa dónde Dios le da más señal de su voluntad (D. 1, 21 y D. 22, 89).¹¹

En el primer modo del tercer tiempo se deben escribir por separado las razones que se presentan de cada una de las partes, ver cuáles ofrecen más pistas a la verdad y tienen mayor fuerza para mover la voluntad. Tratarlo después con el acompañante o instructor (D. 22, 88; D. 33-34-43, 225), asegurando previamente que el alma está tranquila (D. 33-34-43, 201) y verificando que las razones vengan del deseo del servicio divino (D. 33-34-43, 202).

En el caso de que las razones del tercer tiempo se vean iluminadas con señales del segundo tiempo (paz, consolación, etc.) *entonces adquiere el alma mayor satisfacción y claridad* (D. 33-34-43, 206). La elección del tercer tiempo confirma la de los anteriores tiempos: *“se debe notar también que estos dos modos con los que se caracteriza el tercer tiempo, no solo se deben emplear cuando nada se ha concluido en el segundo tiempo, sino también, si se ha llevado a cabo la elección, porque ayuda a confirmarla y asegurarla”*.

Para concluir este apartado, hagamos referencia al diferente papel de la voluntad y del entendimiento en los tres tiempos de elección: en el primer y segundo tiempos, la voluntad va por delante arrastrando al entendimiento sin ningún discurso, mientras que en el tercer tiempo el entendimiento precede a la voluntad proponiéndole razones para estimularla. El primer y segundo tiempos son considerados caminos más altos y excelentes; el tercer tiempo, al decir de algunos autores, es más seguro y firme (D. 33-34-43, 190).¹²

¹¹ A este respecto: hacemos referencia a la comparación que usa Ignacio. *“Hay también otra manera para esto, que N. P. Ignacio expone con aquella comparación de quien presenta a su príncipe un manjar para averiguar si le agrada. Así el alma, con humildad profunda, con amor ferviente y con deseo de corresponder a Dios, ofrézcale en diversos tiempos, ahora una cosa, luego otra, observando cuál de ellas la acoge y admite más Dios, diciendo siempre: ‘Señor ¿qué quieres que haga?’. Y esto no solamente lo ha de decir con la boca o con ligero afecto de la mente, sino que lo ha de decir y sentir con todo el corazón y con muchos corazones, si tantos tuviera.”* D. 33-34-43, 195.

¹² No hay unanimidad en los autores respecto a algunos de los temas tratados en este apartado. Alfredo Sampaio en su trabajo de investigación lo trata con profundidad: *Op. cit.* SAMPAIO, A.

f) Declarar qué es la consolación y qué es la desolación

Comentamos anteriormente la importancia de declarar qué es la consolación y qué es la desolación. Analizando las definiciones que se presentan¹³, encontramos dos elementos que se repiten en todas las definiciones: el amor y la esperanza. También la paz, gozo espiritual y alegría espiritual, la fe, las lágrimas y la elevación de la mente son comunes a casi todas las definiciones. El Directorio oficial antes de dar la definición hace referencia a que la consolación es gracia de Dios y mientras el sujeto se encuentra en consolación los *actos virtuosos se realizan con facilidad* mientras las *obras de la carne causan desabrimiento*.

En cambio en la desolación¹⁴ todo procede del mal espíritu o de la atracción de las cosas bajas. Observamos que en el Directorio de Ignacio (D. 1, 12), éste lo expresa enfrentando lo que provocan ambas experiencias. Este modo de presentarlas se ha perdido en los otros Directorios. A nuestro parecer tiene una fuerza motriz grande, porque siendo dadas ambas experiencias al que hace los ejercicios, es importante para él sentir internamente lo que es propio de Dios y lo que viene del mal espíritu, y así inclinarse más a Dios y rechazar al malo¹⁵.

g) El que da los Ejercicios y el proceso de elección

Propio del instructor o acompañante, que es el maestro, está la firmeza de quien pregunta, advierte y avisa, pero también la ternura, de quien alienta y confirma.

Una primera condición esencial¹⁶ en el que da los Ejercicios es que debe tener la práctica de haberlos hecho (D. 5, 17), y estar además indiferente frente al resultado de la elección¹⁷.

¹³ D. 1, 10, 18; D. 20, 81; D. 22, 85; D. 33-34-43, 192.

¹⁴ D. 1, 12, 18; D. 20, 81; D. 22, 85; D. 33-34-43, 193.

¹⁵ Notamos que el Directorio oficial cita prácticamente de modo integral al Directorio de Polanco, no solo en mismo orden sino también prácticamente las mismas palabras, mientras que el Directorio de Miró cita al Directorio autógrafo de Ignacio. Sin embargo, aunque con algunos elementos distintos, el orden se mantiene en todos los Directorios.

¹⁶ Es notorio el cuidado y el rigor a la hora de emplear los verbos que expresan el papel del instructor. Le cabe *fomentar* la disposición, *ayudar* a discernir, *declarar*, *visitar*, *pedir cuenta*, *observar*, *usar* (de las reglas de discernimiento), *dirigir*, *alentar*, *exhortar*, *confirmar*, *advertir*, *sostener*, estar atento para guiar al ejercitante si no se trata de una elección.

¹⁷ "Guárdese el instructor de inclinar, según el afecto de su ánimo al que elige. (...) su oficio consiste en disponer a la creatura a ser enseñada por su Creador" (D. 20, 84); "Solamente sea diligente en confortar y dirigir a quien el Señor ha encomendado a su cuidado y protección" (D. 33-3-43, 175).

El que da los Ejercicios debe tener en cuenta *la condición de la persona*¹⁸, *no solo en lo referente a las fuerzas y a la inclinación, sino también en lo que toca a las dotes y talentos que tiene, para rendir a Dios un obsequio mayor* (D. 33-34-43, 183).

A lo largo de la Segunda semana, debe ir fomentando la disposición que ya se ha empezado con la meditación del Reino de Cristo (D. 33-34-43, 208), y le cabe obviamente ayudar a discernir los efectos del buen espíritu y del malo (D. 1, 19), declarando previamente qué es consolación y qué desolación (D 22, 85; D. 33-34-43, 191).

En esta tarea de acompañar al ejercitante, debe visitarle hasta dos veces al día cuando está en elecciones (D. 1, 69). En esta visita debe pedir cuenta de lo que ha hecho, observar si está dispuesto para avanzar en la elección (D. 20, 78), recordarle las reglas de discernimiento y declarar lo que le parezca conveniente para guiarle en el proceso. Además, debe también alentarle y exhortarle *“a que siga el mismo camino acerca de la elección propuesta, para examinar si perseveran las mismas mociones o suceden otras contrarias; y después, si comprueba que persisten las mismas y parecen proceder del buen espíritu, ya tiene dónde aprobar la elección. Si ocurrieran las contrarias, trate de discernir mediante las reglas”* (D 20, 82).

De gran relevancia también en la entrevista es que el ejercitador avale la elección: *“Cuando se da cuenta al instructor del razonamiento hecho, y parece que ha procedido sólidamente y bien, apruebe”* (D. 20, 84). Sin embargo, si observa que *el razonamiento procede o la voluntad es movida por algún principio falso o por afecto o espíritu no bueno (...)*, avísele y diríjale (D. 20, 84) ayudándole de modo a que el afecto *vuelva a rectitud* (D. 20, 86). Debe vigilar porque de falsos principios nacen falsas conclusiones (D. 33-34-43, 176).

De este modo, el ejercitador debe ser *cauto y hábil para prever y prevenir*, porque aunque uno entre en la elección con buena disposición, en el momento de elegir puede aparecer algún *afecto torcido* (D. 33-34-43, 177).

Puede darse el caso de que el ejercitante no responda, y en este caso se dice que el que le da los Ejercicios debe *“sostenerle pacientemente, y esperar que poco a poco, como por pasos, supere los obstáculos que se le oponen. Y en esto también hay que imitar la costumbre de la divina Bondad, con la que colaboramos, que todo lo dispone suavemente, y espera con longanimidad los retardos del alma en llegarse a Él”* (D. 33-34-43, 227). También puede suceder que el ejercitante se alucine y, en este caso, el ejercita-

¹⁸ Ignacio aprendió también que no todos podemos realizar los “ejercicios espirituales” de la misma manera, y comprobó que unos tienen un ritmo, otros otro [Ej 4], unos asimilan antes, otros después, debido a su naturaleza psicológica, a sus condiciones antropológicas o a su experiencia (D. 18, 102; D. 21, 2).Op. cit. GARCÍA DE CASTRO, J.,716.

dor debe animarle; “*lo prudente es que el instructor no ponga mucha resistencia (...), ni tampoco confirme la elección hecha; más bien muestre que a él no le ha satisfecho gran cosa; pero que espera que, andando el tiempo, el Señor le mostrará más claramente su voluntad; y así le deje un tanto dudoso e incierto de tal elección. Después instrúyale cómo debe disponerse para no cerrar la puerta a la luz divina*” (D. 33-34-43, 234).

Así como hicimos referencia a los ejercicios de Segunda semana previos al tratado de la elección, también ahora hay que hacer una pequeña referencia a la Tercera semana. Dice el Directorio oficial que *en la tercera semana se confirma la elección de mejor vida y en ella se consolida, y reafirma la elección, y la voluntad de servir a Dios, poniendo ante los ojos tal y tan grande ejemplo, como es la Pasión del Señor y Salvador nuestro* (D. 33-34-43, 240).

El que da los Ejercicios también debe estar atento para guiar al ejercitante, aun cuando no se trate de una elección sino de una reforma de vida. En ese caso, debe darle ejercicios de Segunda o Tercera semana y proponer lo que se dice después del segundo modo de elección acerca de “*considerar cuánta casa y familia debe tener*” (nivel de vida), que es lo que San Ignacio llama *enmendar y reformar la propia vida y estado* (D. 20, 92).

Por fin, transcribimos un párrafo que expresa de forma muy completa estepapel del que da los Ejercicios:

“cooperar a la moción divina y no precederla sino seguirla; y disponer para esto el alma del que hace los ejercicios removiendo los impedimentos, a saber, los errores, engaños, aficiones e inclinaciones desordenadas. No debe moverlo ni a una parte ni a otra (...) sin ninguna persuasión humana, es mucho mejor dejar que Dios solo trate con su criatura” (D. 33-34-43, 174).

3. Consideraciones finales

Después del recorrido hecho, podemos constatar agradecidos la profunda riqueza de los Directorios contenida en sus líneas orientativas.

Sin ninguna duda que es fundamental para ello el conocimiento del hombre de hoy y sus circunstancias. En este sentido, la *llamada universal a ser como Jesús y a vivir como Él debe vivirla cada uno de acuerdo con su vocación particular*¹⁹. A esta llamada sigue el proceso de discernimiento donde la búsqueda de la vocación es una responsabilidad y a la vez, una oportunidad. Discernimiento implica tomar la vida en las propias manos, no dejando que elecciones vitales sean tomadas pasivamente por *fuerzas*

¹⁹ GARCÍA DOMÍNGUEZ, L. *El libro del discípulo. El acompañamiento espiritual*. Sal Terrae. Bilbao (2011), 82-84.

externas y motivaciones internas no siempre reconocidas.²⁰ Creemos ser muy iluminador lo que Ignacio Boné afirma:

Discernimiento implica tomar la vida en las propias manos, no dejando que elecciones vitales sean tomadas pasivamente.

La imagen de lo nuevo de nuestro tiempo sería la de un ciclista cuya tarea es elegir por dónde correr sin meta definida, con encrucijadas constantes y múltiples consejeros, muchas pequeñas elecciones y una cuestión obligatoria: seguir pedaleando para no caerse, seguir siempre en movimiento... Esta situación de continuo movimiento provoca incertidumbre, miedos y malestar. (...) Otra alternativa es vivir siempre en la flotación sin vincularse en serio con nada ni con nadie.²¹

De este modo, por parte del que acompaña es indispensable que haga su propio discernimiento personal sobre el material que la persona le comunica y sobre lo que él mismo como acompañante siente y discierne respecto al contenido (las experiencias, mociones e inclinaciones que le comunica el candidato) y respecto a todo el proceso (si lo está realizando bien o no).²²

Para buscar y hallar a Dios, el ejercitador debe tener en cuenta que en el proceso de acompañamiento saldrán miedos e inseguridades²³. Ignacio Boné, citando a Otto Dörr, hace referencia al relato de los discípulos de Emaús, desde el que podemos aprender de Jesús: *delante del miedo de los discípulos, Jesús se acerca, se acopla a sus tiempos y ritmos y les da su confianza y seguridad, desde donde pueden empezar su crecimiento y elegir nuevos caminos. Este camino de crecimiento en la unión con Dios nos lleva a actuar en la vida en actitud de discernimiento, ya se trate de pequeñas o grandes decisiones.*²⁴

A modo de conclusión, quisiera terminar con una expresión del P. Iparraquirre, cuando dice que el ejercitador ha de juntar *una discreta lejanía con una santa intimidad.*²⁵ Ojalá podamos acompañar estos procesos transparentando la Bondad de un Dios que se acerca a cada uno y le invita a seguir a Su Hijo en pobreza y humildad, según su vocación particular.

²⁰ *Ibíd.*, 82-84.

²¹ BONÉ, I. *Acompañamiento, elección y unión: apuntes culturales y psicológicos*. Manresa 83 (2011), 137-138.

²² GARCÍA DOMÍNGUEZ, L. *Discernir la llamada*. San Pablo-Universidad de Comillas. Madrid (2008), 32.

²³ Además, una de las dificultades a la hora de acompañar puede ser la necesidad de buscar siempre una confirmación. Los autores se dividen en la necesidad de esta búsqueda. También la relación entre los tiempos, su excelencia y autonomía es otro aspecto muy debatido. *Op. cit.* SAMPAIO, A.

²⁴ *Discernimos para conocernos mejor a nosotros mismos y lo que Dios quiere de nosotros; pero también discernimos para actuar, pues tanto la vida natural como la espiritualidad cristiana nos piden continuamente tomar pequeñas y grandes decisiones.* *Op. cit.* GARCÍA DOMÍNGUEZ, L. *El libro del discípulo*, 174.

²⁵ CEBOLLADA, P. "Ejercitador", en GARCÍA DE CASTRO, J. (Ed.), *Diccionario de espiritualidad ignaciana*. Mensajero - Sal Terrae, Bilbao - Santander (2007), 712.

Recensiones

GRUPO DE ESPIRITUALIDAD IGNACIANA (ed.), *Escritos esenciales de los primeros jesuitas. De Ignacio a Ribadeneira*. Mensajero, Sal Terrae, Universidad P. Comillas, Colección Manresa nº 62, Bilbao, Santander, Madrid 2017, 887 pp.

La edición de este libro es obra del Grupo de Espiritualidad Ignaciana, un equipo de cinco jesuitas, coordinados por José García de Castro, que representan los centros ignacianos de Comillas-Madrid, Deusto, Granada, Padua y Manresa. “Los primeros jesuitas” se han convertido en expresión conceptual desde que J. W. O’Malley publicó con ese título su famoso libro (Bilbao-Santander 1995, col. Manresa nº 14). Ahora se nos ofrecen sus “Escritos esenciales”, en forma de antología de textos. Hacer una antología no es cosa fácil, pues requiere un conocimiento exhaustivo de los textos y una asimilación profunda de los mismos para realizar la selección acertada. Este tipo de trabajos, al igual que el *Diccionario de Espiritualidad Ignaciana* (2007), requiere una labor de equipo, cuyo número supera, seguramente, a los seis dirigentes del grupo, como se reconoce en los “Agradecimientos” (p. 28). Afortunadamente, la presente antología nos ha demostrado el magnífico trabajo y la buena coordinación del numeroso equipo que la ha hecho posible.

El libro comienza con un prólogo del hasta hace poco Provincial de España, Francisco José Ruiz Pérez, en el que resalta la hondura y realidad de unos textos, que “tie-

nen significación para nuestro presente”, y cuyo conjunto “ofrece un mosaico vivo y sugerente de teología espiritual” (p. 14).

Sigue una introducción que pondera la riqueza del carisma ignaciano, el modo de leer la antología y las características de la edición. Los autores elegidos son los jesuitas espirituales más relevantes de la segunda mitad del siglo XVI. Escribieron en tiempos difíciles de alumbrados, recogidos y erasmistas. Y utilizaron toda clase de géneros literarios: relatos autobiográficos, cartas, tratados, sermones, pláticas, instrucciones, etc. Sus experiencias propias, los “textos del yo”, revelan unas relaciones íntimas con Dios que se convierten en camino pedagógico espiritual. Pese a sus diferencias, todos se muestran fieles a las directrices del fundador. La antología no es un conglomerado de textos yuxtapuestos, sino un conjunto armónico de la experiencia ignaciana. La introducción sugiere dos maneras de leer la antología: la que sigue el orden establecido, y la que escoge los temas con ayuda del índice de materias del final.

El libro tiene 21 capítulos. El primero reúne tres textos fundacionales básicos. El último escoge algunos decretos de las tres primeras Congregaciones Generales. Entre medias está el meollo de la antología: los textos de 19 jesuitas, que se dividen en tres grupos. 1º, los diez primeros compañeros fundadores. 2º, seis jesuitas importantes para el primer desarrollo de la Compañía (Borja, Nadal, Polanco, Ribadeneira, Gonçalves da Cámara y Canisio). 3º. Tres

maestros del espíritu en temas de oración (Baltasar Álvarez, Cordeses y Mercurián). Los textos de cada autor no se presentan por orden cronológico, sino agrupados en los tres grados del dinamismo espiritual: experiencia, doctrina y praxis. En la introducción se reconoce “que no siempre ni en todos los textos es clara esta distinción” (p. 24). En cada apartado se mezclan a menudo los tres elementos. Y en algunas biografías no aparecen los tres grados, o se enuncian dos en un mismo apartado.

Cada uno de los capítulos va precedido por una introducción temática o biográfica en letra cursiva, seguida de una cuidada bibliografía dedicada a las fuentes (cuyas siglas aparecen en las abreviaturas de las páginas 29-36), a las biografías y a los estudios. Estas bibliografías parciales explican la omisión de una bibliografía general, que es sustituida ventajosamente con un abundante índice de materias (pp. 853-887). Los textos son habitualmente breves, pues los más largos se suelen dividir en varios números. Al final de cada número se ofrecen las palabras claves que serán recogidas en el índice global de materias. Hay dos iniciativas que favorecen el atractivo del libro. En la primera página de cada autor espiritual aparece, junto a su firma, el retrato del mismo, recreado por Ignasi Flores con trazos que definen el carácter de las personas.

Es lógico que la extensión de las páginas y números sea desigual, a tono con la importancia de los personajes. De las 887 páginas del libro, la mayor parte (770) se dedican a los 19 escritores. Los diez primeros compañeros llenan 430 páginas, aunque de manera desigual, pues los tres primeros (los santos Ignacio, Fabro y Javier) ocupan la mitad de ese espacio, mientras los otros siete se reparten la otra mitad (Laínez, Salmerón, Bobadilla, Rodríguez, Jayo, Broët y Codure). Los tres últimos escribieron poco y murieron pronto, lo que explica el escaso espacio que ocupan en la antología. El segundo grupo lo forman seis figuras señeras, a las que se han dedicado 270 páginas,

que equivalen a un promedio de 45. Aunque también hay diferencias. Nadal es el más favorecido, con 66 páginas y 104 textos. El tercer grupo lo forman tres jesuitas, que se reparten 70 páginas y 94 números.

Sería interminable referir los sentimientos o sugerencias de tantos textos. Ha sido un acierto incluir las deliberaciones de 1539 entre los documentos de la primera Compañía. En cambio, resulta extraño que se haya preferido la fórmula del Instituto de 1550 (bula de Julio III) a la de 1540 (bula fundacional de Paulo III).

Los textos dedicados a San Ignacio son 203. La “experiencia” aparece clara en los textos de la Autobiografía y del Diario. La “doctrina” se sustenta en los Ejercicios y Constituciones. Y la “praxis” fundamentalmente en las cartas. Siempre resulta grato recordar los textos claves del Fundador. En la selección de las Constituciones aparecen los textos medulares de la espiritualidad ignaciana, tomados del *Examen General*, que se formulaban en las antiguas reglas del sumario de las Constituciones (reglas 1, 11, 12, 17, 31, 34, 45, 46, 51, por ejemplo). Preciosos los textos tomados del *Memorial* de Fabro, en los que junta historia y oración, y de sus cartas, tan devotas y cordiales. Lo mismo puede decirse de las cartas de Javier, en las que confiesa sus consolaciones, su celo apostólico y el recuerdo entrañable de sus compañeros. Javier era conversador (el diálogo con el brahmán, p. 272) y realista (al exigir cualidades para la misión, “más es para mancebos que no para viejos”, p. 278). Laínez nos dejó datos importantísimos de los compañeros de París y Venecia. En la doctrina decía cosas sustanciosas en breves palabras. También Salmerón guardaba buen recuerdo de Ignacio, que “nos engendró a todos en Cristo” (p. 360), aunque años después no ocultaba sus quejas ante algunas desconsideraciones, ni tenía reparo en criticar un libro de Laínez. Bobadilla es todo “experiencia y praxis” en su autobiografía pintoresca y sincera. No le ponen

el apartado de “doctrina”, pues lo suyo era ser apóstol ambulante e incansable. Rodríguez hizo también memoria de sus primeros compañeros. Su fama de hombre díscolo no casa con la ternura y devoción de sus cartas y avisos espirituales. Jayo dejó constancia de su labor en Alemania, Broët de su difícil misión en Irlanda, y Codure, el primero que murió (1541), redactó la deliberación de los diez primeros compañeros.

Borja nos proporciona datos históricos muy interesantes (carta de despedida a Carlos V). Su diario espiritual es devoto y jugoso. Expone la doctrina con buen estilo castellano en el evangelio meditado y en su tratado sobre la oración. En la praxis insiste en que los súbditos deben ser tratados con caridad, blandura y comprensión para los más débiles. Nadal es el eco de Ignacio y su mejor devoto. Los datos de su vocación contienen datos históricos interesantes. Nadie como él supo captar, en sus *adnotationes* y pláticas, la doctrina del fundador y el modo de proceder de la Compañía. Polanco no se limitó a ser el fiel secretario de Ignacio. Fue un gran pastoralista, que consolaba a su madre cuando quedó viuda y aconsejaba a la Duquesa de Florencia sobre los peligros y remedios de su cargo. Propone también soluciones para la reforma de la Iglesia. El relato del P. Cámara sobre cómo logró arrancar a Ignacio las confidencias de su *Autobiografía* no tiene desperdicio. Ribadeneira fue el primer biógrafo oficial de Ignacio, al que se dirigió con oraciones que serán recitadas por generaciones de jesuitas. Por otra parte criticaba los defectos, aunque no formó parte de los memorialistas descontentos. No hubiera estado de más incluir algunos párrafos sobre los defectos de la Compañía, y –como contraste– la “*summa et scopus nostrarum Constitutionum*”, que se le atribuye en la primera edición de las mismas. San Pedro Canisio cierra el apartado con textos de su autobiografía, diario espiritual y testamento espiritual. Cuando tenía 75 años escribió a Aquaviva una carta conmovedora pidiéndole

humildemente perdón por sus defectos (p. 740).

El tercer grupo de autores espirituales enfoca sus escritos con preferencia al tema de la oración. Sus textos revelan la importancia que se daba no sólo a la oración en sí, sino al modo de hacerla. Álvarez y Cordeses recomendaban un modo de oración de quietud y misticismo que, según Mercurián, se apartaba del modo de orar de los Ejercicios. Baltasar Álvarez fue maestro de oración y director espiritual (se transcribe la carta a Santa Teresa consolándola en la adversidad, p. 783). Cordeses fue un buen comentarista de los Ejercicios, y propuso en su *Itinerario de la perfección* siete jornadas de progreso espiritual desde la penitencia hasta la oración intelectual. Frente al posible iluminismo de estos métodos, el General Mercurián propugnaba la oración apostólica propia de la Compañía y el modo ignaciano “el cual es harto llano” (p. 822). Su carta sobre el modo de gobernar con caridad y sensatez ha merecido figurar entre las cartas selectas de los Padres Generales.

Los textos de esta antología no dejarán indiferentes a los lectores. Hay algunos de sobra conocidos, que serán recordados con agrado. La mayor parte resultarán novedosos para los no especialistas. Pero todos son oportunos en su diversidad. Los primeros jesuitas han trazado verdaderos retratos espirituales de sí mismos. Sus aventuras en la búsqueda de Dios se expresan de muchas maneras, en oraciones, decisiones o reflexiones de hondo calado espiritual. Los datos históricos aparecen aquí y allá, sembrados a voleo. Y junto a ellos, toda una gama de soluciones doctrinales o prácticas, desde las recetas ascéticas hasta los fervores místicos. La antología será un instrumento útil para los dedicados a la teología espiritual y para los estudiosos de espiritualidad ignaciana. Será también una herramienta preciosa para los que practiquen Ejercicios Espirituales.

Manuel Revuelta González, S.J.

Recensiones

LAMBERT WILLI (Ed.), *Von Ignatius inspiriert. Erfahrungen und Zeugnisse* [Inspirado por Ignacio. Experiencias y testimonios]. Ignatianische Impulse [Impulsos ignacianos] (nº 50) Echter Verlag, Würzburg 2011; 19x11 cm., 125 pp.

EISENBACH FRANZISKUS, *Eucharistie und Exertitienweg. Das Leben feiern und gestalten* [La Eucaristía y el camino de los Ejercicios. Celebrar y configurar la vida] Ignatianische Impulse (nº 69) Echter Verlag, Würzburg 2015; 19x11 cm., 89 pp.

Presentamos conjuntamente los dos libritos.

A los dos les une un común denominador externo: la colección en la que vienen publicados; ambos participan, consiguiendo, de un mismo horizonte de fondo: «**IMPULSOS IGNACIANOS**» es el mote de la serie, cuyo carnet de identidad, según sus dirigentes, es que, (a) «se basan en la espiritualidad de Ignacio de Loyola», (b) «abordan cuestiones actuales y existenciales así como temas discutidos, abiertos al mundo y concretos, pegados a la vida y con proyección de futuro, de fácil lectura y personalmente sugerentes (que) interpelean a personas en búsqueda y les ayudan a interpretar y configurar espiritualmente su vida diaria» y (c) están dirigidos por Jesuitas que eligen y agrupan sus temas en torno a los *cuatro ejes* que, tal como los definió la Congregación General 34 (1995), constituyen el *Proyecto apostólico de la Compañía de Jesús para el siglo XXI*: «**FE CRISTIANA - JUSTICIA SOCIAL - DIÁLOGO INTERRELIGIOSO - CULTURA MODERNA**».

La primera obra, «**INSPIRADOS POR IGNACIO. EXPERIENCIAS Y TESTIMONIOS**» trae un aire de pequeño jubileo: hace el número 50 de la serie y, a modo de celebración, se complace en una mirada al trecho recorrido hasta aquí. Es una mini-semiencuesta, con muestra premeditadamente heterogénea y abierta, sin cuestionario previo e incluso sin tema definido. Se trata de

apretadas descripciones –(si prescindimos de “entrantes y salientes de la obra”, quedan 120 pgs. para 44 testimonios en total...)– del impacto que los encuestados confiesan haber recibido en los Ejercicios ignacianos; de ahí el título («*inspirados por Ignacio*»), de ahí el subtítulo («*experiencias y testimonios*»).

Dada la calidad de las personas interrogadas y la libertad de tema, no es de extrañar que los editores acusen, por un lado, lagunas y por otro, repeticiones en las respuestas. Lo que no obsta, sin embargo, para que hayan podido agrupar en *cinco grandes bloques* y, por encima de ellos, apretándolos, en *una misma y única tesis*, el fondo convergente de las «experiencias y testimonios». A cualquier buen conocedor de los Ejercicios, los solos títulos de los *cinco bloques* le ponen fácilmente sobre la pista de la orientación de las «experiencias y testimonios» de los encuestados: tras las huellas del deseo, alabar y amar en libertad, conversión a la vida, en el camino del seguimiento, en todo amar y servir...

De más significativa me atrevería a calificar la *tesis de fondo* en la que los editores parecen intentar condensar la quintaesencia de los ejercicios y que ellos mismos afirman ser «el punto culminante y centro neurálgico de la espiritualidad ignaciana»: «*el peso del alma es el amor...*»

Amor reverente (“Su Divina Majestad” que no le impide a Ignacio vivir la “familiaridad con Dios”). Amor comunicativo (“el amor consiste en comunicación de las dos partes...”). Amor consagrado (de Dios al hombre y del hombre a Dios: “dadme vuestro amor...., esto me basta). Amor teocéntrico (“a Dios en todas las cosas y...”). Discernido (“discreta charitas). Amor libre. Amor activo, en ejercicio. Amor crucificado. Amor servicial (“en todo amar y servir...”). Amor real y realista (“más en obras que en palabras”). Amor en dinámica creciente (“*magis...*”).

¡Espléndida síntesis de la dinámica de una espiritualidad!, “en peregrinaje, en

camino"... Que es, como diría Rahner, «*la mística de a diario*».

El segundo libro es temático: «*EUCHARISTÍA Y MÉTODO DE LOS EJERCICIOS. CELEBRAR Y ORDENAR LA VIDA*». Parte el autor de un *presupuesto doctrinal*: la Liturgia, y en especial la celebración de la Eucaristía es «la cumbre a la que tiende la acción de la Iglesia y, al mismo tiempo, la fuente de donde mana toda su fuerza» (Vat. II/Sacr. Concil. nº 10). Porque, en efecto, comenta el autor, «la celebración eucarística es la actualización dinámica y dramática de la obra salvadora de Jesucristo mediante la Iglesia y en su centro» (Pg.10). Esta «actualización sacramental» remite a un proceso espiritual personal de asimilación de- y de asimilación a- Cristo, fuente y cumbre de la vida espiritual cristiana; y el proceso personal exige una vía metódica. En este horizonte, los Ejercicios de S. Ignacio son *un camino* de espiritualidad personal cualificado. Sobre este presupuesto, el autor fija a su obra un *objetivo dual*: intentar «*ver la celebración eucarística a la luz de los Ejercicios Espirituales para mejor entenderla*», por un lado, y por otro, inversamente, «*iluminar e interpretar el camino de los Ejercicios Espirituales desde la experiencia de la celebración de la Eucaristía*». Esta es, sin duda, una primera originalidad: el juego conjunto y complementario de rito celebrado en la Misa y de proceso espiritualmente vivido en el camino de los EE. Dicho más sintéticamente: vivir la Eucaristía a la luz de los EE y vivir los EE a la luz de la Eucaristía. Abierto queda un ancho campo de aplicación a la espiritualidad personal.

La segunda originalidad es una consecuencia: presentar en paralelo *rito y método*: lo que configura el grueso de la obra. Basten unas pinceladas de esta presentación paralela.

Seis grandes bloques de la celebración – Seis grandes bloques de los Ejercicios:

I. Preparación: apertura de la celebración Eucarística / Principio y Fundamento.

II. Rito penitencial y alabanza / Proceso de purificación en los EE: Primera semana.

III. Liturgia de la palabra / Llamada y respuesta al seguimiento de Cristo: Segunda semana.

IV. Preparación del ofertorio/ «Elección» en los EE.

V. Canon eucarístico/Unificación con el Cristo sufriente: unificación con Cristo crucificado: Tercera Semana.

VI. Comunión/Encuentro con el resucitado: Cuarta Semana.

Fin: «*Ite Missa est*»: la Misa ha terminado, comienza la misión»/«Los EE han concluido: la vida comienza desde la fuerza de estos EE: «Dios en todas las cosas, todas las cosas...» (Contemplación para alcanzar amor).

Todo concluye con un objetivo: vivir espiritualmente-vivir eucarísticamente.

La celebración diaria de la Misa y la repetición anual de los Ejercicios exponen a la Eucaristía y a los EE a la temida *rutinización del carisma*. Tal vez la vivencia actualizada de los EE y una metódica aplicación de los modos ignacianos de oración (repetición, resumen, aplicación de sentidos...) en la celebración de la Misa puedan rebajar el peligro de trivialización del misterio en la celebración de la Eucaristía y mantener viva la experiencia de los EE en «*la mística de a diario*».

Melecio Agúndez S.J.

CARTAS ESENCIALES. IGNACIO DE LOYOLA.
INTRODUCCIÓN Y EDICIÓN DE MANUEL
RUIZ JURADO S.J. Mensajero, Bilbao
2017, 237 pp.

Este libro contiene una selección de las cartas más célebres de san Ignacio de Loyola. Un conjunto de misivas escritas en su mayoría en original en castellano antiguo y que muestran la diplomacia de Ignacio, pero sobre todo su deseo más profundo de orientar a sus respectivos destinatarios hacia

Recensiones

Dios. Cada texto muestra cómo es Ignacio en sus múltiples facetas. Es capaz de escribir a sus compañeros y amigos, a su familia, a la Compañía universal, a los reyes de su época o al ejército destinado en el norte de África y siempre manteniendo un tono tan firme como respetuoso y conciliador.

Manuel Ruiz Jurado S.J. introduce con sencillez y claridad a través de su gran experiencia cada uno de los textos, de manera que el lector comienza la lectura con una buena precomprensión. Un libro que presenta las cartas fundamentales de Ignacio de un modo muy accesible a todo el que quiera acercarse a la espiritualidad ignaciana. La selección comprende un abanico suficiente para tener una visión del parecer de Ignacio de temas tan variados como los votos, la política, la espiritualidad, el ayuno o la salud entre otros muchos

Esta edición de Ruiz Jurado S.J. puede resultar interesante por varios motivos. Por un lado el valor histórico. Ignacio es uno de los personajes más célebres de su tiempo. No es solo interesante por el lenguaje y vocabulario típicos, sino que a lo largo de sus páginas queda reflejada la cosmovisión del mundo en el pleno siglo XVI. Se muestran algunos de los miedos, acontecimientos, intuiciones y acentos de una etapa de la historia de Europa apasionante. Una época que bebe en parte de la Edad Media pero que se ancla en una nueva arena política en medio de una tormenta religiosa. Por otro lado, el lector podrá acercarse y estudiar la espiritualidad ignaciana desde otra perspectiva tan válida como sugerente como son las cartas. En ellas Ignacio aporta su visión práctica de los problemas de las personas y del mundo y sus prioridades. Por último, este libro invita a la oración. Cada carta sugiere implícitamente poner en el centro de la vida a Dios y a partir de ahí situar el resto de aspectos. Anima a la lectura pausada que transmite la experiencia de Dios en Ignacio. Es complicado para el lector no sentirse interpelado por ninguna de las palabras de Ignacio. Una experiencia que no se

acaba en él, sino que propone a los otros releer su propia historia y la búsqueda constante de Dios.

Álvaro Lobo S.J.

THIBODEAUX, MARK, E. *SI “Recrear el examen ignaciano”. Nuevas formas de orar desde la vida diaria.* Mensajero. Bilbao, 2017. 133 pp.

El examen ignaciano es una buena herramienta para poder llegar a ser “*contemplativos en la acción*”, es decir para buscar y encontrar a Dios en todas las cosas, y acercarnos un poco más al ideal de “*en todo amar y servir*”. No es un examen de conciencia, ni se trata de ver únicamente mis pecados, sino de revisarnos cada día con el Señor, para descubrir dónde y cómo se ha hecho presente, y cómo me invita a seguirle más y mejor en lo concreto de mi vida. Este ejercicio diario de autoevaluación y reflexión es uno de los principios fundamentales de la espiritualidad ignaciana

Mark Thibodeaux nos invita, en este libro, a explorar nuevas versiones del Examen, totalmente flexibles y modificables. En este cuarto de hora de oración diaria nos ofrece la posibilidad de adaptarla a las necesidades y situaciones personales para ir mejorando nuestra respuesta al Señor en nuestra vida cotidiana.

¿Cambiaría hoy San Ignacio algo en la forma de hacer el Examen, teniendo en cuenta lo que ha cambiado la sociedad en la que vivimos y desde la mentalidad de la persona del siglo XXI? Tal vez esta es la pregunta que se ha hecho el autor. Desde su misión de maestro de novicios, como profundo conocedor de la espiritualidad ignaciana, sobre todo en temas de oración y discernimiento, y tratando de transmitir este precioso legado de su Fundador a jóvenes de hoy, ha tratado de recrearlo sin perder la esencia y la estructura del Examen ignaciano.

Después de leer atentamente el libro se descubre con claridad que su finalidad es la de acercar el Examen a diversas circunstancias que podemos experimentar en la cotidianidad de la vida. En esta variedad de modos de hacer el Examen, que él presenta, se muestra como un profundo conocedor de la psicología humana y al mismo tiempo ayuda, con estas diversas formas, a ir conociendo aspectos concretos de nuestro ser “en situación”: conocimiento personal, mundo de relaciones con Dios y con los demás, hábitos, miedos, apegos, deseos, actividades, heridas, estados de ánimo, variaciones que se van dando en la vida de cada día, y un largo etc. Hasta 34 aspectos en los que puedo fijarme para centrar un Examen sobre mi vida de cada día.

Las preguntas que plantea en cada uno de los Exámenes ayudan a tomar conciencia de cómo estamos, a dar gracias o a suplicar ayuda al Señor para cambiar de actitud.

En cada una de las modalidades que presenta nos va ayudando a descubrir el valor del discernimiento, que el Examen ignaciano proporciona, cuando se hace con sinceridad y constancia.

Al final del libro presenta un Breve Glosario que ayuda a comprender mejor algunos términos que emplea en los distintos modos de Examen:

Deseos: término importante para San Ignacio porque los grandes deseos del corazón movilizan a la persona hacia el bien y el amor y el Examen es un buen momento para ser conscientes de ellos.

Gracias: en el sentido de don o virtud espiritual, que el Examen ayuda a pedirlo o a recibirlo.

Imaginación orante: usar la imaginación como medio valioso para que Dios llegue a mí a través de ella y también usarla para visualizar el próximo día en aspectos concretos que quiero vivir. Esta imaginación orante me aporta sabiduría y pasión para ponerlos por obra.

Libertad espiritual y falta de libertad: Señala unas cuantas notas de cada una para

poder descubrir, a través del Examen, cuándo y en qué momentos me he sentido más o menos libre.

Al leer el libro, y sobre todo después de poner en práctica algunos de los Exámenes que aquí se presentan, se constata como realidad lo que el autor dice en la Introducción: “el examen es la oración más sorprendente de la que hayas oído hablar. Y también la afirmación que el mismo Ignacio de Loyola hacía, que el cuarto de hora del Examen diario es el ejercicio de oración más importante del día”.

M^a del Carmen Simón FI

JOSÉ MARÍA GUIBERT S.J., *El liderazgo Ignaciano – Una senda de transformación y sostenibilidad*, Editorial Sal Terrae, Santander 2017, 207 pp.

El momento actual bien puede describirse como uno en el que la crisis de liderazgo es un punto más de turbación entre los muchos problemas con que nos planteamos. Este libro propone un modelo de liderazgo desde las intuiciones ignacianas, en una perspectiva que se basa y parte desde lo espiritual, pero en un abordaje que permite al no creyente –e incluso al escéptico– acercarse y entender qué puente se puede tender entre la visión empresarial y las buenas prácticas de la sabiduría ignaciana.

¿Será posible que una institución con quinientos años –como la Compañía de Jesús– tenga algo a aportar en este tema? Es precisamente por ser una institución con quinientos años, que acumula sabiduría y buenas prácticas, que puede aportar en temas como el liderazgo y las relaciones humanas. Basada en una espiritualidad que busca el vivir desde la interioridad, sus buenas prácticas institucionales pretenden que la organización, más que un grupo de gente que busca un mismo objetivo, sea un cuerpo.

Un conjunto de buenas prácticas puede

entenderse como algo poco encarnado, es decir, sin carne, sin relación, sin conexión incluso con la realidad, sea con aquella en que habita, sea aquella a la cual tiene pretensión de dirigirse. En los actuales planteamientos en torno a las organizaciones hay un excesivo peso de la técnica, que nos hace perder de vista a las personas. El liderazgo ignaciano es un ejercicio de «recuperación de las intuiciones de la vida y la práctica de Ignacio de Loyola y su aplicación a la problemática actual del liderazgo, al reto de acompañar personas hacia el logro de una misión determinada». El abordaje de este libro pretende que la institución llegue a ser algo más que jerarquía y distribución de tareas, pretende que esta llegue a ser una unidad orgánica. Para eso, en el seguimiento del encanto por el texto de los Ejercicios, entiende el autor que es la hora de presentar al público el texto de las Constituciones de la Compañía de Jesús, que Ignacio escribió para que esta orden religiosa mejor cumpla su fin, un texto con lo cual todos necesitamos recuperar intimidad.

El libro está dividido en cuatro partes: la primera presenta la intención del autor de unir el entusiasmo y debate actuales en torno al liderazgo y la espiritualidad; el segundo está dedicado a la persona líder, desde la vida de Ignacio de Loyola y la visión de liderazgo de la Compañía, en contacto con otras aportaciones actuales; en la tercera parte, el autor dedica su atención a las insti-

tuciones mismas, a su intencionalidad, y los modelos de liderazgo que mejor las sirven; por fin, la cuarta y última parte, bien que se puede leer a modo de resumen, pues reúne mucho de lo que es presentado a lo largo de la obra, como una síntesis donde podemos ser desafiados a reflexionar. Para aquél que ya esté bastante familiarizado con el tema, el capítulo 9 del libro *–Liderazgo ignaciano: una guía marco–* es indudablemente un texto que tener cerca en su día a día.

Los textos que componen el libro, originalmente se presentaron como textos para revistas de temas empresariales, revistas de espiritualidad ignaciana o conferencias. Tal vez sea este su punto más débil: bien organizado, con buenos puentes, pero sin lograr ultrapasar el *shock* entre distintos estilos de escrita, o la repetición de temas. Sin embargo, al lector a quien ayuda que se le presente el tema desde puntos de partida distintos, este trazo puede resultar enriquecedor. Es posible que a quienes les gusta un abordaje cristiano en una perspectiva más de «o Dios o nada» no se encuentre a gusto entre las páginas, pero el autor no esconde que no es a ese público que se dirige, aunque tampoco lo excluye. El objetivo principal no es demostrar la mayor valía de la creencia, pero sí la evidencia de una sabiduría divina que en todo está y que alcanza más lejos que nuestras pretensiones.

Nelson Faria S.J.

Colección MANRESA

19. SAN FRANCISCO JAVIER. *Itinerario místico del apóstol*, por Xavier León-Dufour, 283 págs., 12,00 €
20. DECIR AL INDECIBLE. *Estudios sobre el texto de los Ejercicios*, por Peter-Hans Kolvenbach, General de la Compañía de Jesús, 205 págs., 8,40 €
21. EN EL CORAZON DE LA REFORMA. *Recuerdos espirituales del Beato Pedro Fabro*, Introducción, traducción y notas por Antonio Albuquerque, 351 págs., 18,00 €
22. TEOLOGÍA DEL CAMINO. *Una aproximación antropológico-teológica a Ignacio de Loyola*, por Francisco José Ruiz Pérez, 275 págs., 12,60 €
23. LOS DIRECTORIOS DE LOS EJERCICIOS (1540-1599), por Miguel Lop Sebastián, 704 págs., 30 €
24. LA MISTAGOGÍA DE LOS EJERCICIOS, por Javier Melloni, 300 págs., 15,00 €
25. EL VOTO DE CASTIDAD EN LA COMPAÑIA DE JESÚS, por Thomas Hollweck, 163 págs., 9,00 €
26. EL DIOS EMERGENTE. *Sobre la consolación sin causa*, por José García de Castro, 359 págs., 18,60 €
27. SERVIR EN MISIÓN UNIVERSAL, por Ignasi Salvat, 300 págs., 17,00 €
28. LA POLÍTICA DE SAN IGNACIO. *El análisis social*, por Dominique Bertrand, 699 págs., 37,00 €
29. LOS EJERCICIOS ESPIRITUALES DE SAN IGNACIO. UNA DEFENSA, por Francisco Suárez, S.J., Introducción, notas y comentarios de Josep Giménez Melià, 184 págs., 15,60 €
30. PSICODINÁMICA DE LOS EJERCICIOS IGNACIANOS, por Carlos Domínguez Morano, 304 págs., 20 €
31. AUTOBIOGRAFÍA Y OTROS ESCRITOS, por San Pedro Canisio. Versión y comentarios de Benigno Hernández, S.I., 208 págs., 25 €
32. LOS TIEMPOS DE ELECCIÓN EN LOS DIRECTORIOS DE EJERCICIOS, por Alfredo Sampaio, 336 págs., 23,50 €
33. DIEGO LAÍNEZ, S.J., PRIMER BIÓGRAFO DE S. IGNACIO, por Antonio Albuquerque, 247 págs., 20 €
34. GLORIA DE DIOS EN IGNACIO DE LOYOLA, por Nuria Martínez-Gayol Fernández, ACI, 524 págs., 49 €
35. SIMÓN RODRIGUES. ORIGEN Y PROGRESO DE LA COMPAÑIA DE JESÚS. Estudio introductorio, traducción a partir de los originales portugués y latino, y notas, por Eduardo Javier Alonso Romo, 156 págs., 17 €
36. ACOGER EL TIEMPO QUE VIENE. Estudios sobre San Ignacio de Loyola, por Maurice Giuliani, 251 págs., 21 €
- 37 y 38. DICCIONARIO DE ESPIRITUALIDAD IGNACIANA (Grupo de Espiritualidad Ignaciana, ed.). Dos tomos. 1.816 págs., 99 €
39. JERÓNIMO NADAL. Vida e influjo, por Juan Nadal Cañellas S.J., 250 págs., 20 €
40. IGNACIO DE LOYOLA Y LA ESPIRITUALIDAD ORIENTAL. Guía para la lectura de los *Ejercicios Espirituales*, por Tomáš Špidlík S.J., 167 págs., 14 €

41. HANS URS VON BALTHASAR. *Textos de Ejercicios Espirituales* (Selección e introducción por Jacques Servais, S.J.), 290 págs., 25 €
42. PEDRO DE RIBADENEIRA. Autobiografía documentada (Edición y selección de textos por Miguel Lop, S.J.), 283 págs., 24 €
43. GASTON FESSARD. La dialéctica de los Ejercicios espirituales de San Ignacio de Loyola, 469 págs., 35 €
44. LUIS MARÍA GARCÍA DOMÍNGUEZ. La entrevista en los Ejercicios Espirituales, 318 págs., 18 €
45. JERÓNIMO NADAL. Las pláticas del P. Jerónimo Nadal, 408 págs., 24 €
46. ANDRÉ DE JAER. Formar un cuerpo para la misión. 217 págs., 16 €
47. URBANO VALERO AGÚNDEZ. El proyecto de renovación de la Compañía de Jesús (1965-2007). 362 págs., 20 €
48. JOSÉ G^a DE CASTRO. Polanco. El humanismo de los jesuitas (1517-1576). 420 págs., 30 €
49. IGNACIO IGLESIAS (selección e introducción de José A. García). “Sentir y cumplir”. Estudios ignacianos. 434 págs., 23,50 €
50. DIEGO LAÍNEZ (1512-1565). Jesuita y teólogo del Concilio. 178 págs., 15 €
51. EL ESPÍRITU EN LA FORMA. Las *Constituciones* a la luz de la retórica, por J. Carlos Coupeau Dorronsoro. 417 págs., 17 €
52. SUPRESIÓN Y RESTAURACIÓN DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS. Documentos, por Urbano Valero Agúndez. 325 págs., 17 €
53. LOS MISTERIOS DE LA VIDA DE CRISTO, por Alvaro Barreiro Luaña. 248 págs., 16,50 €
54. ALFONSO SALMERÓN (1515-1585). Una biografía epistolar, por Miguel Lop Sebastia. 398 págs., 24 €
55. PEDRO ARRUPE, CARISMA DE IGNACIO, por Darío Mollá Llácer. 320 págs., 21 €
56. A LA LUZ DEL CARISMA IGNACIANO, por Manuel Ruiz Jurado. 326 págs., 24,50 €
57. “MÁS EL, EXAMINÁNDOLO BIEN...” (Au 27). EL EXAMEN DE CONCIENCIA EN LA ESPIRITUALIDAD IGNACIANA, por Adelson Araujo Santos. 439 págs., 26 €
58. LA PNEUMATOLOGÍA DE LOS EJERCICIOS ESPIRITUALES, por José María Lera Monreal. 400 págs., 26 €
59. LOS DIRECTORIOS DE J. A. DE POLANCO, por José García de Castro Valdés (ed.). 424 págs., 21,90 €
60. NICOLÁS DE BOBADILLA, por Juan Cristóbal Pasini. 240 págs., 18 €
61. MERCURIANO. LA CULTURA JESUÍTICA (1573-1580), por Thomas M. McCoog. 360 págs., 15 €
62. ESCRITOS ESENCIALES DE LOS PRIMEROS JESUITAS, por Grupo de Espiritualidad Ignaciana (ed.), 887 págs., 25 €
63. DOCTRINA ESPIRITUAL, por Louis Lallemant, 479 págs., 35 €



www.espiritualidadignaciana.org
portal de Ejercicios Espirituales de la Compañía de Jesús en España

El Portal de Espiritualidad Ignaciana de la Compañía de Jesús en España ofrece varios recursos en la red:

- ✓ Buscador de los ejercicios espirituales organizados por los Centros de Espiritualidad y Casas de Ejercicios en España.
- ✓ Ejercicios espirituales de iniciación y profundización en modalidad online.
- ✓ Cursos de formación online en torno al acompañamiento y a las diversas modalidades de ejercicios espirituales.
- ✓ Repertorios bibliográficos de espiritualidad ignaciana.
- ✓ Presencia y difusión en las principales redes sociales.

www.espiritualidadignaciana.org
www.facebook.com/espiritualidadignaciana
info@espiritualidadignaciana.org


LOYOLA
G R U P O D E
COMUNICACIÓN
Padre Lojendio 2, 3º 48008 BILBAO
www.grupocomunicacionloyola.com

Vol. 90 - N° 354

Enero - Marzo 2018

**Discernimiento en común: Una novedad basada
en una tradición antigua**
John Dardis

**La Congregación General 36 y su invitación
al discernimiento en común**
Francisco José Ruiz Pérez

El discernimiento apostólico en común: Entrevista a José A. García
Cristóbal Jiménez

Discernimiento Espiritual Comunitario: Novedad y tradiciones
Hermann Rodríguez Osorio

Disposiciones personales ante el discernimiento comunitario
Toni Catalá e Ignacio Boné

Ejercicios Espirituales adaptados al discernimiento en común
Franck Janin y José de Pablo

Ayudas para dar Ejercicios

Semblanzas

Colaboraciones

Recensiones